

PROHIBIDA SU VENTA

EL PLACER DE LA LENGUA

PALABRIJES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO | NÚM 33 | ENERO-DICIEMBRE 2025

ISSN: 2007-8285



**CUERPOS
QUE HABLAN**

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México
NADA HUMANO ME ES AJENO

CUERPOS QUE HABLAN

El cuerpo humano, desde tiempos inmemoriales, ha sido un instrumento de la vida cotidiana para medir y nombrar el mundo: un pie, un codo, una cuarta, la oreja de la taza, el corazón de la alcachofa, la piel de durazno, al pie de la montaña. A pesar de que en la Edad Moderna se crearon las mediciones estandarizadas, el cuerpo, lejos de perder su sentido práctico, consolidó su hegemonía como centro de experiencias.

En este número 33 de *Palabrijes, el placer de la lengua*, dirigimos los reflectores y damos el micrófono a este conjunto de órganos y piel, nervios y arrugas, que se genera en el ámbito bioquímico y se proyecta a través de un vasto universo simbólico: el lenguaje. El propósito es mostrar algunas maneras en las que ideas, imaginarios y discursos atraviesan el cuerpo, significándolo y proyectándolo de muy diversas formas. Como afirma Simone de Beauvoir: “El cuerpo no es una cosa, es una situación: es nuestra comprensión del mundo y el boceto de nuestro proyecto.”

El proceso de conformación de este número ha mostrado que hoy hablamos del cuerpo y reflexionamos sobre él, en clave creativa y subjetiva, desde la experiencia personal más que desde la distancia o sólo como un simple objeto de estudio. Como un espacio al mismo tiempo sometido y liberador, cercado por coerciones, pero también habitado por potencias. “Nadie sabe lo que puede un cuerpo” escribió Spinoza.

La manera de abordar la reflexión, la denuncia o la experiencia sobre el tema de este número permite conformar cuatro grandes apartados: el cuerpo y el erotismo, el cuerpo y la enfermedad, el cuerpo y su discriminación, y el cuerpo como medida del mundo. En estos cuatro ejes, como hilos que se tejen y entretajan, se cruzan la discriminación del cuerpo por no cumplir con las proporciones o pigmentación hegemónicas y el cuerpo estigmatizado por el sistema económico, en tanto las condiciones materiales provocan desde el inicio una exclusión radical. Otro hilo que se entrelaza es el cuerpo como la medida del mundo representada en el lenguaje o el cuerpo racializado como dispositivo social. Asimismo, unas hebras se asoman de los entrelazos, como la de la enfermedad y la discriminación; la de la enfermedad crónica y la del deterioro propio del cuerpo; la de la adicción no sólo como una enfermedad, sino como vivencia atravesada por fantasmas. También hay otros entrecruzamientos: el erotismo y la depresión; el fetiche de los pies de forma canibalesca; las mutilaciones físicas o simbólicas. De este modo se conforma un entramado; un tejido rugoso en el que aflora la experiencia, la esperanza y la reivindicación.

Así, este número da el altavoz a las corporalidades en su singularidad, para mostrar a su vez un retrato de nuestro tiempo. Esta edición nos invita a repensar cómo habitamos el cuerpo, cómo podemos visibilizar las violencias normalizadas que traspasan nuestros cuerpos y los ajenos. Sean estas páginas un espacio para disfrutar imágenes, ritmos y reflexiones que convoquen nuestra energía vital.



ÍNDICE

Pensar con el cuerpo experiencia corporal, mente y lenguaje	2	Senos	41
MARÍA DEL REFUGIO PÉREZ PAREDES		SHADAI AMARIEL	
Tameme naucalpense	6	La desnaturalización del cuerpo actual	42
FRANCISCO 'PANCHO CAMACHO' MORFÍN		BETZABE CANO	
Las herencias roídas	7	Bordes	46
GERMÁN RESÉNDIZ		PERLA TORRES	
Poemas	9	La danza de mi cuerpo	47
IRENE DOMÍNGUEZ REYNA		CAROL SANJUAN	
Ensayo de una cara que se esconde	11	Homoerotismo y heteronormatividad en un cine porno de la Ciudad de México	48
PÁVEL PANTOJA		VÍCTOR REYES CALDERÓN	
Odio capilar	14	Sinesio	52
CUAUHTÉMOC ESTRADA		IGNACIO CASAS	
La otra mitad del pan	16	Amor sin pies ni cabeza	54
CRISTIAN BERMEO PICÓN		PATRICIA RICHMOND	
Simbiontes entre nosotros	17	Antropología del ritmo	56
MARY DURÁN Y ALEJANDRA RIVERA		JUAN CARLOS FLORES	
Esto no es el cuerpo	20	La borrachera	58
ERIKA SELENE PÉREZ VÁZQUEZ		ANS MOORE	
Los visitantes	21	Sentipensares desde el desempleo	60
AMELIA RIVAS		JOSÉ ARREOLA	
Ser en deterioro	24	La hembra humana animal: resistencia al Antropoceno	62
NANCY MONDRAGÓN		VIRIDIANA OROSCO	
Observatorio	26	A la invisible	64
LIZZA MONTSERRAT		CLAUDIA SOPHÍA CIFUENTES GARCÍA	
Puente cósmico	30	Variante del sueño	66
MAGIAINÉS		PAULO NEO	
Cuerpo extranjero: escenas de un territorio abandonado	32	Nostalgia del mundo	67
SAÚL PERSA		GRISÓSTOMO CERVANTES	
Johnny viene de noche	34	Prisma: visiones de la vista	69
PABLO CARABALLO		DAVID AJM	
Más turbada	39	Danzas de diosas	
MADAME SIMARD		MELINA DE LA LUZ	

Universidad Autónoma de la Ciudad de México

Rector: Juan Carlos Aguilar Franco Coordinación Académica: María Elizabeth Alvarez Sánchez

Coordinación de Difusión Cultural y Extensión Universitaria: Jorge Luis Rubio Hernández Jefe de publicaciones: José Ángel Leyva

PALABRIJES
EL PLACER DE LA LENGUA

Dirección: Susy Rodríguez Moreno **Coordinación Editorial:** Jezreel Salazar **Editoras del número:** Elia Sánchez, Daniela Rawicz y Susy Rodríguez Moreno **Asistentes de edición:** Nancy Mondragón, Germán Reséndiz y Zurisadai R. Martínez **Consejo Editorial:** Susy Rodríguez Moreno, Beleguí Gómez, Pablo Gaete, Maya López Ramírez, Daniela Rawicz, Carmen Macedo, Elia Sánchez, Evelia Arteaga, Ángeles Godínez, Rodrigo Osorio, Donají Reséndiz, Nina Sen Yat Zen, Aurea Sotomayor y Zurisadai R. Martínez **Corrección de originales:** Marisol Ruiz **Servicio Social:** Flavia Alvarado, Anahy Domínguez, Arik Flores, Evelin A. Hernández, Elizabeth Hernández, Zurisadai R. Martínez, Eugenia Molina, Nancy Mondragón, José Adair Prado, Edith Campos Ponce, Jocelyn Domínguez, Germán Reséndiz y Perla Torres **Diseño y formación:** Andrés Mario Ramírez Cuevas **Difusión y distribución:** Consejo Editorial

PALABRIJES. EL PLACER DE LA LENGUA. Cuerpos que hablan, año 18, núm. 33, enero-diciembre 2025, es una publicación anual de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Dr. García Diego 168, Col. Doctores, Alc. Cuauhtémoc, C.P. 06720, Ciudad de México, teléfono 5511070280 ext.14117. Editora responsable: Elia Sánchez, elia.sanchez@uacm.edu.mx, revista.palabrijes@uacm.edu.mx, palabrijes@uacm@yahoo.com. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo del Título, núm. 04-2021-120618580900-102, otorgada por el Instituto Nacional del Derecho de Autor de la Secretaría de Educación Pública. Certificado de licitud de título y contenido, núm. 15443 expedido por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. issn: 2007-8285. La impresión fue hecha por SM Servicios Gráficos. José Sánchez Trujillo 69, Col. San Álvaro, 02090, Alc. Azcapotzalco, Ciudad de México. Este número se terminó de imprimir en diciembre de 2025. Tiraje total: 4500 ejemplares. Distribución: UACM. Las opiniones expresadas por quienes escriben no necesariamente reflejan la postura editorial de la revista. El contenido de esta publicación puede ser reproducido siempre y cuando se citen la fuente y la autoría.

Pensar con el cuerpo

experiencia corporal, mente y lenguaje

¿Hasta qué punto nuestro cuerpo es capaz de modelar la mente hasta convertirse en la medida misma de nuestras palabras?

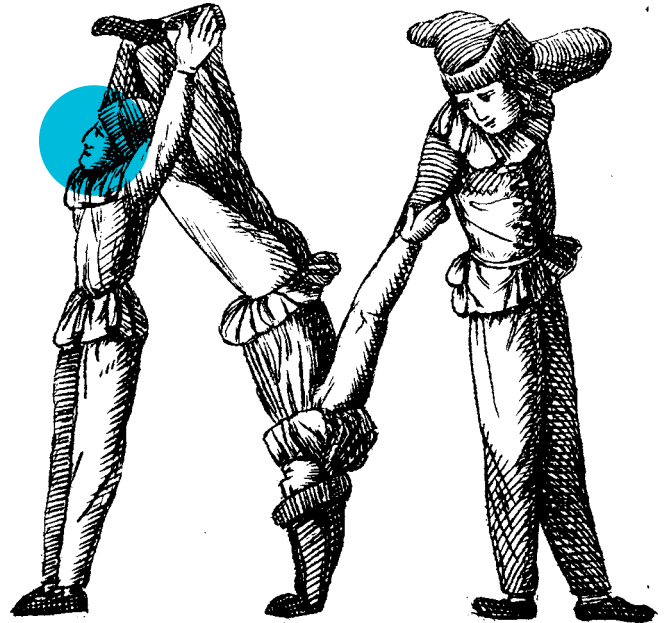
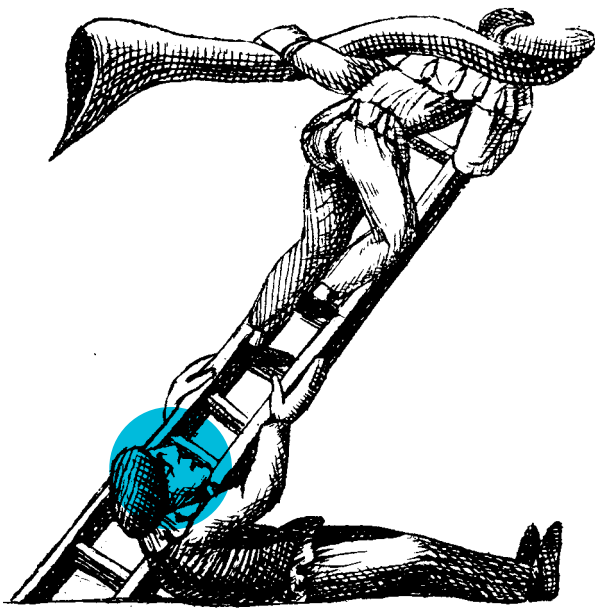


María explora con detenimiento el cuerpo humano, desde la cabeza a los pies, especialmente desde la lengua. Como buena lingüista, no puede evitar meterse en conversaciones ajenas. Desde su punto de vista, el cuerpo no sólo se estudia, se vive y se disfruta.

Si nos detenemos a analizar lo que expresamos mediante el lenguaje, podemos notar que muchas de las expresiones lingüísticas que usamos se relacionan con actividades que realizamos específicamente con el cuerpo,¹ como desplazarnos físicamente de un lugar a otro: “voy a la escuela, vengo de casa de mi amiga.” También hablamos de la ubicación física de los objetos, lugares o personas (“la iglesia está frente a la plaza, estoy afuera del banco”); de meter y sacar objetos de recipientes (“saqué la cartera de mi bolsa, metí los limones en el refrigerador”); de poner o quitar objetos de lugares (“puse el plato en la mesa, quité el coche de la entrada”); de transferir objetos de una persona a otra (“le di flores a mi mamá, le envié un paquete a mi tío”); de manipular objetos (“tomé las llaves del coche, agarré bien el paraguas”), entre otras actividades. Estas expresiones posteriormente las usamos de manera no literal² para referirnos, por ejemplo, al paso del tiempo o a la realización de acciones en el futuro (“el tiempo se me vino encima”); para ubicar objetos o personas en lugares no físicos (“Luis está en la cima de su carrera, estoy en una crisis”); para meter y sacar cosas o personas de lugares no físicos (“tú metiste a Antonio en este lío, logramos sacar a mi primo de las drogas”); para poner o quitar objetos o personas de sitios abstractos (“puse a mi familia en su lugar; me hicieron enojar, puse toda mi energía en esa relación”); para transferir entidades no físicas a través de medios no necesariamente físicos (“le diste todo tu tiempo a esa persona”); para manipular objetos no físicos (“tomaste ventaja de la situación, agarraste odio contra ella”), etc.

1 Véase Ronald Langacker. *Foundations of Cognitive Grammar*, vol. 1 y 2. Stanford, Stanford University Press, 1991.

2 Véase Georg Lakoff y Mark Johnson. *Metaphors We Live By*. Chicago, University of Chicago Press, 1980; Zoltán Kövecses. “The Metaphor-Metonymy Relationship: Correlation. Metaphors Are Based on Metonymy”, *Metaphor and Symbol*, vol. 28, núm. 2, 2013, pp. 75-88.



Lampridio Giovanardi, 1811–1878,
Anthropomorphic or Posture Master Alphabet, ca. 1860

Estas expresiones que usamos de manera no literal también se emplean en lo que conocemos como expresiones idiomáticas, como irse por la borda, estar en problemas, meter la pata, agarrar ánimos, entre otras.

La experiencia corporal en el lenguaje

Lo anterior ha llevado a los estudiosos³ a proponer que experiencias corporales como las descritas anteriormente se manifiestan a través del lenguaje y que esto ocurre así porque dichas experiencias han generado esquemas de pensamiento (formas de pensar) que nos permiten comprender el mundo y por esta razón no solo están presentes en los significados literales sino también en los significados no literales o figurados. Esta postura se sustenta en evidencia lingüística diversa: este tipo expresiones se usa prácticamente en todas las lenguas conocidas;⁴ además, en la adquisición del lenguaje⁵ los niños aprenden a expresar estos significados en etapas muy tempranas del desarrollo. También se dice que estas construcciones son accesibles cognitivamente; es decir, si se pregunta a las

personas por vocabulario perteneciente a la clase de los verbos, seguramente aparecerán respuestas como ir, estar, poner, meter, sacar, dar, etc. Todo esto es así dado que estas actividades corporales son recursivas, las llevamos a cabo múltiples veces en la vida cotidiana.

La idea objetivista de la realidad versus la idea experiencialista

El hecho de que lo que hacemos con el cuerpo se vuelve pensamiento da lugar a una teoría conocida como experiencialismo o teoría del *embodiment*,⁶ que se basa precisamente en considerar que la experiencia corporal moldea la mente creando esquemas abstractos que luego tienen manifestación física y lingüística. Esta propuesta es una teoría filosófica opuesta a la teoría objetivista, que sostiene que el mundo es independiente de los seres humanos; el mundo funciona como un todo autocontenido y autorregulado de manera que considera que en el mundo hay objetos con propiedades que sostienen relaciones entre sí, sin que intervenga la

3 Véase Mark Johnson. *The Body in the Mind: The Bodily Basis of Meaning, Reason and Imagination*. Chicago-Londres, Chicago University Press, 1987; Raymond Gibbs. *Embodiment and Cognitive Science*. Nueva York/Cambridge, Cambridge University Press, 2006; Chris Sihna y Kristine Jensen de López, "Language, Culture and the Embodiment of Spatial Cognition", *Cognitive Linguistics*, vol. 11, num. 1/2, 2000, pp. 17-41.

4 Véase Adele Goldberg. *Construction. A Construction Grammar Approach to Argument Structure*. Chicago, The University of Chicago Press, 1995.

5 Véase Melissa Bowerman y Soonja Choi. "Shaping meaning for language", Melissa Bowerman y Stephen Levinson (eds.). *Language acquisitions and conceptual development*. Cambridge, Cambridge University Press, 2001, pp. 475-511; Melissa Bowerman y Stephen Lewinson (eds.). *Language acquisition and conceptual development*. Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

6 *Op. cit.*, Mark Johnson.

comprensión de los seres humanos; es decir, los objetos existen por sí mismos. De acuerdo con esta teoría, los humanos únicamente registran en esos objetos como una especie de cámara fotográfica que capta la imagen del mundo y de esa forma los objetos se vuelven conceptos para formar parte del pensamiento humano. Así, las palabras son una representación de los objetos de la realidad; una simbolización de los objetos. Desde esta perspectiva, las palabras representan a los objetos que hay en el mundo, en una relación de uno a uno: a cada palabra corresponde un objeto. Lo anterior supone que el pensamiento racional consiste entonces en la manipulación de esos símbolos (las palabras) que hacen referencia a un objeto de la realidad.

Sin embargo, las evidencias antes mencionadas contradicen esta postura. El pensamiento humano no se limita a las correspondencias entre palabras o conceptos y los objetos del mundo, es mucho más creativo, imaginativo y gestáltico (es decir, piensa en los objetos más allá de su apariencia, como parte de otras estructuras, situaciones, etc.). El experiencialismo sugiere que el mundo y los objetos de que se compone sólo pueden ser comprendidos por los seres humanos dentro de las situaciones (marcos conceptuales) en que las experiencias humanas⁷ se configuran, de acuerdo con la cultura en que tengan lugar. Por ejemplo, podemos entender la expresión “El número 11 quedó expulsado del partido”, porque según nuestra experiencia en los partidos de fútbol o basquetbol (y otros deportes que se practican en equipos), los jugadores portan una camiseta con un número que los identifica; además, sabemos que los juegos en equipo se rigen por reglas que si se transgreden implican penalizaciones para los jugadores que comenten la falta y que quienes juzgan las faltas son los árbitros o jueces. Aun cuando esta expresión no es literal, ya que los números no juegan partidos y por lo tanto no pueden ser expulsados de los mismos, es posible que comprendamos esta expresión gracias a todo un marco conceptual generado por nuestra experiencia de observar o jugar partidos en equipos; es decir, conocer todo lo que implica un partido. Los marcos conceptuales formados por las experiencias humanas dependen de la cultura en que los seres humanos se desenvuelven. Esto explica por qué podemos tener diferentes formas de entender una misma expresión, pues dependerá de la cultura a la que pertenezcamos, de nuestra lengua y de nuestra propia experiencia personal.

Experiencia, lengua y cultura

Es verdad que ciertas experiencias humanas son comunes a todos los seres humanos; son básicas y, por lo tanto, seguramente se presentarán en todas las lenguas, como aquellas relacionadas con el movimiento, la ubicación, etc.); también es posible que otras sean distintas de una cultura a otra y entonces variarán también en el lenguaje. Por ejemplo, hay culturas en las que la forma de los objetos es sumamente relevante, así que esta información debe expresarse en el lenguaje. Hay lenguas en las que es obligatorio señalar la forma que tienen los objetos de los que se está hablando por lo que cuentan con partículas que contienen este tipo de significado, las cuales reciben el nombre de clasificadores. En cora, una lengua originaria de México, es obligatorio señalar si el objeto es redondo, largo, delgado, plano, pequeño, hueco, etc.; por ejemplo, si se habla de una tortilla, es indispensable usar una partícula que signifique objeto plano; si se habla de una víbora, es obligatorio el uso de una partícula que signifique objeto alargado. Lo mismo en varias lenguas mayas. En contraste, para otras lenguas esta información no es importante y por esa razón no se expresa.

Se dice que en las lenguas esquimales hay diversas palabras para referirse a la nieve, como una especie de polisemia (una palabra con muchos significados); sin embargo, el rico vocabulario que tienen estas lenguas para este concepto no es un caso de polisemia, sino que distinguen diversos tipos de nieve según su consistencia, textura, color; ese vocabulario nombra conceptos distintos porque para esta cultura, la nieve en todas sus manifestaciones es relevante, ya que aporta información clave para la organización de la comunidad. Así pues, para quienes no vivimos rodeados de nieve, esto resulta irrelevante y, por ello, sólo distinguimos un tipo de nieve y contamos con una única palabra para referirnos a ella; aunque en español existe la diferencia entre nieve y aguanieve.

Otras formas lingüísticas que difieren según las culturas son las formas de tratamiento, es decir, cómo nos dirigimos a las personas según su papel social. En algunas lenguas, las formas de tratamiento distinguen básicamente la edad de las personas y evocan cierta distancia en la relación: niño, niña, joven, señora, señor, etc., y son opcionales; podemos o no usarlas. En otras lenguas, por ejemplo, en japonés, las formas de tratamiento son obligatorias e implican la jerarquía de la persona; éstas reciben el nombre de formas honoríficas.

7 Véase Charles Filmore. “Frames and the Semantics of Understanding”, *Quaderni di Semantica*, vol. 6, núm. 2, 1985, pp. 222-255.

Lo anterior sugiere que, en efecto, los seres humanos compartimos experiencias como especie, pero también éstas se encuentran determinadas por la cultura en la que nos desenvolvemos, es decir, la cultura nos indica cómo hemos de vivir esas experiencias que, a base de repetición cotidiana, las internalizamos para volverlas conceptos o pensamientos y posteriormente las expresamos en el lenguaje.

El cuerpo en la lengua

El cuerpo es el componente básico en nuestra experiencia con el mundo y con las entidades que lo conforman. Desde que somos bebés con nuestro cuerpo seguimos trayectorias de objetos, nos desplazamos de un lugar a otro, manipulamos objetos, los metemos y los sacamos de contenedores, experimentamos los cambios de temperatura, la enfermedad, el dolor físico, así como las emociones, el afecto. De hecho, estas experiencias reciben el nombre de conceptualizaciones prelingüísticas,⁸ ya que se generan antes de que se adquiera la lengua y se consideran experiencias humanas universales.

De esta forma, nuestro cuerpo vive las experiencias físicas y emocionales de manera reiterada configurando, posteriormente, como ya hemos señalado, nuestro pensamiento. Por esta razón es muy frecuente encontrar en las lenguas expresiones que hacen referencia al cuerpo y sus partes para dar un significado más amplio, como, en “Pedro es la mano derecha de su jefe, Pumas está a la cabeza de la liguilla, los dientes del peine, un pie de página, el ojo de la cerradura tiene boca de profeta, el corazón de la fiesta, le dio la espalda a sus amigos”, etc., cuyos significados, como se observa, no son literales, sino figurados.

El cuerpo y sus partes se emplean como un modelo holístico, como un todo que nos permite comprender la forma de otros objetos, de ahí que se empleen en muchas lenguas para hacer referencia a objetos y sus partes. Por ejemplo, en totonaco se habla de la cara, los labios y el talón de la mesa para referirse al soporte de la mesa, el perfil u orilla de la mesa y la esquina de la mesa (cuando es cuadrada o rectangular), respectivamente; en japonés se habla de los brazos de la bicicleta (el manubrio), la oreja de las jarras o de las tazas (asa); en purépecha, se habla de la cabeza de la casa (el techo), y en español podemos decir el frente de la casa (fachada) o el cuello de la botella (parte estrecha de la botella).

También usamos nombres de partes del cuerpo para referirnos a objetos abstractos, la cara de la empresa, el cuerpo de la organización, la cabeza del movimiento.

Asimismo, el cuerpo y sus partes aparecen con frecuencia en expresiones espaciales,⁹ en aquellas donde se ubica una entidad con respecto a un punto de referencia, como al pie del cerro hay unas casitas, a espaldas de la iglesia está la escuela. En margi, una lengua africana, para decir que algo está adentro, se usa una forma que proviene del sustantivo sangre, pues en nuestra experiencia, la sangre está al interior de nuestro cuerpo. Así pues, en muchas lenguas, para indicar que algo está abajo se emplean formas cuyo origen son los sustantivos pie o nalgas. Este hecho se observa en una amplia diversidad de lenguas, aunque ciertamente, en las lenguas occidentales o indoeuropeas este aspecto es algo limitado en contraste con lo que ocurre en lenguas de otras familias lingüísticas.

Lo anterior muestra que el cuerpo es una fuente inagotable para la creación de los esquemas que moldean nuestro pensamiento y que nos permiten comprender el mundo desde lo más próximo, conocido y básico que es nuestra experiencia corporal, comenzando por las experiencias físicas y emocionales, hasta las experiencias más complejas y abstractas, determinadas por la cultura en la que nos desenvolvemos.

Cada actividad y experiencia corporal frecuentes son un mecanismo que moldea nuestra forma de pensar y entender el mundo, los objetos que lo integran, las relaciones entre dichos objetos y nuestro vínculo con ellos.

La teoría experiencialista ha tenido efectos importantes en la manera de investigar, particularmente en las ciencias cognitivas: filosofía, lingüística, psicología, antropología, neurociencias, etc., al acercarse al conocimiento desde una postura que pone en el centro la idea de que los seres humanos construyen los conceptos y la realidad a partir de su comprensión, es decir, de su mente, por lo que también se habla de modelos mentalistas. En otras palabras, el experiencialismo considera que los objetos y su representación simbólica, por medio de conceptos y palabras, no son independientes de la mente humana, sino que existen gracias a que el ser humano los transforma en ideas o conceptos.

Desde esta perspectiva, la realidad existe en la medida en que hay quien piense en ella, la comprenda y la organice. ●

8 Véase Jean Mandler. “Preverbal Representation and Language”, Paul Bloom, Mary A. Peterson, Lynn Nadel y Merrill F. Garrett (eds.). *Language and Space*. Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 365-384.

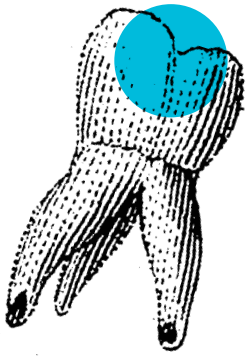
9 Véase Soteria Svorou. *The Grammar of Space*. Amsterdam/Philadelphia, Benjamins, 1994.

Tameme naucalpense*

Quizá resulte tan rancio
cómo medir con el jeme,
el mirar ese tameme
y medirle su cansancio.
Puede ser muy de Bizancio
discutir de querubines;
¡carga chicos petaquines
con la frente y en el lomo!;
el mecapal te hará gnomo
si no cuelgas calcetines.

Francisco es nativo de Tacuba La Bella (CDMX) y avecinado en la vecina Naucalpan y Monte Alto, decimero irreverente participante de encuentros realizados en Tlacotalpan, Veracruz.

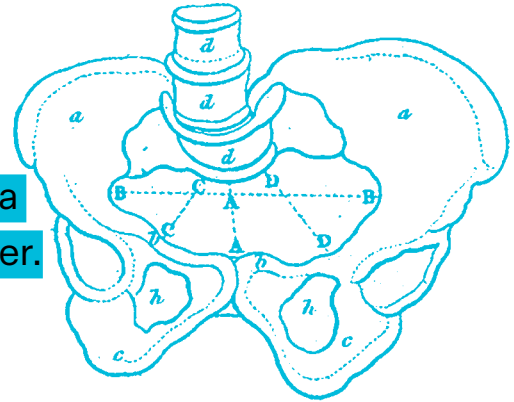
* De rancio abolengo fue el comercio mesoamericano en un mundo sin animales de carga. Comerciantes de gran categoría fueron los pochtecas, asistidos por sus entrenados *tamemes* (cargadores) durante sus largos recorridos. Hace más de 50 años se inauguró el mercado San Bartolo Naucalpan en el Estado de México, con una estatua que hace alegoría de lo dicho; ahora la recordaremos mediante una décima. Por cierto, el *jeme* es una vieja unidad antropométrica de unos 20 cm de la punta del pulgar a la del índice y el *mecapal* es de origen mesoamericano y consiste en una banda tejida que se utiliza para transportar cargas pesadas.



GERMÁN RESÉNDIZ

Las herencias roídas

Nuestro origen condiciona lo que podemos llegar a ser.



La pobreza es el ancla que mantiene a las personas en el fondo hasta la muerte. Su impacto negativo abarca cada aspecto del desarrollo humano, lo trunca y amputa con su oxidado tajo generación en generación. El aprendizaje merma, junto con la salud; el cuerpo enfermo, desatendido, es una carga que se hereda. La pobreza nos mantiene exhaustos, hambrientos; nos mete en una lógica violenta y esquizoide. Algo pasa cuando hablas de pobreza, cuando mencionas la palabra “pobreza” las cejas se levantan, el tema se evita, es una de esas cosas impronunciadas. Hay una barrera que nos ciega a reconocernos pobres, que nos lleva a pensar que tal vez no tenemos tanto, pero que nos alcanza para no estar tan mal como aquel otro.

Han pasado apenas un par de años desde que Haití tomó Iztapalapa. Desde el primer momento, nuestros pequeños cuerpos mexicanos se vieron intimidados por los descomunales hombres y mujeres afrodescendientes que caminan, con su altura promedio de 1.80 entre nosotros, o sobre nosotros. Aunque llegaron en chanclas, “ridículamente” vestidos, con ropa que no se vendería ni en la paca, no eran menos imponentes. Los afrodescendientes mexicanos han sido negados durante siglos. Ahora lo afro salta, grita, empuja y se abre paso a dentelladas, pone en evidencia nuestra débil estampa mestiza ante el mundo. Su voz grave y su mirada profunda, su soleirolio cabello, su cuerpo musculoso son una mera fachada, un cascarón impactante que cubre sus desproteinados cuerpos, que oculta los profundos cráteres en sus huesos roídos por la descalcificación. Heredaron de sus antepasados su colosal aspecto, pero los siglos malnutridos han extirpado su fuerza. He visto a dos haitianos de casi dos metros cargando una sola caja de fruta, emanando cansancio a cada paso; he observado también a un mexicano, de un metro y poco, llevando en la espalda el doble de carga. midiendo él, cuarenta centímetros menos. Parece que nuestro cuerpo, aunque crónicamente hinchado por el maíz transgénico de Monsanto, nos permite ser mejores bestias de carga.

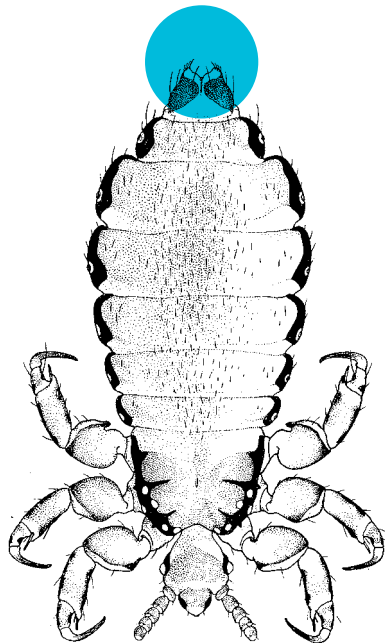
Germán estudió Creación literaria en la UACM. Sigue sin aprender a bailar. Ahora va a menos fiestas.

Tengo un recuerdo nítido, un vistazo, aparente a otra realidad, pero no menos traumatizante. Cuando era niño, mientras veía televisión, apareció en pantalla un fugaz reportaje del noticiero nocturno. En alguna sierra socialmente ignorada, de esas a las que únicamente llega la indiferencia, había una epidemia de “retraso mental” en menores de edad, epidemia que era la respuesta a una menos grave: epidemia de piojos. Las madres rociaban insecticida directamente al cuero cabelludo de sus pequeños hijos indígenas. La imagen de un bicho agonizante bocarriba, grabada en la lata del insecticida, hacía pensar a las madres que ese era un buen remedio para expulsar a los ectoparásitos de las cabelleras infantiles. El veneno era absorbido a través de la dermis, de los poros abiertos, del cráneo, llegando hasta el cerebro, apuñalando las neuronas. A su pobreza se les sumaba la triste estupidez, consecuencia de no haber aprendido a leer, de no haber tenido la oportunidad de hacerlo. El analfabetismo también figura en el testamento.

Esta pesadilla, que entonces me parecía tan distante, revivió al comentarla con conocidos, que confirmaron que en su pueblo era una práctica común rociarse la cabeza con insecticida para acabar con los piojos.

Escuché en un *podcast* en el que el presentador mencionaba que se sentía intimidado por sus nuevos amigos ricos. Eran altos, casi todos, blancos y despedían un halo de luz. La vida de las buenas dietas, acceso a servicios médicos, las horas de yoga, la vida relajada, el juego de pádel en el club los domingos... Todo esto ha hecho de ellos un caballo de carreras, musculoso y despierto. El *podcaster*, ex nezahualcoyotlense, decía, que él, a diferencia de sus nuevos amigos, se sentía como un caballo de pueblo: Vencido, en los huesos, ojeroso, atiborrado de comorbilidades, medio muerto a sus 29 años.

Recuerdo que, en cuarto de primaria, un “maestro” tuvo una sádica-brillante “idea pedagógica” para lograr hacer que los dos peores estudiantes cumplieran al fin con sus tareas. Nos hizo rodearlos en

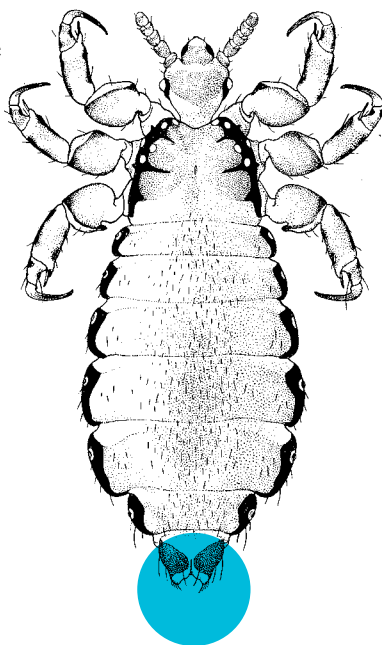


círculo y gritarles insultos. Nos dio una lista de abominables sugerencias, y gritaron, gritamos (mi conciencia, mi culpa repiqueteante de adulto, me hace pensar que “gritaron”) enloquecidos, afebrados, y rabiosos tales insultos. Ellos estaban en el centro, recibiendo los “burro, flojo, huevón, tonto...”; medio llorando, medio aguantándose, viendo al suelo, apretando los puños, con los labios, temblando, por lo que yo recuerdo como horas, hasta un minuto habría también sido aterrador.

Ninguno de los dos alumnos volvió a la escuela. Nunca cumplían con las tareas, tampoco con llevar el uniforme limpio, jamás ponían atención; llevaban puesto encima las herencias roídas, rehusadas, hasta caérseles a pedazos del cuerpo como piel leprosa; sin comida ni dinero para comer, despeinados. ¿Cómo hubieran podido ser como los demás? Cualquiera en condiciones de alto riesgo (violencia, hambre y estrés) entiende apenas siete de cada diez cosas que debe aprender en la escuela. Un niño pobre, por más inteligencia que tenga, en un corto periodo de tiempo es superado por otro que no posee la misma capacidad o talento, pero que tiene acceso a servicios de salud y no tiene que preocuparse por un padre violento, alcohólico, drogadicto o ausente.

Pienso en mí, en mi cuerpo, en mi cadera desviada y esa muela perdida que no he podido remplazar; en la imbecilidad que me habrá provocado la desnutrición, en la falta de sueño.

Pienso también en la pobreza heredada, en el quebradizo aspecto de un cuerpo enfermo de carencias, sin salud y sin fuerza. Durante mis desvelos crónicos, consecuencia del ruido incesante de las borracheras nocturnas que me rodean, concluí que la violencia es siempre una constante del otro lado del muro de mi pequeño departamento rentado. El alcohol y las drogas suelen ser el único desfogue del pobre. En este preciso momento, en esta precisa madrugada, a solo unos metros, escucho a personas gritando, riendo, cantando; personas a las que no les importan los disparos que trepan mis oídos, que no me dejan dormir; espero que esos disparos sean al aire y no contra otro pobre idiota, heredero desnutrido. ●



IRENE DOMÍNGUEZ REYNA

Poemas

Piel canela

Mujer que tejes,
entre rodillas,
las palabras con que te crucifican.

Mujer candela,
¡cadera ancha!

Morena, presea del conquistador...

Piel canela,
al contrato de mi sangre...

En las costas de mi piel,
las resistencias colorean;
un bronceado historial de
embarcaciones.

Trazando rutas,
seduciendo rupturas,
entre olas obscurecidas
de cuerpos apilados,
acumulaciones de infiernos ámbar.

Currículum vitae

La prieta me dicen,
bruja morena,
mujer errante.

Cuerpo al borde de un colapso
de risa, de placer o de llanto.

Especialista en el dominio del dolor crónico.
Creadora de escaleras
hacia la nada...

Lectora de libros,
lectora de tantos y pocos rostros.
Cuentista de subjetividades y espacios utópicos.

Observadora,
espectro del tiempo,
alérgica a la mentira.

Irene es pepenadora
del mundo, lectora de rostros,
cuentista de subjetividades y
relatora de los cuerpos en eco.

Obsesiva de los sueños,
día a día pepenadora del mundo.
Plantadora de recuerdos...

Bailarina en el júbilo de los ecos...
De noche, de día...

Escritora de cartografías entintadas en mi cuerpo acanelado.
Andariego es el cuerpo de mis textos...

Me evalúas, pero no te preguntas
cómo es que estoy parada,
escurrida de la cara
o con la cara lavada.

Pero me presento
Soy ella.
Soy yo...
La prieta.



PÁVEL PANTOJA

Ensayo de una cara que se esconde

Un defecto físico puede ser el camino hacia la excepcionalidad y la escritura.

Nací con un defecto en la cara que ahora es menos perceptible, pero cuando era chico no había algo más grande en el mundo que la deformidad de mi rostro. Yo noté desde niño cierta diferencia porque a mi hermano (con quien me llevo poco) las personas le decían “Qué bonito” y a mí no me decían nada, *ja, ja, ja*. Lo más que expresaban era “Se ve pálido”, como una especie de halago. La gente me miraba mucho el rostro y algunos pequeños decían: “Mira mamá. ¿Qué es eso?” A mí me daban ganas de pegarles, pero la verdad es que no hacía nada y me quedaba callado, intentaba hacerme el chiquito y agazaparme como un animal de presa. Si hubiera sido un defecto en otra parte del cuerpo quizás hubiera intentado ocultarlo, pero en la cara...

Pável es un estudiante eterno, profesor de chino mandarín, podólogo y escritor en su imaginación.

La verdad es que sí pensé varias veces en cubrirme la cara, pero no tenía mucho sentido. Imagínense salir con una máscara. Quizá solo lo pude haber hecho el Día de muertos y así justificar el uso de la careta. Ciertamente yo era feliz durante esos festejos. Sentía que los disfraces nos igualaban a todos y entonces me camuflaba bien. Yo prefería pintarme la cara a disfrazarme porque así mi defecto podía ser parte del mismo disfraz, en cambio con una máscara, cuando tocaba comer cualquier dulce o pizza era una maldición, pues no faltaba el que decía: “Ya quítate la máscara”, y añadía; “Ay, perdón, es tu cara”, supuestamente bromeando. Ya en la adolescencia alguno exclamaba: “Ay, güey, qué disfraz tan realista.”

Una vez, una chica que me conocía y me gustaba me vio con máscara y me dijo: “Así te ves más guapo, *ja, ja, ja*”. La verdad es que si no estuviera en esta condición probablemente yo también me burlaría.

Me han operado más de quince veces por este “defecto” y recuerdo claramente ir al hospital, tener que faltar a la escuela, levantarme mucho más temprano e ir con mi mamá a las citas donde había mucha gente formada, mucha gente enferma y mucha gente mirándome. Después de cada operación era peor porque mi cara estaba hinchada, morada o tenía cicatrices más vistosas o suturas. Pero a veces también en el hospital veía a más niñas o niños con problemas similares. Era inevitable compararme con ellos. A veces pensaba: “Yyyy, ese está refeo”. Otras veces pensaba: “Chale, ojalá me viera como él”. Esas comparaciones que yo hacía en mi mente eran muy parecidas a las que los demás hacían entre mi cara y la suya. Yo veía a los otros que estaban también en el hospital y me daban ganas de burlarme pese a estar en las mismas circunstancias que ellos.

Recuerdo que cualquier personaje con un defecto que aparecía en televisión, películas o libros era mi héroe, aunque fuera el villano. Me decía: “Puedo ser como él”. Me hubiera gustado esconderme y salir de vez en cuando con una máscara, como el fantasma de la ópera, y volver a las sombras y a la oscuridad de mi hogar. Por ejemplo, *La Mole de Los 4 fantásticos* era un perdedor para todos, pero yo lo consideraba un verdadero héroe que tenía que luchar no solo con los enemigos, sino también con su imagen. Era el peor superpoder, pues aunque era fuerte y casi indestructible también era torpe y feo. Era una maldición de la que solo podía escapar si renunciaba a su fortaleza.

Me daba coraje, pero era obvio que a la Antorcha humana le iban a dar más visibilidad; el otro era un monstruo bueno, pero un monstruo al fin. Son raros los monstruos buenos.

Frankenstein me provocó dos sensaciones muy diferentes después de ver la película y leer el libro. Cuando era niño aborrecía la película ¿Por qué tenían que matar al monstruo? Yo también era monstruo. ¿Por qué tenía que huir, por qué tenía que esconderse y por qué tenía que matar? ¿Por qué el monstruo tiene que ser el malo de la película? Después, al leer el libro comprendí más y me daban ganas de reclamarle a alguien esa sensación de desigualdad innata. Y entonces me preguntaba: “¿Por qué a mí?” Esa pregunta tonta, común, trillada y sin sentido que busca un culpable inexistente.

Para responder a mi pregunta mi mamá me contaba historias mágicas que justificaban mi nacimiento, historias manchadas de una culpa que ella sentía por no haberlo podido evitar. Ella me decía: “Es que cuando ibas a nacer hubo un eclipse y decían que las mujeres embarazadas no deberíamos verlo porque podíamos tener un hijo con deformidades, y yo lo vi”. Otra de sus historias era que una bruja le había recomendado atar un hilo rojo a una moneda porque su hijo iba a tener problemas de nacimiento, pero que ella no lo hizo. También decía: “Yo te soñé antes de que nacieras, te soñé igualito, pálido y con tu defecto; te soñé cuando apenas tenía cinco meses de embarazo. Parecías muerto. Pero luego veía que te movías y estabas bien bonito, igual que cuando naciste”. “Bien bonito” dice mi mamá, no sé si lo hace por su incapacidad de reconocer la belleza de su hijo, porque sí lo cree o solo por mentirme y así hacerme sentir mejor. Imagínense si en verdad soñó eso mi mamá, qué terror. No puedo saber si mi mamá me soñó, pero qué angustia ver que tu hijo tiene una deformidad y no poder evitarlo. Si fue una pesadilla, se le hizo realidad.

Después llegó el momento del amor. Al principio yo pensé que tenía que pertenecer al mundo de los orcos. Así que yo buscaba una orca bonita. Por supuesto que entre los orcos también hay diferentes grados de belleza, los orcos no son iguales. Recuerdo que en uno de mis múltiples viajes al hospital conocí a una chica superbonita. Tenía un defecto en una oreja; estaba completamente desfigurada. Usaba el cabello largo para cubririrla, pues la habían operado varias veces también. En una de las operaciones nos tocó estar uno al lado del otro en una sala de recuperación. Por esa situación habían tenido que raparle parte del cabello. Esa vez platicamos un largo rato, sin vernos casi a la cara, los dos viendo al techo, conectados aún con el suero por donde nos suministraban medicamentos y analgésicos. Tenía dolor, pero se atenuaba por estar con ella; sentía vergüenza, pero también emoción; estábamos pasando por lo mismo y yo sentí que era la conexión más poderosa, pero no duró más que ese día y ya no volví a verla.

Después, ya más grande, conocí a una chica muy guapa que no tenía una pierna. También le habían hecho un buen de operaciones. Nos conocimos en la prepa. Una vez se enteró de que me iban a operar y me dio muchos consejos, todos innecesarios, pero eso no importaba. Yo la escuché y eso nos unió. Después salimos varias veces, pero era muy difícil; si un orco llama la atención, dos orcos son demasiado atractivos para esa vista morbosa insaciable que busca anomalías en los otros, aunque todos tenemos esa fascinación enfermiza por lo raro, lo desviado, por lo feo. Era tan incómodo que dejamos de salir a plazas públicas y estar todo el día en la casa, sin dinero y sin saber adónde ir hizo que no durara mucho esa situación y nos separamos. Quizás por eso los orcos viven en lugares aislados y entre ellos, porque no les queda de otra, porque las miradas también lastiman.

Durante gran parte de mi vida intenté ocultar mi rostro con la mano para evitar miradas directas; caminaba con la cabeza agachada y viendo al suelo, en parte, para que no me vieran, pero sobre todo para no saber si lo hacían. Durante un tiempo intenté esconder mi deformidad con una sonrisa; pensaba “Si sonrío todo el tiempo lo más llamativo será mi sonrisa o la gente pensará que soy muy feliz y mi característica dejará de ser negativa”. Pero eso es insostenible, es como fingir ser feliz solo para que no te vean feo. No tiene sentido. Mi mamá lo notó y me dijo: “Sonreír te hace ver extraño”.

Recuerdo mucho la operación más delicada que me hicieron. Tenía quince años. Regresé a mi casa después de varios días, esa vez me dolía todo; tuvieron que extraerme parte de una costilla para la reconstrucción de mi cara. Era doloroso caminar, hacer del baño, respirar, todo dolía. Después de que volví me encerré en el baño, me vi al espejo y me puse a llorar. Esa fue la operación más grande y había modificado mi cara de una manera irremediable, había sido “para bien” (dijeron todos), y aunque así hubiera sido yo no reconocía a aquel sujeto que estaba en el espejo. No era yo, no era la persona que había visto durante quince años, no era ese ser que me había acompañado toda mi vida. Ahora era alguien desconocido. Lloré como si alguien se hubiera muerto, me quedé horas en el baño y con el tiempo, poco a poco, me fui acostumbrando a mi nuevo rostro.

Una vez trabajé en una compañía de fiestas infantiles; yo era botarga. Era la persona más feliz del mundo. No se

imaginan cuánto. La gente ve botargas y no le importa quién esté adentro pues lo que ve es lo que todos vemos: el cascarón, la presentación, la imagen de un muñeco famoso como Bob Esponja, los superhéroes, unicornios, dinosaurios... Eso te vuelve un éxito y mientras tienes el traje puesto eres querido y aceptado; le gustas a la gente. Ser botarga fue maravilloso para mí.

Cuando yo veía otras personas con diferencias físicas me ocurrían algunas de las siguientes situaciones. A veces quería decirles “Yo también tengo un defecto”, como si eso nos uniera en una especie de cofradía, pero no lo hacía, por suerte. Si veía que los molestaban, intentaba defenderlos, pero a algunos no les gusta que los defiendan. Lo entiendo, porque lo que llama la atención de ti es ese defecto y si te lo quitan te quitan también tu forma de relacionarte. Es impresionante qué tanto podemos acostumbrarnos a esas características y también a sentir que por eso la vida nos debe cosas, que deben respetarnos de antemano o tenernos compasión.

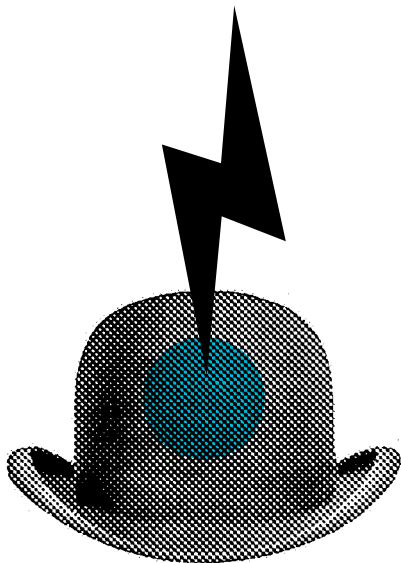
Otras veces cuando veía gente con esas características diferentes o anomalías me daban ganas de anularlos, alejarlos de mí o burlarme de ellos; creía que si lo hacía, estaría ahora en el grupo de los burlones y no de los burlados. Yo sentía que todos los que tenían características distintas eran un peligro que me delataba, que me dejaba en evidencia.

Mi cara es diferente y eso me ha hecho ser empático con algunos y cruel con otros, en especial conmigo mismo. Tantos veces he sentido que debo esconderme, tantas veces he pensado en no salir a la calle, ocultarme en mi cuarto y pasármela viendo la televisión. De hecho, creo que mi imaginación y la escritura fueron resultado de pasar tanto tiempo solo, sumergido en mis pensamientos e inventando historias para entretenerme.

Pasaba mucho tiempo en el baño, aislado, sin nadie que me molestara. Así inventaba todo tipo de relaciones, historias y sucesos que me ayudaban a vivir en ese encierro autoimpuesto. Lo más raro, es que, pese a lo anterior, ahora me gusta que me vean, me gusta que me reconozcan, que se fijen en mí. Y ahora escribo y hago videos para salir en ellos, para que me conozcan más, aunque me exponga. Ya no quiero seguir encerrado detrás de una cara, y si mi cara es lo primero que ven, pues adelante. Después me podrán despreciar, criticar o ser morbosos por otras cosas que a simple cara no se ven. Por eso escribo ahora, para mostrarme. ●

Odio capilar

En este cuento, el humor y la ironía impregnan la reflexión en torno a las bromas genéticas que nos juega ¿la Fortuna?



La herencia de las dos ramas de mi genealogía pende sobre mi cabeza: por el lado materno soy el dueño heredero de la fábrica de sombreros fundada por mi abuelo. La historia de Fernando Burgos, padre de mi madre, es la del migrante que, con mucho esfuerzo, no poca malicia y algo de suerte, logró el éxito en la nueva tierra. Ya ejercía como sombrerero, laborando en una factoría catalana, cuando la agresión de Franco contra la república lo obligó a embarcarse en un buque cardenista. Acá, logró, gracias al dominio del oficio, acomodarse en el mismo giro. Con sacrificios pudo ahorrar para establecer su propio negocio. Un pequeño taller en el centro de la ciudad donde se manufacturaban fedoras, dallases, olímpicos, cassidys y bombines, en lugar de los castellanos, manchegos, copinos, alcarreños y sevillanos que hacía con maestría en España. Aquí, además, tuvo que hacerse hábil para tratar el fieltro, el yute y la palma en lugar del terciopelo de algodón o la lana de merino.

Al final de su vida, el abuelo Burgos era dueño de un taller mediano y una magra fortuna. Cuando murió, el negocio pasó a manos de mi tío Alberto, de quien yo lo recibí casi en la quiebra: mi tío y sus hermanos varones, supieron despilfarrar el caudal que el abuelo había amasado durante toda su vida. Fui el único nieto que, por agradecimiento al hombre que me crió, quiso continuar con su empresa. Tuve que reducir la producción, recortar personal, cambiar de proveedores para rescatarla.

Conservar el negocio de la familia atiende más a la lealtad al apellido, al amor a nuestros productos, a creer en la importancia de su existencia en la sociedad que a la del mercado. No son buenos tiempos para la industria del sombrero. El accesorio ha caído en desuso. Los que se producen son hechos en serie y de materiales baratos, casi desechables. Además, la popularización de la gorra deportiva casi ha enterrado al sombrero artesanal de calidad.

Hay otra razón, la obvia; mi afecto por hormas, forros, alas y toquillas, y que guarda relación con mi otra herencia: la genética de mi padre. Desde mis tempranos veinte el cabello empezó a abandonar sus folículos dejándome esta aridez en la cabeza. Del señor que me procreó sólo conservo los genes y una fotografía. Dejé a mi madre cuando las cuentas del abuelo, que él también ayudó a derrochar, enflacaron. Yo apenas era un niño y los recuerdos me resultan borrosos. En la instantánea se puede ver a mi padre con una sonrisa imbécil, orgulloso de su tonsura; está en cuclillas sosteniéndome durante mis primeros pasos. Conservo la imagen porque es el único recuerdo de mi primera infancia. La gente que lo conoció lo recuerda afable y encantador: “era un buen hombre, confiado, alegre, seguro de sí mismo”, dicen. Lo dudo. Si hubiera sido así no nos hubiera abandonado. Algunos que fueron sus amigos, que también dejó, me dicen que cada día me parezco más a él. Esta comparación me resulta odiosa. De alguna manera me dicen: “eres calvo, igual que él”.

Cuauhtémoc es estudiante de Creación Literaria en la UACM. Como escritor no se considera ni bueno ni malo, sino todo lo contrario. Toma café mientras lee y mientras escribe. Siempre toma café.

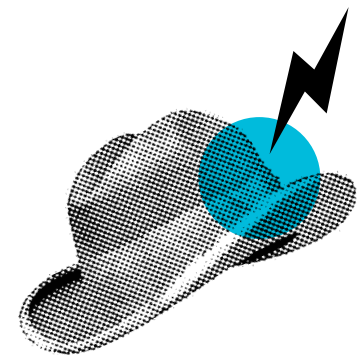
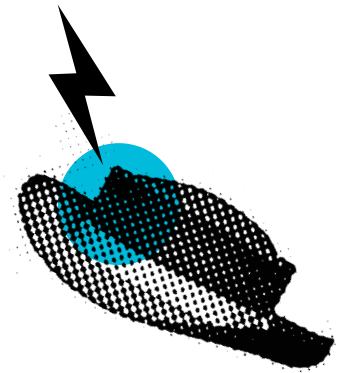
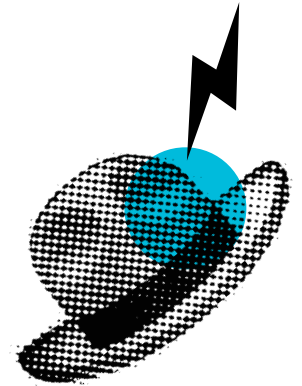


El señalamiento de las imperfecciones es una diversión del ser humano. Mofarse del que queda más lejos de la idea de la perfección construida, claro, por la convención social, es el mecanismo más fácil para hacer burlas y chistes. Al más moreno se le suele decir “negro”; al de poca estatura, “enano”; al que pasa la media de estatura, “garrocha”; al que usa lentes “cuatro ojos”. La diferencia se castiga. Ser escarnio de las amistades, por unos instantes, es muestra de afecto; “te quiero y por eso te pico las costillas”. Eso es una sana forma de socializar. Sin embargo, la agresión gratuita, al descampado, no la comprendo. Ir caminando por la calle, metido en mis pensamientos y que un desconocido me grite sin ningún motivo “cabeza de coco”, “copete de hueso”, el vulgar y poco ingenioso “pelón” o el nombre de algún calvo nefasto, despreciable o considerado feo, me desconcierta. No entiendo que alguien me agreda así, si yo no me he metido con él.

He aprendido a vivir con el sebo que nos abrillanta la cabeza y refleja la luz, haciéndonos parecer un foco de luz perpetua; con la sensación oleaginoso que queda en los dedos cuando se pasa la mano de la frente a la nuca y que se asemeja al tacto liso de un delfín. Aunque de adolescente deducía mi futura apariencia por la referencia que tenía de la foto de mi padre y pronto me resigné a ella, hay días en los que no puedo sino renegar. Me irrita la burla contra algo que no puedo controlar, que no escogí; me molesta que mi defecto sea la carencia, que algo me falte a pesar de estar completo. Me fastidia que las personas me recomienden menurjes y ungüentos para solucionar mi “problema”. Me dan palabras de consuelo al decir “pero te ves bien”, agregando en el “pero” la idea de deformidad. La calvicie es, por sí sola, considerada indeseable.

Ese es el motivo del empeño con que se producen las piezas confeccionadas en mi taller. Cada tejido de palma, cada pasada del cepillo por la piel de castor o conejo es amorosamente realizada, porque no puedo dejar de conmoverme ante los cráneos yermos, el cuero estéril, el pellejo baldío que nos da la apariencia de un bebé anacrónico. No sólo ofrezco un resguardo contra el sol que nos curte la piel, el frío que nos corta las orejas, el polvo que nos enloda la cabeza o los insultos que agreden nuestra estima, no. A mis hermanos de condición los comprendo y les devuelvo la posibilidad de recobrar la confianza en esos días en que el azogue del espejo se asquea al devolvernos la imagen de un adefesio. Un sombrero no es un escondite para la causa de la vergüenza. La copa alta de una chistera le da majestad a una cabeza lampiña; no hay nada que dé más elegancia a una calva que un Ferraro hecho en lana Walton, un Dallas de palma panamá distingue la testa de quien lo porta.

Hay una cosa que odio más que los oprobios, la condescendencia de los que me dan consejos o tratan de confortarme falsamente. Detesto a los hombres que no saben enlucir con dignidad; los que no se afeitan la cabeza de una buena vez, los que dejan que unas cuantas hebras pueblen mal su cabeza, los que se aferran a que una tiara de pelusa corone sus anhelos de melena, los nostálgicos que se añoran una pelambrea pasada que les hace creer a los otros que el éxito está en el peine y el champú, porque todos estos no hacen sino denigrar y acentuar las agresiones. A ellos, junto a mi padre, los maldigo con todo el ahínco que soy capaz de expresar. ●



CRISTIAN BERMEO PICÓN

La otra mitad del pan

Atrapado en mis fauces,
masa y órganos arrojando los jugos,
conduzco un esqueleto hacia la ola

¿soy un cuerpo o tengo un cuerpo?
¿lo soy como soy mi casa,
mi enramada, los recuerdos,
la espuma de los momentos,
la ceniza como un rastro que va quedando atrás?
¿hay diferencia?

Después del cuerpo
algún inamovible movimiento;
después quizás se quedará sola
con sus encrucijadas *la otra voz*,
la embriaguez de momentos,
la verdadera noche.

Desde mi cuerpo
otros reconocen el coloquio de la mortalidad,
la mordedura del hombre,
los pródigos campos
que mañana habrán de arder.

Durante el cuerpo está la carne y sus punzones,
el pulmón ávido de suspiro,
la desnudez errante;
demacradas fragancias en el hielo,

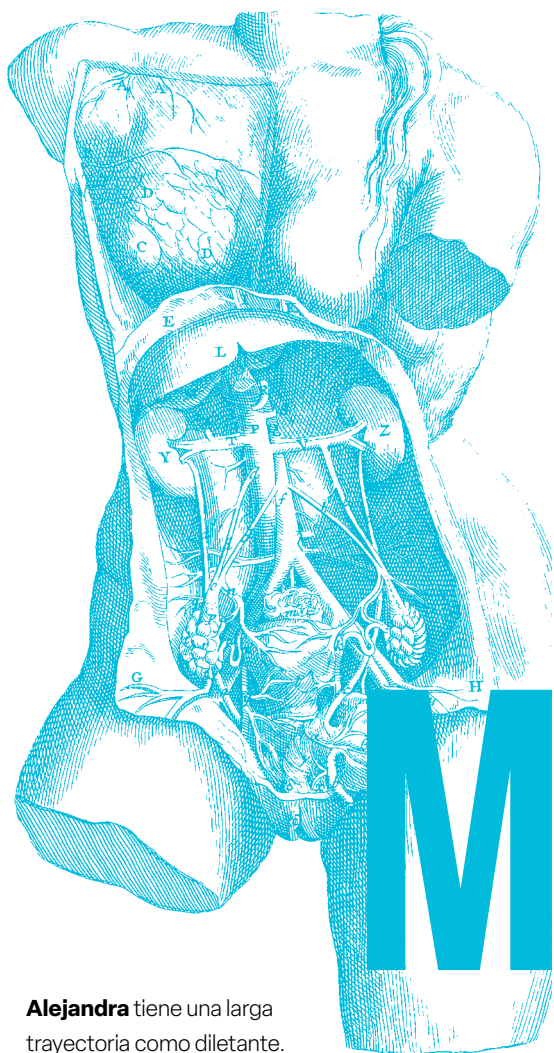
el cuerpo es la puerta y yo el cerrojo,
el arma blanca en la mano de los perseguidores,
un montón de escalones hacia nada;

es cuna forja féretro
la otra mitad del pan
que habrá de hacerse duro y quedará en la mesa
para las musarañas.

Cristian es alter ego del *hombre del traje gris*. Proponso a las debilidades de Pessoa, trabaja como godín de tiempo parcial. Es partidario de la lluvia, las buenas charlas y el silencio. Estudió Creación Literaria en la UACM.

Simbiontes entre nosotros

La unidad de nuestro cuerpo y la autonomía de nuestra conciencia se cuestionan durante una cavilación mañanera sobre las múltiples formas de simbiosis que nos constituyen.



Alejandra tiene una larga trayectoria como diletante. Aunque se formó como psicóloga y filósofa, sus extravíos teóricos siempre la aproximan a la literatura y a la biología. En sus ratos libres organiza tertulias con su gato. Actualmente, está en búsqueda de la receta del sándwich perfecto para su hijo.

Mary es científica, ailurofílica, y también es mamá. Come tamales sin culpa porque sabe que responde a los deseos de su microbioma. Cuando se le seca el cerebro, busca inspiración observando la naturaleza. Su más reciente afición consiste en descifrar las conspiraciones de las ardillas que se pasean por su ventana.

e levanto muy temprano en la mañana y el primer impulso que me atraviesa es el de tomar un café bien cargado para hacer operativo este cuerpo. A tuestas y todavía en la penumbra, busco las pantuflas y las deslizo por mis pies para encaminarme torpemente hacia la cocina. Como si fuera autómatas, enciendo las luces y pongo a trabajar la cafetera. El día ha comenzado y, tras el primer sorbo de cafeína, los pensamientos se agolpan en mi cerebro.

Este semestre impartiré un curso de Anatomía y Fisiología en la universidad. Hay miles de libros sobre el cuerpo humano para todos los niveles educativos. Incluso yo he escrito libros, manuales y artículos al respecto, pero curiosamente, cada vez que tengo que planear los contenidos de la materia, mi primer referente es una canción que aprendí en el jardín de infantes: “Cabeza, hombros, rodillas y pies...” Pienso en que nuestras primeras clases de anatomía consisten en el reconocimiento de las partes funcionales de una supuesta unidad que denominamos cuerpo. También pienso en la forma en que nos imponen todo tipo de eufemismos para referirnos a ciertas partes de nuestra anatomía. Todavía, en pleno siglo XXI, pasan por mi clase estudiantes que se sonrojan cuando tienen que referirse a los genitales o los glúteos. Lo comprendo y procuro no hacer mucho escándalo al respecto, pues soy plenamente consciente de que la moral heteropatriarcal ha ensombrecido el conocimiento que tenemos sobre el cuerpo.

Entre un sorbo de café y la preparación del desayuno, cavilo un poco más sobre ese asunto. Es cierto que cada día sabemos más cosas sobre el cuerpo, no solo del humano, sino en general del cuerpo de los mamíferos; sin embargo, casi todo lo que sabemos en términos científicos se basa en el conocimiento del cuerpo del macho, no en el de la hembra. Las mujeres que nos dedicamos a la ciencia tenemos mucho trabajo por hacer y mucha batalla que dar para que, en los textos que usamos en la docencia, “la normalidad” no sea que siempre se hagan referencias al varón. Este es un tema que se debe incluir en un nuevo manual de Anatomía y también en la clase que daré en un par de horas.

Rápidamente alcanzo un papel y una pluma para anotar la idea que se devela mientras preparo los sándwiches para el lunch de mis crías. Uno de esos sándwiches no lleva queso porque el niño es intolerante a la lactosa. El otro lo preparo sin jamón porque la niña —que más bien es ya una *puberta*— decidió volverse vegetariana hace un par de meses y no queda más remedio que inventar comidas con verduras y, a lo mucho, con queso o huevo, porque de otra manera la señorita no come nada.

A pesar de todos los avances científicos en las áreas de anatomía y fisiología, las personas sabemos muy poco sobre nuestros propios cuerpos. Y es que persisten tantos prejuicios sobre este fascinante, estigmatizado y cercano, pero a la vez elusivo amasijo de grasa, proteínas, azúcares y agua que somos.

Sí, somos un misterio envuelto. Una delgada película de células planas ordenadas como tejas nos separa del resto del universo: la piel. Es el órgano más grande del cuerpo y todas las terminales nerviosas en ella nos permiten sentir, entre otras cosas, el frío y el calor, el dolor y el placer. Sin embargo, la piel no es solamente una barrera que separa el interior del exterior. El microbioma cutáneo es parte fundamental de la epidermis y es capaz de neutralizar otros patógenos en alianza con nuestro sistema inmune. Cuando di a luz a mi primera hija, pensaba mucho en ese diminuto ecosistema que le estaba heredando con el contacto de mi pecho con su boca; me imaginaba cómo las comunidades microbianas iban colonizando ese pequeño cuerpo de recién nacida. Hoy, en la pubertad, además de su carácter, la microbioma de mi hija está cambiando también debido a las transiciones hormonales que está experimentando.

Termino de empacar los sándwiches y los coloco en las mochilas de mis crías. La de ella es un morral con las fotografías de los integrantes de BTS, un grupo de K-Pop que le fascina. La del más pequeño es una mochila de Venom, el simbionte extraterrestre de Marvel que toma como huésped a Spiderman y luego a Eddie Brock. A fuerza de leer con mi hijo una y otra vez los cómics de *Venom*, me he aprendido la historia completa.

La alarma del despertador resuena por toda la casa. Es hora de despertar a las criaturas y de darme un veloz regaderazo para estar presentable en la clase matutina. Mientras me doy un baño, sigo pensando en los simbioses. Venom y Carnage son los más conocidos en la cultura popular, pero en realidad, hay muchos simbioses entre nosotros, en la vida real. La *Cymothoa exigua*, por ejemplo, es un crustáceo que se aloja en la boca de algunos peces. Ahí, se nutre de su sangre hasta que termina ocupando el lugar de la lengua y, de paso, aprovecha para nutrirse de la comida que el pez

recolecta para sí mismo. Lo sé, suena un poco grotesco, y de algún modo lo es, pero no deja de ser asombroso entender cómo se da una relación simbiótica entre los organismos.

En biología se reconocen tres tipos de relaciones simbióticas: mutualismo, comensalismo y parasitismo. La clasificación depende del tipo de beneficio que puede haber entre los organismos de cada especie dentro de la relación. Por ejemplo, el parasitismo es una relación en la que un organismo se aprovecha de un anfitrión sin procurarle ningún beneficio. Ese es el caso del crustáceo que habita en la boca de los peces. El comensalismo supone una relación en la que un organismo se beneficia de otro sin que el otro pierda o gane nada. La conexión de las rémoras y los tiburones son un clásico ejemplo de comensalismo: la rémora se alimenta de los residuos del alimento del tiburón, quien no tiene ningún problema en transportarla de acá para allá a través del océano. Pero la más asombrosa relación simbiótica, desde mi perspectiva, es el mutualismo; en esta los dos organismos se benefician. Por ejemplo, la relación entre las flores y las abejas es benéfica para ambas especies, pues las abejas aprovechan el néctar de las flores y al mismo tiempo realizan la polinización que beneficia a las plantas. Incluso nuestra relación con los animales domésticos, como los perros y los gatos, cabe dentro de las relaciones mutualistas. Ellos se benefician del alimento y cuidados que les damos y nosotros recibimos de ellos beneficios múltiples, especialmente, la compañía que nos dan.

Termino de ducharme, me envuelvo en la toalla y me dirijo a mi habitación para continuar alistándome para salir. A la distancia escucho la voz de mi hijo pequeño, que repasa con su hermana su exposición sobre las partes de la célula animal mientras toman el desayuno. Ella lo corrige un poco exasperada: “Ya te dije que no es aparato de Google. Es aparato de Golgi”. El pequeño se ríe y vuelve a repasar otra vez: “membrana, retículo endoplasmático, mitocondria...”

La conversación sobre la célula y mi disquisición sobre el mutualismo me llevan a pensar en Lynn Margulis. Alrededor de la década de los 60 del siglo pasado, Margulis desarrolló la teoría endosimbiótica, que propone que los orgánulos de las células eucariotas de plantas y animales (incluidos los seres humanos) provienen en realidad de primitivas células procariotas; es decir, de células más básicas propias de los organismos unicelulares. En otras palabras, esta fenomenal bióloga descubrió que las células de las plantas y los animales tal como las conocemos, son el resultado de una relación simbiótica primigenia con una célula bacteriana. Visto de esa manera, habría que admitir que los simbioses no están entre nosotros, sino que ¡somos nosotros!

Al profundizar en la reflexión, puede ser que mi hijo sea intolerante a la lactosa y que mi hija prefiera ser vegetariana por alguna relación simbiótica que todavía no alcanzo a descifrar. Es más, puede ser que todo esto que estoy pensando mientras me visto y me peino, no sea otra cosa que una reacción del microbioma ante la dosis de cafeína que hace un rato me administré. ¿O no? Mi cerebro se incomoda con la idea porque en él persiste una sensación de unidad e identidad que le impide admitir que una colonia de bacterias, hongos y virus lo gobiernan. El cerebro, ese extraordinario órgano que, según él mismo, es el más importante del cuerpo. De acuerdo con los guionistas de las dos películas *Intensamente*, en él reside nuestra personalidad, nuestros recuerdos y nuestras reacciones ante el ambiente. Llevé a las crías al cine a ver las nuevas aventuras de Riley hace no mucho tiempo y, aunque el planteamiento de que nuestro cerebro se maneja mediante un tablero comandado por una emoción dominante es divertido, lo cierto es que es mucho más complicado.

En mis cursos me gusta platicar a mis estudiantes historias que les ayuden a contextualizar algunos de los conceptos y explicaciones sobre el estudio del sistema nervioso que vienen como frases descarnadas en los libros de texto, o peor aún, que ya ni se cuentan en absoluto, como los debates entre Santiago Ramón y Cajal y Camillo Golgi (sí, el mismo del aparato de Golgi, que lleva ese nombre en honor del científico italiano) sobre la “hipótesis neuronal”. Hoy nos puede resultar increíble pensar que, en 1906, estos científicos discutían sobre si existían o no las neuronas. Después de la Segunda Guerra Mundial, el problema ya era otro. Las personas de ciencia se dedicaron a averiguar cómo es que las neuronas generaban señales eléctricas. ¿Y cómo diantres esos pulsos eléctricos nos permiten —o no— entender nuestro mundo? Posteriormente les platico sobre los trabajos de Hubel y Wiesel, dos científicos que en la década de los 50 descubrieron cómo ciertas neuronas de la corteza cerebral de los gatos respondían diferencialmente a estímulos visuales; finalmente, les cuento sobre los cacahuates de un estudiante de doctorado que causaban envidia entre los macacos del laboratorio, lo que llevó al descubrimiento de las neuronas espejo. Actualmente, sabemos que las neuronas espejo son clave para el desarrollo de conductas imitativas, para la adquisición del lenguaje no verbal y ¡hasta para la empatía! Nada que ver con el tablero de las emociones de *Intensamente*.

Lo complicado de todo esto es que el anecdotario despierte la curiosidad de mis estudiantes sobre la forma en que vamos construyendo el conocimiento y, además, que puedan reconocer las diferentes barreras contra las que nos topamos en nuestra búsqueda para entendernos a nosotros mismos.

La barrera principal se encuentra al tratar de responder una pregunta básica: ¿quiénes creemos que somos? Ahí la discusión se torna filosófica, porque los seres humanos nos hemos contado durante mucho tiempo una historia en la que se afirma que el ser humano es la especie más inteligente y que, además, la inteligencia y el razonamiento son actividades mentales superiores en comparación de otras.

Charles Darwin hizo lo propio para desmontar esa historia cuando propuso la teoría evolutiva, y no sin exabruptos, estableció las condiciones para admitir que nuestra especie es una entre muchas otras especies y que no somos muy distintos al resto de los animales. Por su parte, Sigmund Freud, el afamado inventor del psicoanálisis, en 1900 puso en entredicho la creencia de que somos dueños de nuestra conciencia. Él propuso la existencia de un aparato psíquico compuesto primordialmente por pulsiones que operan en el inconsciente y que gobiernan en muchos sentidos nuestra vida anímica, no como en el tablero de Riley, sino de formas todavía más complejas y a veces no tan felices.

Con el cepillo de dientes en la boca, pienso que quizá un día podremos admitir con menos resquemor que somos simbioses y que no solamente tenemos relaciones simbióticas con los animales y las plantas que nos gustan, sino también con los seres diminutos que no vemos, y que operan en nuestras emociones y pensamientos, tal vez del mismo modo que el inconsciente freudiano.

También pienso que no podemos dar respuestas definitivas en prácticamente ningún campo de las ciencias que estudian al cuerpo. Por ello, quienes nos dedicamos a la ciencia tenemos que admitir con humildad que cada día sabemos un poco más, pero lo que sabemos no se compara con lo mucho que desconocemos.

Se ha hecho tarde ya, tengo que salir disparada para que mis crías lleguen a tiempo. Me encargo de que no olviden las mochilas ni la maqueta de la célula y nos subimos a las carreras al auto. Al llegar, el par de criaturas entran sonrientes a la escuela mientras yo les mando besos desde el asiento del piloto y arranco motores para dirigirme a mi clase a la velocidad de Checo Pérez. ¡Pero qué barbaridad! En el estacionamiento de la universidad me percaté de que dejé en la cocina mis notas para la clase de Anatomía. ¿Me dará tiempo de regresar por las notas a casa? Mis neuronas hacen rápidamente el cálculo... ¡Ya lo tengo! Por fortuna, mi hijo siempre lleva un cómic de Venom en el asiento trasero, así que en la clase de hoy hablaremos de simbioses. ●

ERIKA SELENE PÉREZ VÁZQUEZ

Esto no es el cuerpo

Escucha, esto no es el cuerpo
ni la mano
ni los dedos
ni la palma que toca el viento
ni el torso que descansa en tu vientre
ni los tobillos cansados de andar,
es la respiración.

Antenoche te lo dije
esto no es autopoiesis,
es la taza de té que descansa en la boca.

Y, sin embargo, esto no es el cuerpo,
es la mente consagrada en un volcán,
cadenas de pensamientos que de lejos
vienen abrasados en provocación infinita.

Esto no es el cuerpo,
es la arista de tu último pensamiento
que se incendia ante la agrura de la muerte.

A **Erika** le gusta el helado de
chirimoya y le asombra el vuelo
de las aves en la playa.

AMELIA RIVAS

Los visitantes*

Un texto a dos voces, con dos estilos,
pero en un mismo cuerpo.



[Los visitantes tienen] un papel fundamental en la asistencia domiciliaria, permitiendo que el paciente con enfermedad mental siga el tratamiento prescrito, detectando de forma precoz la reagudización de síntomas y evitando que el paciente se pierda en la red sanitaria.

Carmen Pérez García, “La visita domiciliaria como instrumento de trabajo de la enfermera especialista en salud mental”

[...] la invención de este archivo ficticio tiene que ver, en mi caso, con el intento de dejar de lado la memoria literal y pasar a una memoria ejemplar. Es un modo de situarme más allá de los dolores y las experiencias traumáticas del pasado, sin olvidarlas, pero también sin mantenerme atada a ellas.

Mayra Micaela Pérez Castellanos, “Curar el dolor. Anotaciones sobre *El paraíso terrenal*”

La locura nace en mi mente, pero habita y crea caminos en mi cuerpo

Amelia Rivas

Amelia es, junto con Brenda Cervantes, estudiante de la licenciatura en Creación Literaria. La última parió a la primera porque ambas aman su cuerpo loco haciendo literatura.

* El escrito de *Los visitantes* nace y se desarrolla en un cuerpo doliente, loco, neurodivergente. Amelia Rivas es un nombre engendrado por Brenda Cervantes. La primera nace a partir de su interés en las letras, la literatura y de la vivencia de otras realidades posibles. La segunda viene de la profesión de la psicología. Ambas pertenecen al mismo cuerpo, a la misma locura.

Viernes 16 de junio de 2022

¿Recuerdas que te sentaste frente al espejo extendiendo tus brazos? *Esa es la última imagen real que tengo de mí: viendo mis cicatrices frescas, tatuadas por la navaja. Junto a ellas, su hermana mayor: un corte profundo, recordatorio del anhelo de verter mi vida a través de la herida. Existimos personas que, lejos de lastimar a los demás, preferimos hacer presente nuestro dolor hacia nosotros mismos. Antes de ir a la cama, me aseguré de tomar mi dosis. No era seguro estar sola, pero con el gramaje recomendado, el peligro no acecharía.*

Sábado 17 de junio de 2022

Llamaste a tu trabajo diciendo que esta vez no podrías llegar. Era demasiado tarde. ¿Y Carlos?, tu pareja, ¿qué había de él? Quedaron en verse en la estación del metro de siempre. Demoraste una hora en llegar y cuando lo hiciste, él se encontraba preocupado. Le mostraste un sándwich y unos dulces que una señora te había obsequiado durante el trayecto. Ella te dijo que ya no te drogaras. Luego sucedió que estabas sentada... *Sí, estaba sentada sobre el pasillo del metro, traía mi gabardina negra, lloraba y le decía a Carlos que lo mejor era terminar. No era sano continuar en una situación inestable e inverosímil. Lo recuerdo como si fuese una película. Lejos de mí, recargado sobre el muro donde la gente suele esperar el tren, donde la música no pasa inadvertida, donde el cansancio cotidiano se mira reposado en los cuerpos marginados. Sí, marginados como yo en ese momento. Tu cuerpo, incapaz de ser paciente con el dolor, se reconoce desde la distorsión de la realidad. Sientes que flotas, ves tu vida como una espectadora de una cinta cinematográfica, gritas a través de las heridas y los impulsos desmedidos, de ahí que te habite lo anómalo. Carlos se acercó a mí: una mujer marginal, una mujer ermitaña. Sin miramientos, me levantó y me abrazó, mientras yo lloraba. Me descoyuntaba por ese vacío colgado a mi cuerpo que me hacía presa de su existencia. Ella no puede vivir sin mí. Ni yo sin ella. Carlos y tú se dirigirían a tu casa. Pasarían la tarde juntos. Después, él se marcharía.*

Cuando Carlos se fue te acercaste... *Me acerqué a todo lo que tenía almacenado en mi botiquín, aceleré el paso para aproximarme al vino blanco que ocupaba para preparar mis alimentos. Aquel vino más clonazepam, duloxetine, quetiapina, toda pastilla, jarabe, cápsula a la mano se convertirían en una mezcla incisiva, serían el coctel que me aproximaría a mi deseo inmediato. Antes de eso, aseguraste a tus mininos y a tu perro. No podían quedarse sin comer ni beber. Deseabas que te acompañaran a un viaje nuevo, aunque no diferente a los que ya habías hecho previamente. Pero ahora había algo distinto: no estabas sola. Estos*

seres habían llegado en el momento oportuno a tu vida. Los amabas. *Después, un quebranto. Me fragmenté. Tomé el seguro de la puerta de mi departamento y lo deslicé. El ruido que emitía apaciguaba mi angustia. Era mi arrullo, era la señal para trazar un nuevo camino. Mi boca recibía una a una las sustancias en forma oval, redonda, teñida de azul y verde, en forma líquida, y por cada una de ellas, bebía un trago de vino blanco. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... veces hasta que dejaste de contar. Lo sabías y también yo. Los visitantes, el Hombre y la Niña, te empujaron, pero no lo recuerdas. Siempre permanecieron a tu lado. No era la primera vez que te visitaban. ¿Ya olvidaste cómo te atormentaban? Se aprovechaban de ti ante cada una de las situaciones que te causaban los estragos del vacío y del abandono. En realidad, nunca te han dejado. No los recuerdas. Ellos siempre se han posado en tu oído, mirando a través de tus ojos; tus sentimientos y emociones han sido y son su anclaje para divertirse contigo, aunque tú mueras de angustia. Por eso pasaron inadvertidos; presencias invisibles. No había más que dejarse movilizar por ese par. el Hombre y la Niña, habitantes de tu pensamiento, no se irán ya. Lo sabes, ¿verdad? Ellos, al igual que tus mascotas, permanecieron junto a ti mientras tú andabas por un nuevo camino.*

Domingo 18 de junio de 2022

Escuché a lo lejos a mi amiga Luna. Estaba en la puerta de mi departamento. Insistía en que le abriera. No me detuve. Continué mi trayecto. La escena fue aterradora. Tuvo que romper el vidrio de la puerta para quitar el seguro. Entró. A la derecha, tu habitación con la puerta abierta. Encima de ti tu perro y alrededor tus gatos cobijando tu cuerpo frío. A lo largo del pasillo y de tu recámara, cajas y botellas de medicamento por doquier. Lo siguiente. Llamar a los paramédicos. Llegaron. No podían hacer nada por ti. Luna llamó a tu mamá. Tu mamá, en el trabajo. Luna llamó a Carlos. Carlos, despertando. Atento escuchó que estabas inconsciente. Se levantó para ir contigo. Tu madre llamó a tu hermana mayor. Su esposo, ella y tus sobrinos fueron por ti y te llevaron al hospital. No reaccionabas. Llegó tu madre y no supo ofrecer dato alguno sobre tus padecimientos. Tu padre, de viaje. Rápidamente tuvo que regresar. Luna y Carlos tuvieron que dar información sobre tu diagnóstico. Tus padres, ausentes desde hace años, nada sabían de ti. Tu madre, paralizada mientras los médicos intentaban reanimarte. Desgarraron tu ropa, pellizcaron tus pezones. Nada. A la llegada de tu padre, Carlos y Luna tuvieron que mantenerse lejos. A la Trabajadora Social él nunca supo darle detalles sobre la vida que llevabas.

Un día cualquiera (después del 18 de junio de 2022)

Estaba en medio de una habitación color café. Yo, postrada en una cama. Te sujetaban de manos y pies... Mi cuerpo llameaba en la oscuridad. No me preguntaron si quería ser amarrada. Solo me ataron y de mis movimientos se adueñaron, pues estos no eran acertados ante el cuerpo médico. Todo era peligro conmigo, me necesitaban taciturna para poder ayudarme. Gritabas que no querías ver a tu madre, pero ella estaba ahí y lloraba frente a tu cama. La vi salir con las manos sobre el rostro. Estaba en medio de la habitación con una luz apuntando sobre mí y, alrededor, más camas, camas vacías. Luego, la voz de mi padre. Yo reclamaba la presencia de Carlos, mientras él doblaba sus labios hacia abajo y elevaba sus ojos al techo. ¿Gestos de tristeza? No lo sé. Estaba atada. Mi cama, en posición vertical, me hacía observar lo que había debajo de ella. El piso traslúcido y, bajo este, un enfermero sentado frente a su escritorio redactaba el reporte de lo que acontecía en mi cuerpo. Mientras tanto, yo vomitaba, así, de pie, en vertical, sobre la bata blanca que tenía. Mi padre... Tu padre gritaba: “¡Enfermera, mi hija no está bien!” Los enfermeros colocaron tu cama de manera horizontal y se dispusieron a cambiar la ropa de cama y tu radiante bata blanca que caracteriza a los enfermos, y no a cualquier enfermo, tú pertenecías a la categoría de los enfermos de locura. Sí, de lo anómalo. Merecías estar bajo el resguardo de los aparatos y del personal médico especializado en zafarranchos mentales. Un atropello más y te remitían al encierro. Después de cambiarte de prendas, ¿no sentiste cómo...? Sí, había un tubo en mi garganta que me ayudaba a oxigenar el cerebro porque... Ese tubo también quedó manchado por el líquido expulsado por la boca, si no lo cambiaban de inmediato podías morir por asfixia. El vómito en tu garganta y el tubo en ella facilitarían la tarea. No obstante, todo el cuerpo médico intervino a tiempo. Sin embargo, me temo que para ese momento tus pulmones ya estaban dañados y con el procedimiento de intubación endotraqueal tus padres se encontraban ante la incertidumbre de si tendrías daño cerebral.

Después de todo, la soledad avanzaba, mas el Hombre y la Niña siempre permanecieron, se arrullaban con tu llanto, se adueñaban una y otra vez de la ensordecedora soledad, eran poseedores de tu mente, ellos marcaban los ritmos de tu cuerpo. *Eso es lo que recuerdo. Ambos me acompañaron ante la*

decisión de los especialistas para hacer un cambio de habitación. Una habitación no distinta a la de los muros color café. Claro que había diferencia entre esta sala y la otra. El nuevo espacio era reducido, sus muros eran azules. Ya no había más camas a tu alrededor. Solo estaba la tuya y frente a ella, una puerta de cristal. La atención se volvió más especializada. Te alimentaban, te bañaban, te hablaban mientras dormías; todo el tiempo tenías los ojos cerrados, ¿no lo sabías? Te cobijaban, se aseguraban de que tus signos vitales se mantuvieran estables, revisaban continuamente el tubo que llevabas dentro de ti. Los médicos y las enfermeras se mostraban preocupados. Todos eran muy amables con tus padres. Sin embargo, tu percepción no fue la misma. No, no lo fue. Las enfermeras se encargaban de pintar pedazos de madera con los personajes de las princesas de Walt Disney. Esta actividad la realizaban toda la noche. Podía ver cómo deambulaban de un lado a otro con frascos de pintura en mano: rosa, azul cielo, verde limón... Los pinceles y las brochas los guardaban en su chaleco para no perderlos de vista y poder continuar con su labor artística. ¿Ves? No solo se encargaban de cuidar mi estado de salud, sino de volver el espacio que ocupaban, más acogedor, menos frío que el color de mi habitación. Entonces, yo me convertía en espectadora. Mientras observaba su afán plástico, recuerdo haber mirado al techo y sobre él habían dibujado a Campanita, ¿la recuerdas?; es el personaje que acompaña a Peter Pan en sus aventuras en la Tierra de Nunca Jamás. En esta ocasión era yo quien ocupaba el lugar de aquel niño que odiaba el mundo de los adultos.

La visita de estas mujeres parecía no tener fin, colocaban casas para gatos afuera de mi habitación. Todo era afelpado, de color gris y rosa. Veía que los felinos andaban plácidamente, dormían y se alimentaban por todos lados. Una mañana, durante mi estancia en aquel lugar, mi padre me visitaría, le mostraría los gatos, pero él nunca hallaría alguno.

Los visitantes no eran el camino que habías decidido tomar. Ellos adquirirían otro matiz, ya no eran los encargados de visitar los consultorios médicos para informar sobre la eficacia de los fármacos en tu mente y tu cuerpo. Ahora tu mundo se ampliaba. El Hombre y la Niña traían a los gatos y a Campanita. Tu cuerpo levitaba ante el desconcierto, las heridas cubrían tus antebrazos... Su llegada fue necesaria, ¿o no lo consideras así? ¿Qué puedes hacer sino acostumbrarte? ●

Ser en deterioro

El cuerpo como padecimiento,
fuga, vulnerabilidad.

E

l deterioro se alimenta de mí. Avanza poco a poco. Deja rastros diversos a su paso: un dolor de rodillas que se ensancha, y se prolonga hasta mis tobillos. Otro día erosiona los tendones. Semanas después el deterioro deja manchas en mi sien y líneas blancas entre los cabellos. Un leve temor me atraviesa al descubrir arrugas debajo de mis ojos. El deterioro cobra vitalidad a cada paso mientras mi *buesura* se vuelve endeble. El deterioro no es propio de los ancianos, desmorona a cualquier edad. Tengo amigos que viven con malestares, accidentes o enfermedades crónicas que, aunque tengan tratamiento médico, no volverán a conseguir un cuerpo enérgico y eficiente. Me estremezco al pensar que, el desgaste, me derribe; se robe mi autonomía y le ceda poder a otros para que decidan por mí. ¿Cómo afrontaré la vida cuando arraigue a plenitud mi vulnerabilidad?

Un cuerpo en condición desesperada, lo cambia todo. Obliga a buscar habilidades y actitudes que incomodan. Esa otra forma de ser del cuerpo y de estar en el mundo es difícil de digerir. Nace entonces el repudio a la nueva condición y el enfado por la manera en que nos tratan los demás.

Por ejemplo, Paul Rayment, el personaje de *Hombre lento*, se enfurece y se niega con vehemencia a recibir una prótesis. El hecho es que le amputaron la pierna sin su consentimiento. No pudo darlo porque los paramédicos lo ingresaron inconsciente al hospital después de que un auto lo embistiera mientras iba en bicicleta por Magill Road.

Entre piquetes, preguntas y sedantes, el médico decide la mutilación, mientras que él, después de la operación y con dificultad, trata de asimilar lo que le pasó. En momentos así la realidad nos desubica y no atisbamos las coordenadas que nos guían para transitar a través de las pérdidas de nuestra condición física y esas otras, como cuando los amigos comienzan a irse. Lo que hay es entonces una dolorosa inestabilidad y la incompreensión generalizada. Aparecen sentimientos encontrados y la certeza se fuga. Yo he sentido a veces que soy parte de mi cuerpo habitual y otras, de repente, me resulta extraño, ajeno, a la vez que deseo tener otra corporalidad.

El deterioro trastoca, no importa las formas en que se manifieste. Pasar de un cuerpo fuerte a otro que está menguando, duele. Y el dolor, junto con la negación, hace que me aferre a eso que ya no soy. En ese afán invoco miedos, depresiones y desesperanzas, fantasmas, anhelos u obsesiones. “¡Qué ganas de tener otras piernas! ¡Que me corten estas!”, llegué a decir varias

Nancy ha decidido acercarse a la aparente quietud de los árboles, las plantas, el musgo y las piedras. Desea aprehender su lenguaje vegetal. Si sucede, cometerá la osadía de escribir en esa lengua.



veces en plena soledad existencial. Sobre todo, cuando ellas vociferaban de dolor, de fatiga, y se pusieron en huelga por la sobrecarga laboral. Debo confesar que la falta de movimiento, junto con el dolor físico, no me llevó a una reflexión sesuda, sino a sentir pavor: me rechacé a mí misma por no poder moverme. En situaciones semejantes están los que para no molestar optan por disimular sus malestares o enfermedades con un “Estoy bien” o con un “No tengo nada”, mientras que sus ojos anuncian angustia y caída al precipicio. El anhelo de tener otro cuerpo y de ocultarse para que los demás estén cómodos nos descompone. Revela que aprendimos a atentar contra nosotros mismos. Pero no porque uno lo elija, sino porque las personas y el entorno que nos rodean lo propicia. Basta que observemos la mirada que se vuelca sobre uno. La lanzan como si fuéramos el miasma de lo que “padecemos”. Visto así es esperable que me resista al paso de mi derrumbe. ¿De qué otra manera puedo actuar si las miradas que percibo son de aversión y lástima?

En condiciones límite las personas anhelan dejar de vivir en sufrimiento y esto puede volverse una alternativa poderosa de liberación. El matrimonio de ancianos de la película *Amour* afronta una enfermedad degenerativa que afecta a Anne. Ella empieza a tener una parálisis en la mitad del cuerpo. Luego queda postrada en cama y más tarde pierde el habla. Las raíces del deterioro avanzan hasta corroer la relación con su esposo, quien la cuida con el apoyo de algunas enfermeras. Aun así, las atenciones no bastan. George se degenera de forma distinta a Anne y ambos se maltratan. En el punto álgido de su relación, de un impulso él la redime del crujir de un cuerpo que anochece. ¿Por qué actúa así? Unos dirían que es un acto de amor, otros que se trata de un acto

indigno. Pienso que por muy brutal que pueda parecer, el gesto tiene algo de valía. La identidad de Anne se está desbaratando y su sufrimiento es invivible para ella y para George que es de edad avanzada ya no puede soportar una situación abrumadora.

Saca de juicio no poder mitigar el sufrimiento del otro y es peor cuando se trata de alguien íntimo y amado. ¿Es válido optar por un alivio cruel cuando se es un cuidador devastado por una situación irremediable?

La escena se quedó dando vueltas en mi cabeza. ¿Será que alguno de mis amores actúe como el esposo de Anne, una vez que me transforme y mi dependencia de ellos se exacerbe? El miedo me acorrala hacia una esquina del pensamiento al considerar esta posibilidad, pero tomo distancia y eso me permite reconsiderar que es importante darle un lugar a los sentimientos que aparecen cuando la salud y la condición corporal van mermando. Quedarme estancada en ese subsuelo oscuro alimenta no aceptar que soy un simple ser que perece. En un libro leo: “El cuerpo humano es ni más ni menos que nuestra capacidad para la metamorfosis. Nos equivocamos al pensar en nuestra carne como una forma fija e infinita, un paquete bien delimitado de músculos, hueso y electricidad embotellada donde la sangre corre bulevares y senderos como bucles...” y pienso que, aunque esté muy lejos de tener esa comprensión, tal vez sea momento (por lo menos) de narrar mi evolución para que, a través de la escritura, comience a dismantelarse mi identidad, mi yo y la idea absurda de crearme estable, duradera, sin finitud. ●

Observatorio

El entorno impersonal de un viaje en el metro evoca el vacío del duelo y el contacto sexual como antídoto desesperado frente al dolor.

Antes de hoy, nunca me había detenido a escuchar con atención el protocolo “Buenos modales en el metro”, ese que se proyecta en las pantallas una y otra vez, que cansa si se escucha más de dos veces, y para mí, que vivo en el metro, es inevitable no escucharlo más de dos, tres, cuatro, cinco, mil veces al día, y me cansa por el tono automático que tiene esa voz, como de mujer robot. Sé que no lo es, pero su voz es un sonido vacío y horrible; carece de emoción, como si el vacío no estuviera ya bastante presente en mi vida. En el protocolo explican cómo acomodar las mochilas al costado del cuerpo para no incomodar a las personas que viajan de pie, esperar pacientemente en las orillas de la puerta del vagón para no obstruir la entrada, no pasar los señalamientos de seguridad para evitar accidentes y algo que en lo particular llama mi atención: nunca dejar a los niños sentarse en las escaleras eléctricas. En la pantalla veo cómo un niño pequeño se sienta en la escalera que desciende, entonces su madre corre a levantarlo, lo toma de una mano y con la otra lo abraza por los hombros, protegiéndolo contra su vientre. Al ver esto recuerdo el calor del vientre de mamá, mis rodillas en el suelo, y también recuerdo cómo mi frente se estrellaba contra el vientre desagradablemente tibio y sudado del sujeto que me había encontrado a media tarde. Sé que ya no soy una niña, pero no pude evitar descender la escalera sentada, esperando que mamá viniera a tomarme del brazo y me levantara; por supuesto no vino. Esa mañana desperté sintiéndome honestamente del carajo. Quiero decir, acababa de tener una noche de mal sexo con un tipo horrible, su cara bonita simplemente no pudo compensar su disfunción eréctil. ¿Qué pensaba? ¿Que masajeando mis pezones iba a tener un orgasmo? Supongo estará ofendido: después de un rato, cuando la fricción de sus dedos y su lengua me hicieron daño en las areolas, lo empujé y me di la vuelta; me dormí mientras él hacía todo lo posible para abrir mis ojos, para atrapar de nuevo mi atención y que se la chupara unos minutos más. Aunque ese hubiera sido el caso, ni siquiera podría haberle dado una mamada cómodamente, él habría querido que se la chupara así, flácida, y que se la levantara con la boca, pero eso habría sido demasiado esfuerzo para una cogida de dos minutos. No lo conozco mucho y ya estoy segura de que él no puede aguantar más que eso, pero da igual, no volveré a verlo de cualquier forma. No voy a exagerar, no fue tan malo. He cogido con personas peores y esta vez mínimo había una cama donde dormir. No me quejo, tuve dónde pasar la noche. A decir verdad, prefiero que me la metan por donde se pueda a dormir en la calle. Sólo no he despertado de humor los últimos ¿qué?, ¿quince días? No me jodan, mi mamá se murió y ahora estoy sola, ¿de acuerdo? No es un

Lizza estudia Creación Literaria en la UACM. La comparan, constantemente, con un ave. Es amante de los tacos de aguacate con sal y aficionada a fotografiar en digicam animalitos, cielos y personas cercanas.

pretexto que eso me haya ocurrido, y si alguien lo piensa, ¿a mí qué? Además, ni siquiera me gusta el sexo, me gusta salir a caminar por la calle, con la falda doblada en la cintura para que se vea más corta de lo que es en realidad y guiñar un ojo a los hombres necesitados de cariño, hablarles muy despacio y cerca del oído, hasta que el bulto de sus pantalones ya no pueda mantenerse estable. ¿Será que siempre actúan así de desesperados cuando una chica joven les dedica un poco de tiempo? Debería cobrar, así no me molestaría tanto si lo meten rápido y fuerte, como si quisieran exterminar mi vagina dejándome el pelo apelmazado con su sudor y su semen en mi ombligo; después ni siquiera se molestan en acercarme ni un triste pedazo de papel. Algunas veces, cuando no la paso tan mal, tengo otra cita y paso la noche con ellos en algún cuartucho de renta y me regalan alguna cosa, generalmente lencería barata de encaje que me pica entre las piernas al moverme y maquillaje de labios rojo, tan rojo que se corre como una mancha asquerosa que va desde mi boca hasta donde la vista se pierde. ¿Qué fetiche tienen los hombres con los labios rojos? En fin, nada que valga la pena. A este paso terminaré siendo una prostituta. Probablemente lo sea ya, cualquiera que sea el caso, ya no hay quién me reclame nada. No tengo por qué dar cuentas a nadie. ¿Pero qué carajos estoy diciendo? No quiero estar sola, por favor, no quiero estar sola. No puedo con la idea de pensar que mi madre, desde arriba, sabe que me convertí en una puta. Si existe algo más allá, le ruego al Dios que me abandonó que los muertos no tengan consciencia, que no acumulen recuerdos y se despojen de ellos, como quien suelta la colilla del cigarro una vez comienza a sentir el calor quemando sus dedos; que mi madre no pueda verme mientras me hacen sexo anal y me masajean el clítoris hasta que ya no puedo aguantar más y grito de placer, de coraje, de vergüenza por haber perdido el pudor y estar echada en la cama de un motel cogiéndome a un viejo repugnante; vergüenza de disfrutar del orgasmo que provoca que mis dedos hormigüeen, que provoca que el zumbido en mis oídos recorra mi espalda y yo apriete tanto los ojos hasta que vea puntos y puntos y puntos, y quiera más; que me la metan una vez más, que me cojan más fuerte. Le ruego a quien sea que me escuche que me haga olvidar todo. Olvidar que estoy aquí. Ruego que ella no me vea permitiendo que me hagan esas cosas, que no me vea disfrutándolas contra mi voluntad, porque no controlo las reacciones de mi cuerpo y sé que nadie lo hará; porque si me preguntaran, no sabría responder por qué lo hago. No de manera clara. Me siento tan mal que no puedo permitirme pensar en sexo para satisfacerme, pero no me detengo una vez que empieza, no me detengo aun si no me gusta lo que me están haciendo. Si me tocan no me estremezco, si me besan no me pongo húmeda, si no tengo algo encima, lo que sea, no goteo. Mierda... podría beber a tragos el quitaesmalte si alguien me lo ofreciera, el limpiavidrios, uno de los perfumes baratos que me han regalado luego de destruirme el cuerpo, de dejarme los labios punzando y la boca seca, rota, entumecida por haberla tenido abierta tanto tiempo. Pero estoy de regreso en el metro, en mis malditos trayectos de una estación a otra y de vuelta a la anterior, y de nuevo trasbordo, y la falda cada vez más corta, ¿por qué siento mi falda tan corta? Yo ya no creceré más, no puedo crecer más; después de los veinte ninguna mujer crece más, crece sólo de las caderas y el vientre, pero a lo ancho. Tengo la tanga reseca por fluidos del día anterior o la semana anterior o el mes anterior, y me pica cada vez más, ya no la aguanto, no la aguanto. Y me quedo aquí, con las nalgas expuestas mientras meto el brazo, el hombro, todo el maldito torso en la ventanilla de la máquina expendedora y jalo un sándwich, porque después de una cogida infernal me invitan a retirarme, pero no a comer. Para colmo, estoy harta del pan de cartón y del jamón reseco y que el sándwich esté partido en diagonal, puedo comerlo entero, puedo comerlo en horizontal, en vertical incluso. ¿Quién empaqueta los sándwiches y por qué carajos los parte en diagonal? Y esta vez, quien sea el que acomoda las cosas, acomodó los jugos lejos de la ventanilla y no puedo alcanzarlos, mi brazo no entra más, en mí entra todo y yo no logro entrar en nada. Tengo sed y quiero agua, y no alcanzo nada, quiero agua, quiero alcanzar el agua y no la alcanzo. Entonces bebo del grifo del baño y el agua me sabe a óxido, sé que parte del sabor a hierro viene de mis dientes podridos, porque no los lavo, porque no uso pasta desde hace un año, un año que solo tuvo quince días, porque mamá murió hace

quince días. He pensado en cómo quince días pueden cambiar la vida de una persona; cómo fue que pasé de estar en casa con mamá a robar comida de la máquina, con los pechos llenos de chupetones y algo infectándose dentro de mi vagina. En el camino, arrojé la tanga lejos de mi entrepierna, pero esto sirvió poco porque me arde y el agua no ayuda, y quisiera que esta noche me introdujeran un hielo seco y ahora mismo estoy fantaseando sobre ello: yo con las piernas abiertas para que el frío del suelo me invada, se apodere de mí y sienta alivio, pero solo hasta que el calor de mi cuerpo comience a calentar el suelo y entonces pueda saber que está sucio porque hay pequeñas motas de polvo y piedras que se me incrustan en la vulva y me raspan en lo húmedo y entonces deja de sentirse bien y esta sensación hace que me mueva un poco hacia el frente buscando de nuevo la frescura y de nuevo y de nuevo, y todo esto no servirá de nada porque cuando ya no quede más suelo fresco, tendré la vulva llena de suciedad y los azulejos quedarán viscosos por mis fluidos. Como pueda me lavaré en el lavamanos y lavaré mi tanga y lavaré mi cara y nada cambiará cuando vaya de vuelta al vagón y regrese a la estación anterior. Mamá me dejaba tomar café de su taza, aun cuando había una cafetera llena; me dejaba tomar de su taza y me abrazaba, siempre me abrazaba, dormida o despierta, daba lo mismo, porque ella estaba conmigo todo el tiempo. No es justo para nadie perder a su madre, no es justo para mí, y yo no sé cómo aceptar que ella ya no esté y la odio por haberme dejado y la odio porque la veo en todas partes, porque su cara está ahí, reflejada en la ventana, viéndome, viéndome en el último vagón, pero no con mi falda corta, extremadamente corta, porque ahora tengo la falda rosándome los tobillos, y ahora no está viéndome con algún sujeto despreciable. Esta vez es una chica y ella es bonita, y me muerde en la parte suave del muslo y me saca los pechos de la blusa y sus dedos entran en par dentro de mí y los saca y masajea afuera y vuelve a entrar y masajea afuera y vuelve a entrar y ahora es su lengua, y mi madre está viéndome y no me dice nada, y el vagón se oscurece y la tenue luz me nubla la vista. Esto dura demasiado, ¿por qué está durando tanto? Y cuando la luz se vuelve intensa me arden los ojos, y ella entra y masajea, entra y masajea. ¿Mamá? Y su cara desaparece de la ventana y yo me obligo a abrir bien los ojos. ¿Mamá? Y la chica me mira desde abajo, con la cara apretada contra mi vagina y la lengua afuera, y no se detiene, esto está durando demasiado y ella no se detiene y me siento sobre las palmas de mis manos para impulsarme, quitarme su boca del clítoris y correr hacia mamá. Y ella me rasguña los muslos con sus garras y duele, carajo, duele, pero ella no se detiene y el vagón vuelve a oscurecerse un segundo, dos, tres, cuatro, cinco y la tenue luz de nuevo me ilumina y la chica entra y sale y me masajea con su lengua, haciendo círculos, y quiero saber cómo carajos mueve así la lengua. ¿Mamá? Y no se detiene, y yo necesito encontrar a mamá. Otra vez el vagón se oscurece, seis, siete, ocho, nueve, diez segundos y todo se ilumina y la chica mete sus dedos en par, su palma completa, su maldita muñeca dentro de mí y su lengua de lagarto masajea afuera y ya no puedo aguantar más y ella no se detiene, ¿y mamá? ¡Quiero a mi mamá! Y el vagón se oscurece y algo caliente escurre de entre mis piernas y comienzo a gritar, me tapo los ojos y quiero abrirlos, pero afuera está oscuro y no puedo ver nada y sigo escurriendo y grito más fuerte y cuando la tenue luz ilumina otra vez, mamá está sentada a mi lado y meto mis pechos a la blusa y cierro las piernas de golpe, pero ella ya no está y la tenue luz perdió tenuidad, desaparece y todo parece suciedad; el resto de pasajeros del vagón me mira con mi falda corta, extremadamente corta tirada a mis pies y el tirante de mi brasier sobresaliendo de mi blusa, y yo estoy sangrando, mis piernas están mordidas y mi vagina escurriendo, la chica entonces se levanta del suelo, con el dorso de la mano se limpia los labios, abandona el vagón y me deja ahí. Parecía que nunca iba a detenerse, pero también me abandona ahí. Ya de camino a la salida del metro, una policía me sostiene del brazo, y ella es agradable porque me sube la falda, aunque es inútil porque la tela apenas me cubre las nalgas. Me da la mano, mientras bajamos la escalera, me da la mano y cuando quiero sentarme, ella no me deja, porque me sujeta la mano. Me dice que me vaya a casa, me pregunta mi edad y me quedo callada, quiero hablarle, ella había sido amable, pero yo no tengo nada que decirle. Me dice que le hable a mamá, que no puede dejar que me vaya del metro sola, que

alguien debe recogerme y extiende su mano para ofrecerme un teléfono. Y me acerca una silla. Quiero marcar su número, 55... ¿56? Presiono el botón de colgar y vuelvo a empezar 5551, ¿ahora sí viene el 56? Sí, 56 me parece, 41, carajo, no recuerdo. Y me quedo pensando, trato de recordarlo, y me odio por haberlo olvidado, y me arranco la piel de los labios con las uñas, y me jalo el cabello de la nuca y ya no quiero llorar más, no otra vez, no puedo soportar llorar otra vez y pateo la silla que me prestó la policía y soy un asco. Un asco de mujer y un asco de persona y soy un ser humano despreciable y yo no quería llorar y no sé por qué estoy llorando y otra oleada de coraje sale de mí, porque me odio, porque quiero morirme y dejar todo esto, porque quiero recordar y no puedo hacerlo y me asusta pensar en quién va a recordar a mamá una vez que yo haya terminado, terminado conmigo, terminado con esto... 44. Y comienzo a reír, es el momento más feliz que he tenido en días y vuelvo a empezar 5551564144 y estoy riendo mientras espero y estoy ansiosa, ansiosa de que mamá conteste y cuando la policía se acerca a mí, me pregunta si hubo respuesta y le digo que aún no, me pregunta dónde puede encontrar a mamá, le digo que ella murió hace quince días y me quita el teléfono. Mi mamá tejía muñecas para mí cuando era niña, con los restos de mi ropa usada. Me hacía muñecas y yo dormía con todas ellas porque no quería que ninguna se sintiera excluida. Siempre tuve miedo de estar sola, es verdad, hay cosas que nunca cambian. Ahora sigo buscando dormir con tantas personas como sea posible para no pasar la noche sola, lo que sea por no estar sola, pero yo ya no puedo dormir, no como solía hacerlo, porque siempre estoy pensando en mamá y en la manera tan estúpida en la que le dije “hasta mañana” porque no sabía que iba a morir esa noche, y yo no quería verla, no necesitaba verla, pero al mismo tiempo, lo deseaba, eso es verdad, deseaba verla por una última vez, y al abrir su caja estaba ahí, tranquila, muy quieta, con los algodones obstruyéndole las fosas nasales y la boca y las orejas, y ahora ya no soportó el algodón, no puedo ver más algodón, es como si mi madre siempre hubiera olido a algodón, ¿pero qué mierda? Podría recordarla de cualquier forma, pasé mi vida entera a su lado, no me separé de ella ni un solo día y me da tanto asco que su recuerdo se reduzca sólo a algodón, a un cuerpo. Yo todo el tiempo la estoy buscando y viajo de una estación a otra y siento la impaciencia con la que los transeúntes se mueven por los vagones, anhelando llegar por fin casa y yo tengo esa sensación todo el tiempo, la diferencia es que yo no tengo una casa a la cual llegar y mi impaciencia me sirve poco, cualquier cosa que yo sienta me sirve poco, porque tengo veinte años y no tengo nada que me sirva ni que me aporte, porque mi madre se redujo a algodón, a un cuerpo y yo me reduje a un cuerpo, sin el algodón porque no lo soporto, solo a un cuerpo. No me queda más, nada, solo un cuerpo. Mi cuerpo es lo que me mantiene viva, lo que me mantiene aquí, lo que me guía a seguir buscando, seguir buscando a mamá y pienso todo esto, mientras la policía me arrastra fuera del metro y me deja en la puerta y me dice que no puedo volver porque tiene una fotografía mía, porque ahora sabe que tengo veinte años, que soy una prostituta novata, de las que no cobran, básicamente una prostituta de las malas y sé que me desprecia. Entonces comienza a parecerme irónica la manera en que las personas me abandonan, como si la necesidad de dejarme fuese lo único que yo les provocase una vez que me conocen. Ahora que perdí el único conducto que me acercaba al posible paradero de mamá ya no me queda más remedio que caminar hasta que me dé cuenta de que ha sido suficiente, que ya he tenido suficiente. ●

Puente cósmico

Ovillo, que emerges desde mis otras vidas,
que sanas con remedios,
no te escucho bien: hilos me llevan a nudos,
cajas cerradas de descargas eléctricas.
Me desespero y vuelvo a lastimarte,
aunque prometí,
no despertarte de golpe,
y, antes de abrir los ojos, preguntar:
¿dónde estuviste anoche?
¿hablaste en otra lengua?
¿quiénes te acompañaban?
¿dejaste pendiente alguna misión?
Necia, te hice volver de Aztlán como tabla rasa:
me dueles, cabeza, no te despejé,
me desgarras, tobillo, no miré dónde pisaba,
me reclamas, conducto de vida, por cada creación abortada,
y tú, segundo cerebro, sigues empachado con expectativas ajenas...
Naciste un día como hoy, sábado diecisiete,
de hace cincuenta y dos años y dos meses,
tu madre no estaba lista para parir,
soñó que el matrimonio era una canción de Mona Bell,
su cuerpo no logró forjarse pisando piedras,
cruzando montes, moliendo en metate;
no te tuvo como tu abuela:
aferrada a un árbol y gritando al cielo;
no supo más que de un hombre melancólico
(Alberto Vázquez cantando “Dieciséis Toneladas”),
que la buscó en otras y sí era Ella:
¿para qué, tú, minúscula célula del Universo,
los elegiste a ellos para retornar, si no los has hecho unidad?
Honoría te reconoció y te cargó en su rebozo,
nunca quiso a tu padre ni al padre de tu abuelo,
ni al resto de los hombres que castigan nuestros cuerpos
(un nudo se va aflojando desde tu espalda hasta tu cabeza;
después de años y años de estar encorvada,
descifrando tus pies, comienzas el camino)
Naciste con fórceps y aún sientes cómo comprimen tus sueños:
soba tus sienas compasivamente,
libera la presión de esa cabeza que arde.

Magiainés se busca en la palabra y educa en la empatía. Fortalece el sentido de comunidad y recupera las voces verdaderas de sus estudiantes para combatir la deserción, la pedagogía de la crueldad y los diferentes tipos de violencias.

Domingo te lo ha dicho en varias sesiones:
“el cuerpo no sana a la fuerza,
si dos contrarios pelean, ambos pierden la batalla,
y el dolor se aferra: desintégtrate en él, ríndete,
reconstrúyete fragmento a fragmento,
hasta llegar a lo profundo de la sanación”.
Ovillito de mi alma,
llegará el día en que encuentres tu montaña
y regreses a tu tierra para platicar con los ancestros
y sentir el sol que hace volar al cóndor.
Mientras, sigue el ritmo de tu respiración,
que aún falta camino por recorrer,
y todo cuerpo tiene su tiempo.
Si te dicen “Señora, ¿puede sola?”, continúa,
llega despacito a la cima,
deja una palabra de aliento al joven-sabio de los minerales,
agradece al abuelito volcán por su energía
y al hermanito río por su compañía;
en tu corazón, hinchado del Abya Yala,
atesora cada color de la montaña,
y regresa, sin prisa, con tus creadores.
Inhala, exhala, inhala, exhala,
relaja tus hombros, serena tu mirada,
Inhala, exhala, inhala, exhala,
ya no hay que complacer a nadie,
vuelve a hilar tu historia.
Honra a tu padre que te enseñó a nadar,
a viajar y a amar el canto;
honra a tu madre que sabe escuchar a las plantas,
que te cura con té de estafiate,
que da amor con cada rezo y con guiso caliente.

Ellos son así: cuerpo de tu cuerpo,
encarnación del amor en tus hermanas,
en tu sobrina y tus sobrinos;
mentes que parecen perdidas entre callejones,
pero siempre vuelven sanos a casa.
La relación con ellos se renueva cada día,
igual contigo, capullito amado,
solo prométeme que antes de ser mariposa,
agradecerás cada mañana,
a tus creadores, guardianes, guías,
escucharás sin interferencias,
serás sonrisa, sentirás corazones,
llenarás tu pecho de la Pachamama
y te alimentarás con semillas,
oro verdadero que no se llevaron los españoles.



Cuerpo extranjero: escenas de un territorio abandonado

Un texto que cabalga entre la reflexión y las imágenes poéticas.

*El cuerpo como lugar de placeres,
miedos, deseos, ideologías,
órganos, dolores.
De ahí brota la mano que traza su
sufrimiento.*

*Los dioses mueren y renacen.
Las ideas mueren y se hacen.
Los cuerpos mueren y se nacen.*

Saúl es amante de los tacos de suadero y de la chela Bohemia. Le gusta leer poesía mientras escucha cumbias, escribir hasta en las servilletas y bailar con rolitas de K-Paz de la Sierra en su cuarto.

I
Soy un cuerpo extranjero de desiertos, pero también un cuerpo sensible al dolor como Le Breton, un cuerpo que, al devenir en fuego, deja cenizas que se hacen un río como Heráclito. Soy un cuerpo que se rebela al no aceptarse como tal. No es solo porque niegue mi cuerpo, ni tampoco porque no desee tener uno. Es por el reflejo de las escenas que se desdibujan en las calles que caminan a la memoria. Me pregunto qué será de esos otros cuerpos que se encuentran en movimiento o de esos cuerpos que viajan por los cielos para encontrarse pequeños ante el mundo, un mundo que los ha parido entre la sangre del vientre salvaje de la ciudad y el ruido de un caos melódico que hace vibrar los tímpanos.

II
¿Qué es el cuerpo? ¿Un concepto, una palabra, una materialidad? Se le nombra tanto que se pierde en palabras. La teoría dialoga con “cuerpos que importan”, cuerpos sin órganos, cuerpos cyborgs, transcuerpos, post-cuerpos, cuerpos máquina, cuerpos colonizados, cuerpos silenciados, cuerpos nómadas, biocuerpos, necrocuerpos, cuerpos suicidas, micropolítica corporal; sin embargo,

¿quién puede responder qué significa tener un cuerpo? ¿Qué diría un biólogo? Es una materialidad compuesta de moléculas y procesos autopoieticos. ¿Un psiquiatra? Es un cerebro que aprehende el mundo. ¿Un psicoanalista? Es un complejo de símbolos y lenguajes. ¿Un esquizoanalista? Es necesario desorganizar los órganos permanentemente, para no dejar que el saber se apodere del cuerpo y sus afectos. ¿Dónde encontramos una respuesta que satisfaga nuestras horas de sufrimiento por tener uno?

III
Sartre decía que el humano es una pasión inútil porque siente un sacrificio irrealizable cada día. Los humanos concebimos que llega un momento en el que la propia vida se pregunta sus propósitos, se cuestiona sus placeres y nos lanza al espejo de las fantasías que comienzan a perseguirnos en cada sueño; nos ahogamos en deseos. Esperamos que llegue una verdad adecuada, pero la espera es tiempo desperdiciado, tiempo que se vuelve inútil para la memoria. Y es en ese lapso que el cuerpo grita desesperado al no encontrar palabras que definan sus dolores.

IV

El cuerpo se descubre como finito y con límites. ¿Cuáles son los límites de un cuerpo? ¿Hay límites materiales, mentales, sociales? ¿Quién o qué los impone? Un cuerpo es más que un deseo social que se constriñe en cada estómago que se asienta en sus placeres. Cada garganta lanza palabras de consuelo, cada mano acaricia el tiempo tratando de que no se le escape.

V

¿A quién le pertenece nuestro cuerpo? Ya no es de las manos que tocan la corteza del árbol, ahora es del antropólogo que investiga el cuerpo extranjero sin conocer todavía el suyo. Ya no es del rostro que siente un viento al buscar el tiempo perdido; ahora es del poeta que embellece el dolor. Ya no es del corazón que se angustia con el dolor, ahora es del científico que mira desde un cielo inexistente cuerpos huérfanos de familias, tribus, historias. Comercializamos con él, que aprende saberes y mañas para sobrevivir. *Se hacen guerras por delirios* de dominación. Dominar la forma en que miramos, amamos, deseamos. El deseo se vuelve un tirano pegado al cuerpo.

VI

“¿Acaso hay cuerpos que importan?” –preguntaba Butler desde sus adentros–. Hay una lucha contra la dominación que se crea con una mano invisible. Cuándo se acabará con la masacre del cuerpo llamado perverso. El cuerpo no solo grita, también su silencio habla. Relampaguean las carreteras de Kerouac con aullidos voraces de Ginsberg. Se cortan palabras a los Burroughs, se atraviesan ficciones. El cuerpo, cautivo, se prepara para caminar por las escenas del dolor.

VII

Se producen ejércitos de cuerpos; cuerpo adherido a piedras, a mochilas, a máquinas que producen otras máquinas. El cuerpo es una bomba, un arma sobre su sien, un trabajador que se hace manos y se deshace humano. Cada parte de nuestro cuerpo adquiere otras funciones. Se recrean defunciones. El órgano se vuelve depósito y la sexualidad, un órgano. El semen ya no germina vidas, produce muertes. La sangre ahora se expande fuera del cuerpo y llega a las sienas en cada duda vital que se lanza al abismo. *Se encuerpa* el dogma, la razón, la desgracia. ¿Dónde encontramos nuestras mesetas para huir? ¿Cuál será ese misterio que nos obliga a ponerle un rostro a nuestro cuerpo imperceptible?

VIII

Cuerpo abyecto, extranjero, anómalo, monstruoso; cuerpo vilipendiado por ser expulsado del cielo; lanzado a un paraíso infernal en la tierra, donde somos afectados por la palabra *insignificante*. Venimos de una naturaleza imperecedera que se esparce por el cuerpo spinozista que nos hace amar los límites de la naturaleza.

Nos bordeamos en un tejido cartográfico.

Nos sepultan con memorias que hacen cenizas los cuerpos,
y mantienen la sombra para la vida.

Cuerpo abyecto e incorrecto,
Cuerpo domado y renegado,
Cuerpo despreciado y velado,
Cuerpo infectado y afectado,
Cuerpo normado y rebelado,
Cuerpo amado y odiado.
Cuerpo vulnerado y armado.
Cuerpo ficcionado y creado.

El lenguaje ya no le expresa nada a la vida, somos emociones que palidecen el cuerpo. ¿Acaso serviría de algo gritar cuando el silencio nos mantiene cautivos? ¿Adónde correr si no hay salida? Estamos encerrados en cuerpos extranjeros.

IX

Mis manos no dejan huellas en la tierra. No veo lágrimas derramadas en las hojas, se las ha llevado el viento de otro acontecer. Desaparece toda mi sangre que conectaba con la tierra del libro, del fuego, del mar en donde nací.

Sin raíces, permanezco a distancia del mundo, ¿cómo puede un extranjero ser parte de algo? No queda más que pintarse el rostro con gestos nómadas y caminar con los pliegues de la piel que envejecen los recuerdos y rejuvenecen los olvidos.

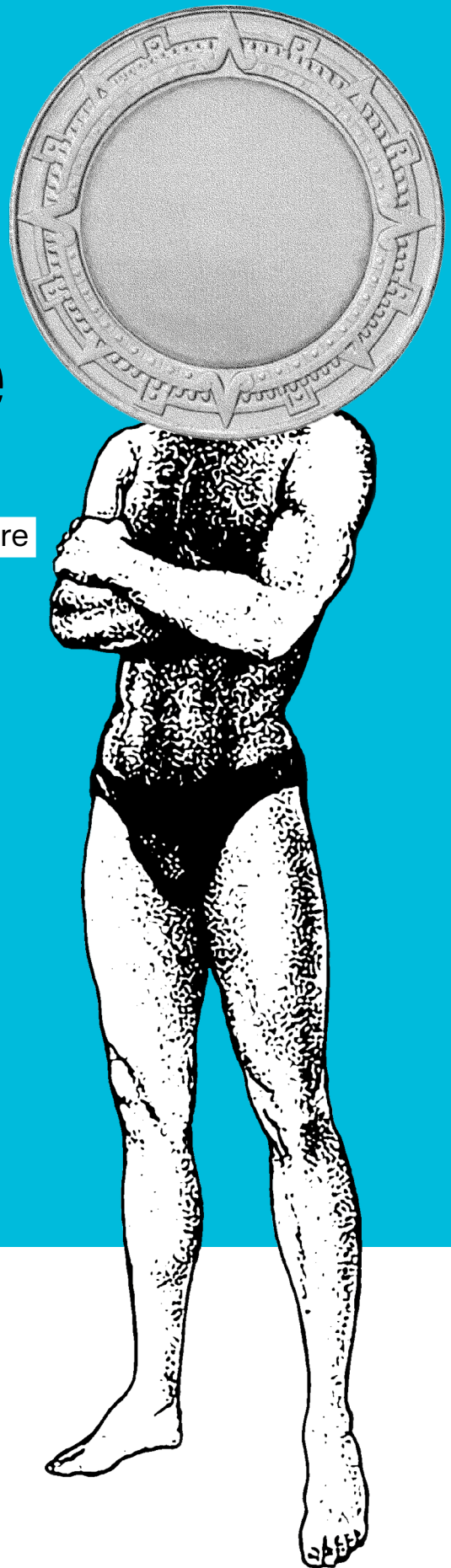
X

Aunque me arranquen el nombre y desgarran mis palabras, seguiré siendo un cuerpo en búsqueda de sus tierras abandonadas. ●

PABLO CARABALLO

Johnny viene de noche

Desigualdad, marginalidad y sumisión no siempre van de la mano, y menos en el ámbito erótico.



Pablo es sociólogo, culturólogo y migrante. Escribe en primera persona sobre lo que investiga (el cuerpo y el deseo, el género y la migración). Odia las dinámicas de integración y ama las películas de venganza.

I. Capital erótico

El concepto de “capital erótico” parte de la teoría del francés Pierre Bourdieu y la premisa, de cuño marxista, de que la sociedad es una arena de lucha entre clases o grupos antagónicos. De acuerdo con Marx, en el capitalismo esta lucha tiene lugar entre una clase burguesa, cuya condición de propietaria le concede un poder casi omnímodo, que le sirve para explotar a aquellos que no tienen más que su cuerpo y fuerza de trabajo (clase proletaria), acrecentando así sus riquezas. La idea de “lucha” se refiere aquí no a un conflicto descarnado, sino a la “oposición de intereses”, muchas veces soterrada entre ambos grupos. Siguiendo esta idea, Bourdieu argumenta que esta “oposición” es, no obstante, irreductible a antagonismos económicos y que el poder tiene formas diversas de ejercerse. El capital “propriadamente” económico es fundamental para entender la desigualdad, dirá Bourdieu, pero también lo son las conexiones y contactos (capital social), los títulos académicos y el “nivel” cultural (capital cultural). Todo depende de la circunstancia y las relaciones de competencia específicas en las que uno se ve envuelto.

Con base en esto, la socióloga inglesa de origen libanés Catherine Hakim habla de “capital erótico” para explicar, al ras de lo dicho por Bourdieu, la intervención del carisma, el *sex appeal* y la belleza en la distribución desigual de privilegios entre la sociedad. En 2010, Hakim publicará en la *European Sociological Review*, el artículo “Erotic Capital” donde describe esta propuesta y da pie a un libro cuya popularidad ha hecho que el concepto sea casi invariablemente asociado con ella.¹ Sin embargo, antes de Hakim, ya Adam Isaiah Green² había usado el término, partiendo de planteamientos similares. La perspectiva de Green ofrece un grado mayor de consistencia y sofisticación teórica, así como el hecho de que su análisis se centra en las relaciones eróticas

entre hombres, un nicho que aún se considera demasiado específico, mientras que el deseo heterosexual, abordado por Hakim, suele asumirse como asunto de mayor generalidad e interés.

En todo caso, tal como han mostrado Eva Illouz y Dana Kaplan, son muchas las ventajas que ofrece el concepto en la medida en que incorpora al estudio del poder el papel del deseo, el cuerpo y el valor que se le atribuye a éstos en determinados contextos.³ Mientras que dentro de las debilidades de este enfoque quizá la más relevante sea el modo en que estas propuestas parecen presuponer la existencia de este capital desvinculado de las otras formas de capital planteadas por Bourdieu en el de Hakim esto se traduce en cierta condescendencia más cercana al manual de autoayuda que al tratado sociológico, que la lleva a aseverar que “cualquiera” puede proveerse de capital erótico si, por ejemplo, se dedica más a su cuerpo o se inscribe a un gimnasio.⁴ No obstante, olvida Hakim, al parecer, que el gimnasio hay que pagarlo (por no hablar del costo de tratamientos de belleza, etc.) y esto implica acceso a un capital económico cuya obtención consume la mayor parte del día de mucha gente, que queda por lo tanto sin tiempo y sin energía (y a veces hasta sin el suficiente dinero) para imponerse una rutina de ejercicio y cuidados.

De igual manera, Hakim suele insistir en la vinculación entre el capital erótico y el “azar biológico”. Si admite que este capital es susceptible de ser “producido” (en el gimnasio, por ejemplo) hay en su planteamiento una tendencia a la naturalización de rasgos que son de por sí sociales. Considerando esto, algunos autores ven más pertinente entender este “poder erótico” (término que también usa Hakim) como una forma de capital cultural “adquirido” (esto es, hecho cuerpo) ya que cualidades como la elegancia y el *sex appeal* tienen su origen en un cuerpo biológico ya socializado.

1 Véase Catherine Hakim. “Erotic Capital”, *European Sociological Review*, vol. 26, núm. 5, 2010, pp. 499-518.

2 Véase Adam Isaiah Green. “Erotic Habitus: Toward a Sociology of Desire”, *Theory and Society*, vol. 37, núm. 6, 2008, pp. 597-626 y “The Social Organization of Desire: The Sexual Fields Approach”, *Sociological Theory*, vol. 26, núm. 1, 2008, pp. 25-50.

3 Véase Eva Illouz y Dana Kaplan. *El capital sexual en la Modernidad tardía*. Barcelona, Herder, 2020.

4 Véase la conferencia “Why Attractiveness is the Key to Success in the 21st century” que impartió Hakim en Puebla, en 2019, en el festival *Ciudad de las Ideas*. En línea: <https://www.youtube.com/watch?v=ACenIXVH2GY>

Es decir, no se nace con ellos sino que son aprendidos en sociedad por medio de la cultura donde tenemos suerte de crecer. Desde este punto de vista, el mayor olvido de Hakim es que el cuerpo no depende de la pura biología (o la voluntad de cambiarla) sino que es una entidad moldeada por trayectorias sociales, económicas y culturales, y condicionada tanto por las oportunidades como por las posibilidades que nos ofrece nuestro contexto.

A diferencia de Hakim, la propuesta de Green quizá tenga más que decirnos acerca del trasfondo estructural en el que opera el capital erótico y las jerarquías que lo condicionan. Por ejemplo, en su análisis de las dinámicas sexuales de hombres gays de la clase media neoyorkina de inicios del siglo xx, este autor aborda la “raza” como un elemento organizador del deseo que, en un entorno históricamente racista, conlleva la práctica de mecanismos de negociación de los imaginarios y estereotipos que se desprenden de ella. Green identifica dos mecanismos en concreto: uno que denomina *undo race* y es aquel mediante el cual el sujeto negro (o racializado) minimiza los rasgos que se le atribuyen como “naturales” (para así “blanquearse”); y otro que llama *doing race* y consiste, por el contrario, en la apropiación de esos imaginarios (que apelan, por ejemplo, a una mayor dotación genital) como recurso para convertirlos en una forma de capital erótico.

Esto último, en tanto que es instrumentalización de esos imaginarios racistas, según señala Green, tiende no obstante a poner a los hombres que la efectúan en desventaja al ratificar así la posición inferior que les asigna su contexto. En otras palabras, usar la “raza” (o cualquier categoría de jerarquización y subordinación) como “ventaja” en un hipotético mercado o campo sexual no le resta el valor intrínseco que la historia le atribuye a ésta socialmente. Más aún, en muchos casos el valor erótico dado a ciertos cuerpos con base en esas categorías depende precisamente de su desvalorización como sujetos y su reducción a sólo cuerpo a partir de fantasías eróticas que, observa Green, no son meramente individuales, sino que se fundan en relaciones de poder sobre las que se modula el deseo. La sexualización se erige entonces sobre la representación de esos cuerpos como una otredad dada por distinciones de “raza”, pero también de clase, género y/o nacionalidad que, como veremos, corre siempre el riesgo de deshumanizarlos.

II. La noche según Gus van Sant

Mala noche (1985) es el primer largometraje de Gus van Sant, cineasta precursor del New Queer Cinema estadounidense.

Mala noche está basada en la obra autobiográfica del poeta Walt Curtis y se centra en Walt, un treintañero gay, propietario de una tienda de licores y comestibles en Portland que está enamorado de Johnny Alonso, un joven de 18 años, inmigrante ilegal de origen mexicano recién llegado a Estados Unidos. Ni Johnny ni Walt hablan con fluidez el idioma del otro, pero prendado de su figura mestiza, Walt busca continuamente los medios para ofrendarle a Johnny dinero, comida y sumisión a cambio de acceder al cuerpo y al amor de éste. Si bien Johnny no cede, recibe en silencio estas prebendas; al mismo tiempo, el acercamiento entre ambos le permite a Walt entrar en un mundo desconocido que lo pone en contacto con Roberto, el Pepper, un amigo de Johnny (también inmigrante ilegal mexicano), que no tiene inconvenientes en tener sexo con él.

Walt, Roberto y Johnny desarrollan un curioso vínculo de amistad que no deja de estar mediado por cierto componente transaccional. Roberto, por ejemplo, usa a Walt para tener un lugar seguro donde dormir cuando lo necesita y le roba dinero luego de penetrarlo con violencia al punto de llevarlo al dolor. Por su parte, Walt no solo consiente los juegos humillantes que Roberto y Johnny le propinan, y el continuo uso de términos peyorativos en español como “puto” o “maricón” para dirigirse a él sino que, en el fondo, esto parece alimentar el deseo que siente por ellos en tanto que revitaliza la fantasía del “macho” al revestirlos de una suerte de exuberancia erótica. Esa masculinidad primitiva y egoísta, cuya sexualidad es ajena a toda categoría de identidad moderna, la vemos encarnarse en Roberto, que no es gay ni es bisexual, pero usa el cuerpo de Walt para satisfacerse. Walt, mientras tanto, se queja de la poca imaginación erótica de Roberto, aunque no se resiste a lo que luego se convierte, en las noches, en una rutina sexual entre ambos.

Con ello, la película muestra cómo la sobrerotización de los cuerpos de Roberto y de Johnny se va fundando en los privilegios relativos que ostenta Walt como fuente de una relación desigual de poder, ya no en el plano sexual, sino en lo social. Dicha desigualdad es verbalizada por Walt a través de la inversión simbólica que hace de su posición y la de Roberto, como penetrado y penetrador. En la secuencia del día posterior al primer encuentro entre ambos, vemos a Walt caminando por la ciudad. Su sonrisa contrasta con la voz en su cabeza que se queja del dolor a raíz de la penetración de Roberto. Aun así, la voz se pregunta “¿quién se cogió a quién?” desestimando el dominio de Roberto, que es sexual (usando “su verga como un arma”, se dice Walt) y apreciando

su propio poder, pues él es el gringo blanco gay, quien en realidad ejerce el acto de apropiación del cuerpo del otro. Si ambos se usan mutuamente, el sexo (o el deseo que lo moviliza) reactualiza sus posiciones dentro de jerarquías sociales que trascienden lo carnal: “los chicos pobres nunca ganan”, se lamenta Walt en el mismo monólogo.

El valor erótico puro de los cuerpos racializados de Roberto y Johnny no es entonces, como querría Hakim, ajeno a sus posiciones materiales y a la disposición de otros capitales. Al contrario, depende éste de la desposesión que los distingue y distancia de Walt. La conciencia, en la película, de ese deseo sustentado en la subordinación de su objeto se observa en la construcción del personaje de Johnny como una masculinidad salvaje por antonomasia y al mismo tiempo viril e infantilizada (Walt lo califica, alternativamente, como “macho”, “cara de ángel” e “ignorante”). Sin siquiera contar con la calidad de ciudadano, Johnny no solo es ajeno al inglés, como lengua franca “civilizada” (capital cultural), sino que cuando habla su gesticulación va a destiempo del sonido de “su” voz diegética.⁵ Al final de la película, en el monólogo donde el personaje narra su travesía, esa misma voz es además opacada por la de Walt, que traduce en *off* su relato. Por medio de tales artificios, la película explicita (¿sin querer?) la negación de Johnny como sujeto de habla (rasgo exclusivo de la humanidad), remarcando de este modo que ha sido reducido a sólo un cuerpo.

III. El otro Johnny (y el otro archivo)

La homosexualidad, dice Alberto Cardín, siempre ha estado ligada a un deseo por lo “salvaje”. El autor remite, para mostrarlo, a las memorias de viaje de André Gide y, en ellas, a una serie de “fantasías erótico-primitivistas” que, según Cardín, “han contribuido no poco a la configuración del imaginario ‘gay’ moderno”, en el que el deseo está estrechamente asociado a desplazamientos espacio-temporales y a la promiscuidad “racial”.⁶ En *Mala noche*, esta “fantasía combinatoria” supone un desplazamiento a la inversa: los “salvajes” llegan al mundo civilizado, instalan en sus entrañas la asincronía que activa el deseo nostálgico hacia ellos como

otredad venida de una temporalidad premoderna. Pero, ¿qué pasa cuando no hay desplazamiento alguno?, ¿cómo se construye la distancia y la distinción cuando uno es susceptible de ser el “salvaje” de masculinidad agreste en el que se centran las fantasías cosmopolitas de mezcolanza y transgresión derivadas de ese “imaginario gay”?

Hay muchas vías para producir a los “otros”. Y, aun así, a veces terminan siendo todos el mismo; a veces incluso con los mismos nombres. El Johnny de Gus van Sant no solo es asimilable, sino que resulta indistinguible, por ejemplo, de la imagen que ofrece Carlos Monsiváis del *chacal* como figura autóctona mexicana. Al igual que Johnny, dicha figura remite al joven “de aspecto indígena o recién mestizo” cuya belleza prescinde de todo “afán estético”, aunque tenga “por hábito, o eso [da] a entender, sentirse ampliado, deseado así nadie lo contemple”.⁷ No obstante, si en *Mala noche* esa otredad se basa en la diferencia étnico-racial que encubre la desigualdad material de los personajes, en la hermenéutica del homocrotismo local que brinda Monsiváis,⁸ y que la vemos inscrita en la cinematografía gay mexicana y la latinoamericana en general, la afirmación de un deseo por exclusión suma a la fantasía “interracial” otros criterios, como la frontera de clase. Es pues, para Monsiváis, la “sensualidad proletaria” del chacal la que activa el deseo de quien lo toma por objeto.

En ese sentido, el Johnny de *Te prometo anarquía* (2015) se distingue de su amante Miguel precisamente por su condición de clase. Miguel es un joven blanco y educado, perteneciente a la clase media capitalina mexicana, mientras Johnny es el hijo, moreno y *chacaloso*, de la trabajadora doméstica de la casa familiar de Miguel. Crecieron juntos, no hay un momento iniciático de “contacto” o de desplazamiento, más allá de los tránsitos cotidianos que impone (principalmente a la clase trabajadora) la geografía de clase de la Ciudad de México. Sin embargo, la construcción de los personajes marca una distancia entre Miguel, quien profesa un deseo de fidelidad hacia Johnny, y Johnny, cuya sexualidad se nos presenta como anárquica. Esta distancia, en relación con su posición de clase, se materializa al final de la película en la separación que les impone, por un lado, la salida del país a

5 La voz de Johnny es ejecutada por otro actor, tal como puede verse en los créditos finales de la película.

6 Véase Alberto Cardín. *Lo próximo y lo ajeno. Tientos etnológicos II*. Barcelona, Icaria, 1990, pp. 164-167.

7 Véase Carlos Monsiváis. “La noche popular: paseos, riesgos, júbilos, necesidades orgánicas, tensiones, especies antiguas y recientes, descargas anímicas en forma de coreografías”, *Debate Feminista*, vol. 9, núm. 18, 1998, pp. 55-73.

8 Véase Rodrigo Parrini. “Epistemología de un coleccionista. Los ensayos sobre disidencia sexual de Carlos Monsiváis”, Rodrigo Parrini y Alejandro Brito (eds.). *La memoria y el deseo. Estudios gay y queer en México*. México, PUEG/UNAM, 2014, pp. 119-147.

regañadientes de Miguel (con el dinero de su padre) y, por otro, la huida de Johnny a un paraje rural, sin nada más que un dinero robado.

En otros casos, como en la película venezolana *Desde allá* (2015) o en la colombiana *La virgen de los sicarios* (2000), la distinción de clase se cruza además con la brecha etaria; mientras que en la peruana *Contracorriente* (2009), el origen de sus protagonistas introduce una separación *a priori* entre el gay blanco cosmopolita que se desplaza, aquí sí, al inhóspito pueblo de su contraparte homoerótica, un pescador de ambigua sexualidad, casado y en espera de un hijo. Citando a José Joaquín Blanco, podríamos ver en todo esto un patrón representacional fundado en la producción del cuerpo “pobre” y “jodido” como objeto del deseo gay burgués;⁹ la desgracia del pobre se confirma en los destinos trágicos que le imponen estas tramas (“los chicos pobres nunca ganan”). Sea cual sea la situación, aun cuando despierten amor (y no solo deseo sexual) esos “otros” parecen existir para la mirada de quien los toma por objeto. Sin que sepamos a ciencia cierta si sus cuerpos son una utopía distante o la distancia (y su digresión) es la utopía en sí misma, la perspectiva suele ser en estas películas la del sujeto gay blanqueado (toda vez que la categoría “gay” tiene su propio potencial blanqueador).¹⁰

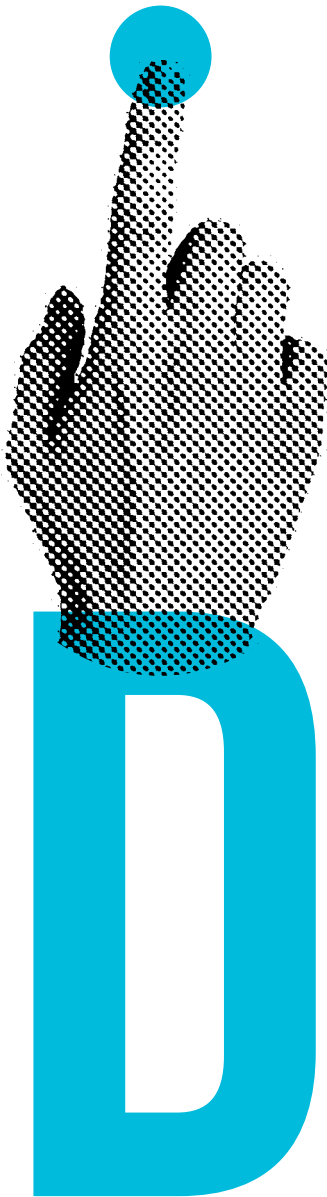
Es cierto que en los últimos años se han abierto espacios para la representación de vínculos homoeróticos más igualitarios. Sin embargo, estas historias suelen priorizar todavía la óptica *clasesmediera* de afirmación identitaria moderna. Mucho más excepcionales son aquellas obras que reivindican un homoerotismo narrado desde la perspectiva de cuerpos pobres y morenos (o “recién mestizados”). En la

cinematografía mexicana destacan, por ejemplo, las películas de Julián Hernández, el corto *Trémulo* (2015) de Roberto Fiesco y, entre otras, la reciente *Maxete* (2023) de David Montes Bernal. Esta última particularmente busca retratar la experiencia de un adolescente zapoteco que se abre a la exploración erótica con cuerpos como el suyo. Se trata, en el caso de estas películas, de un archivo valioso porque da cuenta de vínculos sexo-afectivos que se construyen en los márgenes de la blanquitud hegemónica y sus adscripciones (y prescripciones) identitarias, no necesariamente como resistencia, sino a modo de reivindicación vital.

Contra una mirada reduccionista y meramente instrumental del concepto de “capital erótico”, resulta necesario entonces atender el marco en el que se inscriben las dinámicas que éste busca nombrar para observar las relaciones y jerarquías que se anidan en el deseo; jerarquías revitalizadas, en el contexto mexicano y latinoamericano, por figuras como el chagal y sus reactualizaciones en diversos imaginarios gays locales. Pensar lo erótico a partir de sus condicionantes sociales nos permite cuestionar lo que del cuerpo y el sexo damos por sentado, contribuyendo de ese modo a abrir espacios de apreciación que rompan con el deseo jerarquizante para privilegiar el habla y los deseos de aquellos que suelen ser reducidos a sus cuerpos en las representaciones gays aún hegemónicas; para incitar, en suma, un archivo que sea también utópico y reivindicativo más allá de la nostalgia en torno a una alteridad distante. ●

9 Véase José Joaquín Blanco. *Función de medianoche: ensayos de literatura cotidiana*. México, Era, 1981, p. 73.

10 Véase Diego Falconí Trávez. “Maricas y mariquismos. Aprendizajes y un esbozo”, *Revista de la Universidad de México*, marzo 2019, pp. 22-27.



Más turbada

Con humor y ternura la voz femenina de este relato nos introduce en el descubrimiento del autoerotismo, un placer que puede ser tan vasto como el universo mismo.

e estos temas no suelo hablar con nadie. Las personas que me rodean crecieron bajo una estricta doctrina religiosa. En casa era igual. Cuando era joven, mi padre era catequista comprometido con la Iglesia católica y sus sacramentos. Así que no alcanzo a imaginar qué hubiera dicho él si un día me hubiera descubierto explorando mi punto U con los dedos.

Veinticinco años antes, Sor Fabiola en clase de religión nos leyó ese pasaje de *La Biblia* en el evangelio de Mateo 13:50 “y los arrojarán en el horno de fuego; allí será el llanto y el crujir de dientes”. Sin poder respirar por lo que había escuchado, le pedí a la monja mil explicaciones sobre lo que quería decirnos Jesús con ese texto, hasta que por mí misma llegué a la desolada conclusión de que todo lo malo que hacíamos en la vida era pecado. Una crisis existencial se apoderó de mí y me quitó el sueño por semanas. Aunque traté de hablar con papá sobre el tema, él era enfático en decir que yo debía hacerle caso a las monjas y a sus enseñanzas.

“Para eso le pago ese colegio tan caro”. Esa era la cantaleta de papá.

Mamá, por su parte, aprovechaba cada desayuno o cena familiar para recalarnos a mi hermana y a mí la suciedad y la inmundicia del sexo. Supongo que mi madre estaba preocupada porque ya habíamos empezado a menstruar y ella pensaba que con eso abríamos la puerta para dar rienda suelta a los deseos carnales.

¡Tan linda mi mamá! Ella preocupada por lo que mi hermana había consumado hacía apenas unas semanas.

En fin, muchos de los que me conocen saben que me casé a los trece años con un hombre diez años mayor que yo. Siempre que cuento la historia, los ojos de quienes me escuchan saltan de sus cuencas y a coro se les escucha ese “¿cóóómo?” tan largo como el Nilo. Dependiendo de los grados de alcohol en mi sangre, cuento la telenovela de la boda. Pero la mayoría de los casos, doy media vuelta y los dejo con su sarta de preguntas. Hago referencia a este momento de mi historia porque el sacerdote el día de la boda, además de exigir un permiso especial firmado por mis padres para poder casarme, en la primera lectura de la eucaristía, leyó algo de Carta a los Romanos 8:8 “y los que están en la carne no pueden agradar a Dios” con lo que, al obedecer el mandato familiar, asumí que eso del sexo, vinculado con la carne, era el gran pecado y que yo, terminaría ardiendo en el infierno y sin dientes. Así las cosas, era mejor hacerme la loca con ese tema y cuando el esposo lo pidiera, entonces yo obedecería, abriría las piernas, gemiría y gritaría de placer, si era necesario, como parte del *show*.

Madame Simard vivió durante años temerosa de escuchar las recónditas pulsaciones de su carne... Un día, ya en soledad, eligió abandonarse a los escalofríos súbitos de ese llamado.

Pasé veinte años en ese circo, hasta que el hombre se consiguió una amante y antes de irse con ella, me redactó un prontuario cuya conclusión era que la separación era culpa mía. Al margen de casi enloquecer y terminar en Alcohólicos Anónimos, en el fondo de mi corazón sentía que el fin de esa relación era un despertar para mí. La imagen que más me gusta para explicar tal suceso en mi vida es este, como estar dormida y sentir que caes en un abismo, en ese vacío, en ese estado incomprensible que no sabes si moriste, esa sensación de terror por no saber lo que sigue.

Por cinco años más, el hombre –ya casado con otra– venía a casa y tenía sexo conmigo. ¡Ah sí, ya sé! Deben estar preguntándose cómo yo lo permitía, deben estar pensando que de verdad estaba loca. ¡Pues sí! Lo estaba y diagnosticada con una profunda depresión.

Así transcurrió el tiempo, hasta que una tarde de viernes un compañero de la universidad, a quien yo le hacía ojitos y él, a mí, me invitó a tomar cerveza, a bailar y a tener sexo. No lo dudé ni un minuto. ¿Otro pene después de veinticinco años? Tengo que probar. No se lo dije, pero lo pensé. Esa tarde en el barrio Pérez, el motel lleno de pulgas significó el más grande descubrimiento de mi existencia.

El amante desnudo empezó a desabrochar uno a uno los botones de la blusa de satín azul dejando al descubierto el brasier negro cuyo encaje estaba lleno de hilos sueltos y de motas, de esas que deja la lavadora. Al quitarme el brasier cayeron el par de gelatinas de las que se burlaba mi ex cuando me veía desnuda. Él hizo como que no vio nada y siguió con el botón de la falda, mientras sin ninguna prisa la iba bajando hasta lanzarla muy lejos. Como si yo fuera una pluma, me alzó en sus brazos y me tiró a la cama mientras terminaba de quitar lo poco que me quedaba puesto. Yo intentaba cubrir las lonjas de mi abdomen. Él las besaba con dulzura. Diez minutos fueron suficientes para ir a Júpiter y regresar. He leído mucho sobre el tema, tratando de encontrar la descripción perfecta de lo que sentí esa tarde, pero nada se le acerca. Lo cierto es que tuve fuertes contracciones en los músculos de la vagina, mi ritmo cardiaco y respiración se aceleraron a mil; tenía mucho calor y creo que alcancé a ver un ángel. ¿Es posible que eso era verdad? ¿Por qué yo nunca había sentido algo así? Estaba muy enojada conmigo; durante veinticinco años fui una vaca muerta.

La relación con el amante no duró nada porque el sujeto estaba casado y su esposa le descubrió un “te amo” que le

envió durante uno de mis excesos de años. La verdadera tristeza de ese abrupto final era lo que iba a pasar con mis recién descubiertos orgasmos.

A partir de ese momento, las consultas con el terapeuta se centraron en superar la historia de “el crujir de dientes” y la porquería del sexo. Ese martes dijo que me tenía una sorpresa y cual malabarista, sacó de su maletín un libro. *Al alcance de tus dedos – Guía de masturbación femenina* de una Julia Pietri. Él quedó muy extrañado por mi reacción, pero yo estaba más turbada ante una idea tan aberrante y, sobre todo porque había sido planteada por mi terapeuta. Ya me imaginaba yo atravesada por las espadas ardientes de los cuatro jinetes del Apocalipsis llevándome al caldero ardiente donde Satanás se burlaría a carcajadas de mí. Con el mismo libro, le di un golpe en la cabeza a mi terapeuta y salí refunfuñando del consultorio. Estaba a punto de tomar el ascensor cuando pensé: “leer no es ningún pecado. Voy a leer a la señora Pietri, total, leer es cultura”. Y regresé por el libro.

Luego de una ducha, destapé esa botella de Malbec que tenía guardada desde navidad. Encendí unas velas, una varita de incienso de pomelo. Saqué la manta que traje de México. Nada nuevo. El mismo ritual que siempre hago cuando voy a leer.

Entre San Mateo, mis padres y la monja Fabiola respirándome en la nuca, abrí el libro de Pietri. Con unas ilustraciones preciosas, la guía era un instructivo paso a paso para que una mujer pudiera vivir el placer sin culpa y sin límites. En el libro, más de 6,000 mujeres hablaban de la revolución del clítoris. ¿No debía ser yo la 6,001? Siguiendo paso a paso las indicaciones, como si estuviera usando por primera vez la olla de presión, empecé a acariciarme largo y lento con los dedos de mi mano izquierda. Seguí jugando al dibujar círculos en los labios menores y mayores. Entre el uso de mis dedos, de uno a tres, fui descubriendo el punto U y la importancia del ritmo y la velocidad de esos movimientos. Con los dedos de la mano derecha, apretaba y jalaba mi pezón. Me sentí poseída por una sirena que ejecutaba su danza al nadar entre cantos y jadeos. Cuando menos lo pensé, ya había regresado a Júpiter, esta vez sin el amante. Apenas duró unos minutos y ya estaba de regreso a la Tierra. Yo quería visitar más planetas. Entonces, fui a Saturno, Marte, Venus, Mercurio, Urano y Neptuno. Visité toda esa misma noche.

En estos días me estoy preparando para explorar nuevas galaxias. ●

Senos

No es mi rostro quien me representa
ni mis ojos, ni mi boca, ni mi cabello.

Quien habla y dicta que soy mujer
tampoco son mi cadera o mi cintura onduladas.

Son mis senos
quienes deben afirmar mi sexo
(la portada)

los que calculan la belleza
para colocarme en el pedestal de la divinidad
porque alguien sentenció su tamaño y su forma
¡condenados al tártaro!

por no ser “montañas para admirar de lejos”
a las que deberían cegarse
ni frutas maduras para palpar su crecimiento
a las que no deberían anhelar sentir.

No soy mujer por carecer de senos grandes.
¿Qué soy, entonces
si no soy fruta madura
solo una baya en medio de un arbusto

si soy brote, un retoño
que nunca floreció

si no soy cordillera ni meseta
sólo una llanura

con el nombre “niña”
y el pseudónimo “muchacho”?

Soy mujer: “fallida”, “defecto de fábrica”
pero lo soy.

Como una tasa sin asa
un suéter sin botones
un árbol frutal sin fruta
No sólo con senos
también con rostro y cuerpo,

como lo son los tallos de las flores
que sin ellos son sólo pétalos
con órganos y con cerebro,

como el micelio escondido bajo tierra
alimentando el dictamen del sexo con el que nació
un conjunto.

Shadai es una bruja real,
aunque no lo crean. Prefiere
jugar con quien a leer las cartas y
detesta que pronuncien mal su
nombre.

La desnaturalización del cuerpo actual

Impulso

Un día vi unos cuerpos girar sostenidos en una sola pierna, mientras que la otra se alzaba de manera impresionante. Después, esos mismos cuerpos, suavemente, saltaron de aquí para allá. Con brazos, en vez de alas, emprendieron el vuelo y pude percibir la felicidad de su libertad. Más aún cuando uno de ellos flotó por los aires con apertura total, con extensión plena de su cabeza, torso, brazos y piernas no pude más. El éxtasis me abrazó y le dije a mi madre: “¡Yo quiero *ser* eso!” Ella me contestó: “Dirás, *hacer* eso”. A lo que respondí con vehemencia: “¡No, yo quiero *ser* eso!”

Lo que estaba presenciando era la danza *El Lago de los cisnes*. A la edad de tres años, aquella obra le daría sentido a mi vida, pues desde ese momento me empeiné en ser un cuerpo en movimiento y no solo en hacer que mi cuerpo se moviera. Pero, ¿qué significa esto? ¿Cómo llegar a *ser*, y no solamente *hacer*, un cuerpo y además en movimiento? Y, por si fuera poco, ¿cómo lograrlo con una deformación innata en la columna? Es decir, con un cuerpo diferente, contrario a la perfecta simetría corporal que se observa en la danza. O peor aún, con la tentación de reproducir un cuerpo estandarizado, según ciertos valores, y naturalizado como tal en la sociedad de hoy.

Pues bien, no pretendo hablar del *ser* desde la filosofía, esa parte se la dejo a los profesionales del tema. Tampoco se trata de dar consejos sobre cómo trabajar el cuerpo para alcanzar el virtuosismo en el *ballet*. Alejado de todo eso, aquí expondré brevemente algunas vivencias sobre la naturalización del cuerpo contemporáneo y su respectiva desnaturalización. Para ello, recurriré a los testimonios de algunas personas, cuyos cuerpos han sido limitados por la construcción social del cuerpo ideal y que con la danza han podido ampliar, liberar. Se trata de fragmentos de memorias a partir de mi experiencia en la enseñanza de la danza a través de la cual logré rehabilitar y sanar mi cuerpo, de manera que me profesionalicé en danza clásica, contemporánea, danzaterapia y danza somática.

A **Betzabe** le encanta sentarse a escribir o más bien solo escribir. Pero, ni modo, hay que acomodarse. Al poco rato su cuerpo se empieza a mover y, sin dudarlo, pone el texto a danzar.



La necesidad de acondicionar el cuerpo para hacerlo encajar en un estereotipo cultural se transforma, gracias a la danza, en la experiencia orgánica de ser movimiento pleno.

Vivencias

Las primeras clases que impartí de danza contemporánea estaban dirigidas primordialmente a adolescentes y jóvenes adultos debido al esfuerzo y a la psicomotricidad que requiere el cuerpo para practicarla, además de la abstracción de los temas que se escogen para bailar y que requieren de cierta experiencia de vida y conocimiento académico. Fue en esas sesiones donde empecé a percatarme de algunas ideas o concepciones que las y los participantes de las clases tenían sobre su cuerpo. Aquí menciono algunos: “Vengo a esta clase porque me dijeron que es la mejor manera de moldear el cuerpo de manera estética”, “Estoy toda gorda, ¿cómo le hago para ser tan delgada como las bailarinas?”, “¡Uff! Qué pesado, yo pensé que la danza era solo para afeminados”, “Tengo tres pies izquierdos”, “¡Ya estoy vieja para la danza!” y “¿Con qué ejercicios aumento mis glúteos?”

Aquellas expresiones se acompañaban de un respectivo lenguaje corporal que, a propósito o no, se convertían en ciertas actitudes durante la clase y en un reacomodamiento de sus cuerpos. Así, la persona que buscaba agrandar los glúteos y la que deseaba obtener una figura estética, al pararse sobre los dedos de los pies, arqueaban la espalda haciendo que sus glúteos sobresalieran hacia atrás y su pecho sobresaliera hacia delante. Una de ellas, antes de entrar, se quejaba de un dolor lumbar que disminuía al terminar la clase.

Por su parte, la persona que se percibía pasada de peso hacía todo lo posible por llevar su cuerpo al límite, pues siempre quería estar saltando, hacer más repeticiones de los ejercicios y terminar exhausta. Además, siempre le dolía el estómago. Yo intuía que era porque se sometía a dietas restrictivas y por la faja reductora que se ponía pese a que se le recomendaba no usarla. El participante que amaba la danza y no quería parecer afeminado hacía todo lo posible por mostrar los pectorales a manera de Arnold Schwarzenegger en su época de fisicoculturista. La tensión y fuerza con la que hacía

las rutinas de la clase le agotaban y terminaba con dolor en casi todo el cuerpo.

Entre las personas que decían tener tres pies izquierdos o ser muy viejos para bailar, la arritmia y la debilidad muscular eran características que se manifestaban en su figura asimétrica. En una se observaba una pierna más corta que la otra. Esto era un efecto visual que se producía al apoyarse solo en una pierna y ladear la cadera hacia el mismo lado del apoyo. Para rematar, ponía una mano en la cintura con la cual parecía que posaba para una foto de revista. Por muy *fashion* que pudiera ser esa postura, la razón por la que se tocaba la cadera era el dolor y, para aliviar las molestias, el ortopedista le había recomendado hacer danza. Por último, la persona que asociaba su cuerpo con la vejez se movía débilmente y en consecuencia encorvaba la espalda. En sus actitudes llamaba la atención el afán por ocultarse atrás de una compañera y no verse en el espejo. Además, no participaba en las presentaciones de fin de cursos y, comúnmente, se torcía un pie durante los ensayos.

Al analizar estos discursos, actitudes y posturas también reflexioné sobre lo que se considera actualmente como características “naturales” de los cuerpos. Estas, según mencionaron los asistentes al curso de danza, son en general cuerpos blancos, delgados, tonificados y altos. En el caso de las mujeres, son de cintura y brazos delgados; senos, caderas y glúteos grandes. En el de los hombres, pectorales grandes, brazos y piernas musculosos y abdomen marcado. Las versiones ideales de los cuerpos no admitían más que dos géneros, y las personas que no se identificaban con ninguno simplemente hacían lo posible por encajar según el momento. Debo recalcar que nadie de estos participantes quería dedicarse a la danza de manera profesional, a pesar de su pasión por ella. Más bien, en un inicio, se acercaron a la danza clásica y contemporánea para reacondicionar su cuerpo al estándar actual que propicia la industria del *fitness* y que ha integrado al

ballet.¹ En otros casos, el motivo era la influencia de artistas y modelos en auge, de las campañas del *marketing* para cuidados de la piel y el uso de cierta ropa de moda, de trabajos y estilos de vida que buscan la eficacia y la eficiencia, y solo alguna persona reconoció que acondicionar su cuerpo con la danza le valía para poder ser vista y amada.

Todo esto lo supe porque un buen día, tras la frustración de una participante del taller que no lograba acomodar su carne y huesos al vestido de novia en tiempo récord, decidí cuestionarles las razones de querer reacondicionar su cuerpo. Entre las respuestas, me llamó la atención que varios participantes señalaran como lo más natural querer un cuerpo bello, joven y esculpido, sinónimo de sano y exitoso, para sentirse bien en la vida y realizarse como personas. Entre las expresiones más alarmantes, estuvo también que era responsabilidad de cada uno conseguir este ideal corporal y quien no lo hacía así era culpable de su propia desdicha. De esta forma, como lo “natural” era tener un cuerpo delgado, la mujer de la boda había decidido comprar su vestido de novia talla *petite* y deseaba entrar en él.

Esperen, hagamos un alto y preguntemos cómo es que se han naturalizado prototipos de cuerpo según la nacionalidad, el género, la edad, la ocupación, el estatus social y económico de las personas. Al parecer, puede ser mediante la repetición constante a través del tiempo de los discursos en torno a él. La globalización, los medios de comunicación, las redes sociales, la publicidad, la ciencia, los gobiernos, las canciones, el arte, las familias e incluso y nuestra propia razón dan por hecho la existencia natural de ese cuerpo basado en valores culturales contemporáneos que promueven la homogeneización, el valor de cambio y de uso del cuerpo como un objeto que se puede comercializar. Con esta construcción social del cuerpo también se crea su contrario: el cuerpo diferente que es etiquetado, separado y marginado.

Para ilustrar, pensemos en las imágenes de los cuerpos en los comerciales de El Palacio de Hierro.² Ser “totalmente palacio” significa, en un sentido, poseer un cuerpo, ya sea de piel blanca u oscura, joven o un poco mayor, pero todos –sin excepción– delgados, tonificados, sonrientes, que

intentan proyectar éxito. Del mismo modo, las campañas publicitarias de productos cosméticos como L’BEL, relacionan belleza, salud y tecnología con el cuerpo y anuncian que sus productos ayudan a retar el futuro y desafiar el tiempo.³ Por su parte, el gobierno te responsabiliza de tu salud y de la forma de tu cuerpo al decir: “Toma la salud en tus manos”.⁴ Al mismo tiempo, usa algunas imágenes de personas que tienen sobrepeso para hacer evidente que ciertos hábitos y cuerpos no son sanos. Asimismo, indica las actividades que debes hacer, entre ellas el baile, para prevenir enfermedades del cuerpo.

Es así como la idea de la forma de un cuerpo, su comportamiento y su uso es producido socialmente, según el contexto, mediante signos, imágenes y conceptos que crean representaciones naturales e inalterables. En consecuencia, es nuestra responsabilidad cuidar que se cumplan las expectativas sobre ese cuerpo. De lo contrario, el cuerpo diferenciado es rechazado, no se acepta, no sirve, ni siquiera vale la pena verlo ya que simplemente no cabe en el prototipo de vestido de novia.

Ante la pesadumbre del grupo, les compartí mi experiencia con el cuerpo en que nací. Un cuerpo con aptitudes para la danza, con pasión por el movimiento, pero atrofiado por una enfermedad que provoca rigidez, dolor articular, deformación de cartílagos y huesos. Cuando tenía tres años, momento en que decidí *ser* movimiento pleno, ignorábamos el padecimiento. No fue sino hasta los 15 años que la deformación de la columna se evidenció con dolores terribles que no me permitían enderezarme ni bailar. Tras varias opiniones médicas y estudios se decidió que la única forma de parar la deformación era mediante una cirugía. No obstante, esta no garantizaba que yo volviera a recobrar la armonía postural. En fin, me operaron, me pusieron un aparato ortopédico que era más bien un instrumento de tortura e inmovilizaron mi cabeza y torso. Posteriormente, me sometieron a ejercicios de rehabilitación muy dolorosos durante un año.

Al terminar el tratamiento, pregunté cuándo podía incorporarme nuevamente a la danza. Los médicos y las instituciones de arte respondieron que nunca más, pues la deformación en mi columna era irreversible. ¡Mi carrera estaba terminada!

1 En la actualidad está de moda el *barré*, un entrenamiento del cuerpo que implementa ejercicios de *ballet*, yoga y pilates.

2 Véase “Soy yo, soy totalmente Palacio”, 15 mayo de 2024. En línea: <https://youtu.be/9pQ63ZrIPk>

3 Véase “Con los productos para el cuidado de la piel L’BEL, la belleza cambió”, *Magazine L’BEL*. En línea: <https://trends.lbel.com/pe/magazine/productos-para-el-cuidado-de-la-piel-lbel-la-bellezacamio>

4 La campaña “Salud en tu vida, salud para el bienestar” de la Secretaría de Salud del Gobierno de la Ciudad de México promueve este eslogan.

Ante la desolación, el cuerpo me dolía peor que antes de la operación, porque mi *ser* sufría tanto en lo físico y mental como en esencia. Pese a ello, mi pasión y esa potencia natural en mi cuerpo que me proporciona las aptitudes para el movimiento me hicieron salir de mi autocompasión y buscar en la misma danza las posibilidades para volver a *ser* cuerpo en movimiento pleno. A partir de ahí, conocí la danzaterapia⁵ y la danza somática.⁶ Al saber esto, los participantes del taller me pidieron que les cambiara la técnica de movimiento. De esta manera, empezó mi investigación sobre la naturalización de los estereotipos corporales en la actualidad y su respectiva desnaturalización a través de las danzas orgánicas.⁷

La danza somática a fin de trascender el concepto tradicional inamovible del cuerpo visto como objeto, usa una técnica diversa, flexible y cambiante que se basa en la improvisación del movimiento a través de la sensibilización del ser total: cuerpo, mente y esencia. Las herramientas que emplea se relacionan con la relajación del cuerpo y la conciencia de las partes que lo conforman como ser orgánico, es decir, lo que tenemos por dentro: huesos, músculos, órganos y articulaciones. Por ejemplo, al sentir el pulso del corazón se pueden mover las manos y los brazos, con la percepción del peso de los intestinos se consigue ir hacia el piso con mayor facilidad y al imaginar el alargamiento de las vértebras del cuello se encuentra la forma de pararse de manera flexible. La dinámica de la clase hace que el cuerpo, la mente y la esencia de cada uno interactúen al mismo tiempo. Los ojos se mantienen cerrados para darle al cuerpo la oportunidad de bailar libremente sin ser juzgado.

La danzaterapia utiliza movimientos cortos, palabras que confortan y metáforas para desnaturalizar el estereotipo de cuerpo contemporáneo. Una de ellas podría ser “árbol-ceniza”. Se trata de que los ejecutantes experimenten en su cuerpo cómo sería *ser* la metáfora que escuchan, cómo sería trasladar a su cuerpo y al movimiento la naturaleza de ese otro organismo. Sin pensar el movimiento se disfruta la vivencia para gestar una danza tan sorpresiva como sincera, de denuncia y enunciación, lo que da como resultado un efecto de rebobinado y liberación del cuerpo frente a la opresión

cultural. En ese estado, se consigue *ser* movimiento pleno y no solo hacer un movimiento técnico.

Cambios

En mi experiencia, tanto personal como profesional en la enseñanza dancística, he observado las consecuencias de naturalizar prototipos de cuerpos. Se le llama violencia; una que no se ve cuando se ejerce por parecer tan común y natural. Sin embargo, se vive y se materializa en la figura humana cuando se busca adaptar el cuerpo diferente (por causas diversas) al prototipo promovido por la moda o el marketing, con posturas y actitudes que incomodan al cuerpo, que reacciona y protesta con dolor. En mi caso, los profesionales de la medicina y de la danza decidieron, en ese momento, que mi cuerpo, por ser disímil, no era apto para bailar. Dictaminaron que con esa forma se iba a quedar y, por ende, decretaron lo que yo no podía pretender; sin embargo, ¡no fue así!

De forma similar, los participantes de los talleres de danza experimentaron en su particularidad los efectos de esa impostura revestida con la idea de lo natural; al querer vivir y bailar producían con sus cuerpos movimientos estereotipados que daban valor a la forma y no al contenido. La manera de desnaturalizar esos cuerpos se realizó a través del reconocimiento de esa construcción social. El cambio físico se presentó después de pocos meses con la práctica de las danzas orgánicas. “Ser movimiento pleno” en cualquier ámbito, no solo en el dancístico, les permitió afrontar de manera más sana los avatares de la vida.

Si bien la mayoría se liberó del dolor corporal, que asociaron con bienestar, hubo casos extraordinarios como el de “tres pies izquierdos”, que en una dinámica de danzaterapia se resistía a gatear. No obstante, sus acompañantes jugaron con él y luego, sin darse cuenta, ya estaba moviendo el cuerpo de manera coordinada. Lo espectacular ocurrió cuando lo vimos bailar cumbia, salsa y *rock and roll* con la mujer a la que ya no le pesaban los años, en la fiesta de la novia. Ella y la mujer que anteriormente protestaba por su peso, felizmente, cambiaron su vestido por uno que sí las dejaba respirar. ●

5 Véase María Fux. *La formación del danzaterapeuta. Vivencias con la danzaterapia*. Barcelona, Gedisa, 1997.

6 Véase Rosana Barragán Olarte. “El eterno aprendizaje del soma: análisis de la educación somática y la comunicación de movimiento en la danza”, *Cuadernos de Música, Artes Visuales y Artes Escénicas*, vol. 3. núm. 1, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, octubre-marzo 2007, pp. 105-159.

7 Las danzas orgánicas usan una técnica que se basa en el respeto de las funciones naturales del cuerpo, en el sentido biológico, anatómico y mecánico. A la par, no crean una coreografía, sino dejan que el cuerpo hable libremente a través del movimiento. Tampoco producen bailarines, son solo cuerpos en existencia plena que se mueven con su propio pulso.

Bordes

El cuerpo me queda grande
me cuelgan
los años a los costados
y las bolsas que coleccionan las memorias debajo de mis ojos
están llenas
sin espacio
sobrecargadas
de madrugadas
derroche de conciencia.
Piel cansada
que crece y se encoge.
Manos chicas
inservibles
que no sirven ni para agarrar
lo sueltan todo
lo dejan caer todo.
El cuerpo, el cuerpo.
¿De qué me sirve ya el cuerpo?
Un cuerpo lleno
un cuerpo con forma deforme
sin forma de cuerpo
Y adentro, los órganos hablan entre ellos
se quejan del cansancio
de las horas extra
trabajo mal pagado.
Me queda grande el cuerpo,
el cuerpo y el pensamiento
la conciencia
el recuerdo
el pensamiento.
Libérame del peso
redúceme los bordes
déjame al ras
sin exceso.

Perla siempre está por empezar a escribir, toma notas mentales que nunca encuentra. Si la ves comprando ropa, no la dejes llevar más cosas verdes. Se desconecta en el Metal Slug.



CAROL SANJUAN

La danza de mi cuerpo

Disfrutar el propio cuerpo de manera auténticamente profunda puede ser más sencillo de lo que nos hacen creer.

La instructora grita que nos movamos. “¡Sí se puede! ¡Podemos ser hermosas!”, nos anima. Mi cuerpo trata de moverse, ir en la misma dirección que los otros. Me esfuerzo por girar los tantos kilos de grasa que habitan mi vientre, mis muslos y brazos; me esmero en mover las alas de murciélago incapaces de volar. Trato de sonreír, esto hará que me vea hermosa y debo verme feliz. Aunque apenas puedo imaginar cómo debería ser mi sonrisa porque ya estoy cansada de moverme y respirar al mismo tiempo. “¡Sigán así! Muy bien. Claudia, tú puedes”, me dice la instructora, pero ya no distingo si es sudor o llanto lo que resbala por mi mejilla.

Los glúteos firmes y el abdomen plano de la instructora me motivan. Puedo lograr esa cinturita. Observo por el espejo cómo todas tratamos de seguir el ritmo acelerado, cadencioso y elegante. Todas torpes, cansadas y frustradas. También todas menos gordas que yo. Ellas van más fácil a la izquierda y a la derecha. Sus cuerpos, con menos pliegues, se mueven acompasados y al mismo tiempo. La barriga no choca contra los senos. Los muslos no se rozan entre sí. El aire entra y sale de sus pulmones sin resistirse; a mí me juzga y evita introducirse por mi nariz o mi boca.

Por fin, la última serie, sigo tratando, pero no alcanzo mis pies, ya no puedo levantar los brazos, me pesan, se han puesto en huelga. Mi garganta arde porque no la dejo gritar “¡ya basta!” El sudor invade mis ojos y mi boca cada vez que intento llegar al suelo. Es salado; lágrimas que emanan por cada poro de mi cuerpo.

Eso es todo, mis amores. ¡Sí se pudo! ¿Quién dijo que la belleza no duele?”, grita la instructora. “Si no duele, no sirve. Si no duele, no sirve”, me repito. Me atrincheró en el baño, antes de que empiecen las recomendaciones de suplementos

Carol es de raíces oaxaqueñas y narradora tardía de historias. Ama pasar el día con sus gatos, leer ciencia ficción y otros géneros literarios, sobre todo lo escrito por mujeres.

alimenticios para bajar de peso y de las pastillas tan efectivas para quemar grasa mientras duermes.

La ropa está mojada. Me siento feliz. Pienso que mañana regresaré, aunque no estoy totalmente segura, pues el quehacer de la casa, el trabajo, mi esposo Pablo y el bebé absorben mucho tiempo. Además Pablo, como siempre, pondrá en duda mi determinación. Me dirá que es mejor intentar otra dieta o deje el pan, pues lo único que me falta es determinación. Soy su gorda hermosa.

Seco mi cabello. Mis axilas desprenden un aroma agrio y dulzón. Seco la entrepierna, me cuesta llegar a ella. Todo mi cuerpo tiembla; un sismo trepidante de magnitud nueve punto cero. Limpio debajo de mis senos, aunque estos no quieren ser levantados o los brazos siguen en huelga. Una especie de pasta gris se ha formado en mi cuello, pienso que es la grasa que abandona mi cuerpo.

La humedad de mi ropa me recuerda la ducha. Debo apresurarme si quiero bañarme en casa antes de que todos despierten. Lo haría aquí en el gimnasio, pero las regaderas son comunitarias y no es lo mismo mostrar mi voluptuoso y masivo cuerpo contenido en las mallas, que desnudo. No, así no, la grasa se pavonea cuando le quito la ropa y es difícil de controlar. Me apresuro a cambiarme. Salgo del gimnasio sin despedirme de nadie.

Ya en la calle, camino despacio; sé que mañana me dolerá cada parte del cuerpo. Por hoy, poco a poco, mientras me acerco al metro, la hora de ejercicio deja de sentirse como una tortura y se vuelve lo mejor de la mañana.

Me detengo y permito que los rayos del sol se posen en mi rostro. Cierro los ojos. Respiro profundo. Siento la caricia delicada del aire cuando llena mis pulmones. Sonrío. Así de fácil es hacerlo. Y cómo no, si ahora mis piernas me sostienen sin temblar, si vuelvo a ser dueña de mi cuerpo, que danza al compás del mundo; este que habito como me place. Recapito. Es este preciso momento, en que mi cuerpo me habla suavemente y tranquilo, lo mejor de la mañana. ●



VÍCTOR REYES CALDERÓN

Homoerotismo y heteronormatividad en un cine porno de la Ciudad de México *

A partir de una inmersión etnográfica en el Savoy, este texto invita a visibilizar y cuestionar la reproducción de esquemas heteronormativos en las prácticas sexuales homoeróticas.

Víctor es un antropólogo que gusta de seguir conociendo y conociéndose, disfrutar a sus seres queridos y aprender cosas nuevas.



El cine Savoy, ubicado en el centro de la CDMX, y que desde su apertura en 1943 ha tenido la característica de ser un cine “solo para hombres”, ha logrado sobrevivir hasta hoy como un cine porno con prácticas no heterosexuales en su interior. Los *hombres*¹ que acuden ahí saben que al cine Savoy se va a coger, se va a mamar y se va a mirar; se buscan encuentros sexuales con uno o varios *hombres*, se buscan penes, lenguas y culos. Sin embargo, a pesar de ser un espacio no heterosexual, los encuentros y prácticas son una repetición mimética y performática de lo mismo que se proyecta en la pantalla: pornografía heterosexual cuya fórmula del placer y el deseo es meter+sacar+meter=eyacular. Dicha fórmula pertenece al campo de la heteronorma falocentrista hegemónica, y aunque sus elementos se presenten en prácticas y espacios no heterosexuales, no son disidentes de tales normas, sino opuestas pero entendibles al margen de la lógica que tal norma impone.

Para Foucault las técnicas disidentes capaces de desarticular los mandatos de poder históricamente construidos relativos al deseo sexual son, en sí mismas, las prácticas sexuales. En esa misma línea, para Paul Preciado (antes Beatriz Preciado) es necesario articular nuevas prácticas sexuales y del placer que rompan con los esquemas heteronormativos en la erotización de los cuerpos.² Se presenta entonces la urgencia de cuestionar cómo hemos reproducido esquemas heteronormados de las prácticas sexuales dentro de la diversidad sexual y la no heterosexualidad, y hasta dónde alcanzan nuestros parámetros culturales para construir una efectiva disidencia a tal mecanización del cuerpo y de las prácticas del placer.

Primero, explicaré la dinámica de un cine porno, hablando desde la experiencia corporal y sensorial que implica, es decir desde la interacción homoerótica. Desde el momento en el que se ingresa a la oscuridad de la sala, los sentidos se encuentran en alerta, captando o emitiendo mensajes corporales en todo momento. Así se mantienen desde que se ve la pantalla hasta la búsqueda y el encuentro sexual. Cuando se entra a la sala del Savoy uno se encuentra cegado momentáneamente, lo único reconocible son aquellas luces de la pantalla, los cuerpos abyectos y los señalamientos de emergencia que sobresalen de la oscuridad. En ese primer contacto con la sala el cuerpo se siente inmóvil debido a la pérdida parcial de la vista, pero antes de que uno se adapte a la oscuridad otros sentidos ya están atentos.

Incluso desde antes de entrar al cine, se perciben olores muy peculiares: los olores emiten recuerdos, despiertan la memoria. “El olor es también una adquisición cultural, se aprende a gustar o rechazar un olor y esto no será igual para todos; lo que una persona encuentre olfativamente desagradable puede no serlo para otra”.³ El olor que predomina en ese primer contacto con la sala es, principalmente, el olor a humedad; sin embargo, también se puede identificar el olor de fluidos corporales, como sudor, orina o semen. Lo cierto es que el olor que la sala emite es uno que logra generar una fuerte primera impresión.

* Esta investigación forma parte del trabajo final para titularme en Antropología social en la UAM-Iztapalapa con la tesis *Homoerotismo y heteronormatividad: representaciones performativas y prácticas de sociabilidad en el cine Savoy de la Ciudad de México* que presenté en julio de 2020.

1 Las cursivas problematizan las clasificaciones del circuito sexo-género considerando que tales categorías son móviles, inacabadas y siempre fragmentarias de la experiencia humana, así como de las jerarquizaciones socioculturales que se hacen con respecto a los individuos/cuerpos.
 2 Beatriz Preciado. *Manifiesto contra-sexual. Prácticas subversivas de identidad sexual*. Madrid, Opera Prima, 2002.
 3 Enrique Tovar Esquivel. “De olores y hedores en la historia de Monterrey”, Ana Lidia M. Domínguez y Antonio Ziri6n (coords.). *La dimensi6n sensorial de la cultura. Diez contribuciones al estudio de los sentidos en M6xico*. M6xico, Universidad Aut6noma Metropolitana-Iztapalapa, 2017, p. 81.

Inmediatamente después de entrar, la atención es atrapada por los sonidos, principalmente por aquellos que produce la película: breves diálogos seguidos de sonidos sexuales, gemidos, respiraciones y gritos de placer. “La música o el sonido de fondo, también son parte no solo de la atmósfera del marco de interacción, sino que aceleran la acción”.⁴ También hay sonidos que emiten los asistentes, se escucha el sonido que producen los zapatos al caminar: un caminar frecuente y fluido, el rechinar de los asientos que anuncian alguna práctica sexual en las butacas, palabras y risas.

Así, poco a poco, la vista se va adaptando a la penumbra del cine y se pueden identificar siluetas, sombras y movimientos. En realidad, la vista, la mirada y el contacto entran en escena cuando se puede reconocer el cuerpo del otro. El tacto juega un papel primordial en la búsqueda de un encuentro sexual, pero también es inevitable el roce no intencional al caminar, sobre todo en los pasillos, cuando se tiene que pasar entre *hombres* que se encuentran de pie, solos o manteniendo un encuentro sexual. En la sala, se toca cuando se ha identificado a alguien con quien se desea interactuar. Se toca a manera de invitación, en espera de una señal de aceptación. Se toca porque tocar forma parte del encuentro. Se toca al cuerpo deseado, al amante. Se toca porque se puede tocar al otro sin que se sienta violentado. Se toca porque tocar produce placer, porque tocar erotiza el cuerpo y enchina la piel, porque tocar nos permite conocer y reconocer al otro.

Ver y mirar juegan un papel importante en la interacción. Se ve la pantalla que proyecta pornografía (razón o pretexto por la cual *hombres* solos se dieron cita en este lugar). Se ve a los demás, caminando, parados en las paredes, a lado de las bancas. Se ve cuando otros *hombres* mantienen un encuentro sexual y en ocasiones es lo único que se desea: ver. Se ve porque se busca un compañero para el encuentro, un pene ofrecido o cierta señal de invitación. Se mira para entablar contacto con otro *hombre*, se mira para localizar, para elegir, para comunicar el deseo de tener un encuentro sexual. Se mira para encontrar lo que se busca: alguna parte del cuerpo, algún tipo específico de *hombre* o algún lugar disponible. Se mira para conquistar, pero no sólo se mira, también se evitan miradas: para rechazar, para comunicar con quien no se desea un encuentro, para indicar qué es lo que no se está buscando.

El cuerpo, cual ventrílocuo, emite gestos, movimientos, posturas y posiciones; se utiliza en su totalidad para el cortejo, la búsqueda de un encuentro sexual y por supuesto se usa como medio de goce y de placer. La cara, los ojos, la boca, las manos invitan y evitan, buscan y recorren el cuerpo del compañero, del *hombre* indicado para pasar un rato agradable, para traspasar los límites del cuerpo y desbordar el placer. “Las mímicas, los gestos, las posturas, la distancia con el otro, la manera de tocarlo o evitarlo al hablarle, las miradas, son las materias de un lenguaje escrito en el espacio y el tiempo, y remiten a un orden de significaciones”.⁵ La sonrisa, las caricias y la búsqueda de otro cuerpo con el cuerpo, con las manos, son las palabras que no suenan, que no se hacen escuchar, pero que sí se hacen entender; es ese lenguaje que expresa un deseo y una intención.

Finalmente, se prueba, se besa, se practica sexo oral, se recorre con la boca, con la lengua, el cuerpo del amante, del compañero, del desconocido. Esto sucede antes o después de las palabras, si es que acaso son necesarias, en el encuentro sexual. Los sonidos que se producen y emiten son mensajes: de placer, satisfacción, gratitud o complicidad.

De esa forma, la relación que los espectadores tienen con el filme y con las pantallas, de pronto pareciera distante; el filme pornográfico pasa a segundo plano, es meramente el pretexto y no el motivo para acudir al lugar; sin embargo, podemos leer el contenido cinematográfico como el medio, el mediador o la motivación para realizar las prácticas sexuales. Para Peña, siguiendo el planteamiento de Naief Yehya, “la pornografía engloba un único objetivo, que es [...] generar una reacción de excitación sexual y posible respuesta sexual o placentera autosuficiente, y que puede llegar a ser un accesorio para las relaciones sexuales”.⁶

Al interior del cine, la felación es la práctica más común; el sexo oral sobrepasa los límites corporales habituales, pero no se expone a los riesgos de la penetración, es una forma de obtener y dar placer mediante la fragmentación del cuerpo. El pene felado y la boca que fela son los actores de esa escena, escena que puede durar lo que el placer, el gusto y el deseo resistan. La eyaculación es regularmente la culminación de un encuentro sexual, ya sea sexo oral o penetración. La penetración o el sexo anal entre los *hombres* no suele tener la

4 Andrés Álvarez Elizalde. *El marco de la interacción homoerótica en el cine “Nacional” de la Ciudad de México*. Tesis de Maestría en Estudios Políticos y Sociales. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2014, p. 51.

5 David Le Breton. *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1999, p. 39.

6 Edith Yesenia Peña Sánchez. “La pornografía y la globalización del sexo”, *El Cotidiano*, núm. 174, julio-agosto 2012, México, Universidad Autónoma Metropolitana–Azcapotzalco, p. 50.

misma presencia que el sexo oral, pero también es una práctica (para muchos) fundamental de la experiencia de visitar un cine porno.

En las prácticas sexuales mencionadas anteriormente (el sexo oral, la penetración y la masturbación) podemos reconocer al actor principal de la función: el pene. Antes de seguir, es importante distinguir la diferencia entre “el pene (el órgano eréctil en sí) y el falo (el significante de la potencia, de la autoridad simbólica, de la dimensión –no biológica sino simbólica– que confiere autoridad y poder)”.⁷ Esta diferencia es importante porque en nuestra sociedad el pene ha sido dotado de una importancia y un poder vigorizante, así que consideramos que “el falo simboliza el pene”.⁸ Por consiguiente, el erotismo, el placer, los deseos y el acto sexual postulan al pene como la estrella del acto, necesario para toda fuente de goce y satisfacción. La fuerza de su significación e importancia social se pueden observar en las categorías, clasificaciones y roles que se ejercen en los actos sexuales. Roles como *activo* y *pasivo* o categorías como *chacales*, *mayates* y *maricas* aluden a una valoración de los individuos; es decir, se estima qué tan varoniles son o pueden ser según su posición como penetrados o penetradores en el acto sexual. Es interesante esa clasificación porque forma parte del *performance* que se realiza socialmente afuera y al interior del cine; aquellos que están afuera intentan dar una impresión varonil y tosca (pueden de igual forma hacerlo al interior del cine); sin embargo, esa apariencia no siempre coincide con los deseos de cada individuo, por lo que a aquellos individuos “varoniles” también se les puede ver siendo penetrados o practicando una felación a otro *hombre*.

Para los *hombres*, la pornografía proyecta un sentido de otredad con el pene, como si se tratara de dos entidades completamente separadas: el cuerpo y el pene. Lo anterior debido a la fuerza y valoración falocéntrica que existe en nuestra sociedad. Además, el pene siempre aparece y se le imagina erecto, duro y listo para penetrar, y con dimensiones por encima de la norma. En el caso específico del cine Savoy, al permitir únicamente la entrada de cuerpos *masculinos*, de *hombres*, la fragmentación del cuerpo se reproduce en la búsqueda de un encuentro sexual, cuando la mirada y el manoseo busca partes erógenas del cuerpo más que sujetos e individuos: se buscan penes erectos dispuestos a recibir sexo oral y con la capacidad de penetrar, se buscan bocas que realicen felaciones, nalgas penetrables y manos masturbadoras.

La fragmentación del cuerpo en la pornografía y en las prácticas y narrativas del intercambio sexual es producto de una hipersexualización de ciertas zonas erógenas del cuerpo que se valorizan y se consideran agentes y actores indispensables para la producción del placer sexual, al menos en la forma mecanizada en que la norma heterosexual entiende el placer y la penetración.

Paul Preciado en su *Manifiesto contra-sexual* nos otorga técnicas para la producción del placer que escapan de la lógica falocéntrica mencionada anteriormente: masturbar brazos y piernas, otorgar el poder falocéntrico a las cabezas, sustituir dildos con miles de objetos; es decir, ofrece técnicas para construir y descubrir zonas erógenas y de placer; para que no se reduzca el placer a la penetración y al pene porque los cuerpos son tan diversos como las identidades y las subjetividades.

En el cine porno es claro cómo a través de la pornografía y de las prácticas sexuales hegemónicas, correspondientes al pensamiento de la heteronorma, se fragmenta el cuerpo y se reduce solo a la presencia de un falo penetrador. Esta idea es el reflejo de la gran importancia que la sociedad le da al pene, por lo que se vuelve necesario repensar el cuerpo, las prácticas sexuales y las búsquedas de placer. Con Paul Preciado encontramos técnicas de contra-sexualidad que buscan desarticular el poder del falo como actor principal del placer; en su manifiesto se plantea la búsqueda de formas de placer que se acoplen a las personas y construyan nuevas subjetividades.

Para terminar con esa homonormatividad de los cuerpos, de la penetración y del pene como actores de nuestras prácticas sexuales, nos debemos configurar como auténticas disidencias sexuales, descolocando el género, confundiendo el sexo, produciendo nuevas formas de placer que escapen de la mecanización de la penetración (meter+sacar+meter=eyacular) y no reduciendo el cuerpo a ciertas zonas erógenas (pues somos más que penes y vaginas, y no somos cuerpos fragmentados ni consumibles). Promovamos ideologías y creencias en las que tener un sexo, un género y una sexualidad sea tan importante como el número de lunares en nuestro cuerpo. Jamás hay que dejar de resistir al mercado que nos *objetiviza* y a las normas sociales que nos limitan. Somos nosotros, nosotras, nosotres, a quienes “nos pasa” todo esto, quienes habitamos estos cuerpos, y quienes, por ello, podemos y debemos producir nuestros propios discursos. ●

7 Rosío Córdova Plaza y Jesús Pretelín Ricardez. *El Buñuel. Homoerotismo y cuerpos abyectos en la obscuridad de un cine porno en Veracruz*. México, ITACA, 2017, p. 26.

8 Judith Butler. *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires, Paidós, 2002, p. 131.

Sinesio

Sinesio despertó aquella mañana con un deseo irrefrenable de orinar, fue al baño y cuando se paró frente al escusado se percató de que algo faltaba. Una sensación de desamparo lo recorrió de pies a cabeza mientras la angustia acentuaba su sospecha.

Sin atreverse a palpar el lugar de aquella ausencia y con sobradas ganas de expulsar el líquido acumulado durante la noche, tuvo que sentarse para mear.

Una vez que terminó, entonces sí, con mucho cuidado se tocó los lugares cercanos a la entrepierna, primero con calma y luego con avidez. Hurgó, palpó, volvió a tocar, se persignó. Se tentó una vez más hasta que tuvo la certeza de que, efectivamente, su orgullo había desaparecido quedando solamente un par de bolas huérfanas.

Quiso gritar, pero se contuvo. Llevándose ambas manos a la cabeza, lloró en silencio. Su esposa, su hijo y su perro podrían escucharlo. No solo eso, ¡descubrirlo! Se tentó y se volvió a tentar. ¿Cómo era posible que aquello le faltara?, ¿qué error trágico había cometido?, ¿por qué le había pasado eso a él, quien tenía fama de ser el más promiscuo de la oficina, el mejor amante de la universidad, el primero que se acostó con una chica en la secundaria?

Sin darse cuenta de que la mañana avanzaba inexorable, Sinesio continuaba encerrado en el baño de su pequeño departamento. Al poco tiempo, su hijo tocó la puerta con desesperación, pues necesitaba hacer del uno.

—Está ocupado —gritó Sinesio, con voz exageradamente grave, no fuera a ocurrir que su timbre de galán cinematográfico desapareciera también, ¡qué horror!, y si todas sus partes viriles sufrían una ausencia semejante?

Con temor profundo se miró detenidamente frente al espejo. Ahí estaba su tupido y grueso bigote,

los pelos de su pecho seguían intactos, los bíceps no habían disminuido. Escupió al lavabo y el escupitajo tuvo la misma consistencia y color que siempre. Todo seguía igual. Menos lo que más orgullo le daba. Se sentía derrotado.

Durante varios años, **Ignacio** acudió al Centro Vlady de la UACM para resguardarse bajo la sombra benéfica del poeta David Huerta. Le gusta pasear a su perro Mordisko tanto como la cumbia.

Afuera del baño, el niño no paraba de llorar, el perro ladraba y la mujer gritaba pidiéndole que saliera.

Sinesio se subió el calzón, no sin antes ponerse un bulto de papel de baño en el lugar de su carencia y salió caminando con las piernas abiertas como todo un macho, aunque profundamente descompuesto por dentro.

Niño, madre y perro entraron e hicieron sus necesidades fisiológicas. Uno primero, otra después y más tarde el tercero. Sí, a falta de jardín, el perro orinaba en la coladera del baño.

¡El perro orinaba y tenía con qué hacerlo! Qué desgracia tan grande era todo aquello para el galán del bigote imperial.

Al poco rato Sinesio se debatió entre contarle de una vez a su mujer o no hacerlo, aunque tarde o temprano ella lo descubriría. Sudaba, se sobaba las manos, miraba hacia su entrepierna con ansia y angustia, y se preguntaba “¿por qué?, ¿por qué yo?”

Su esposa se acercó y al verlo tan mal, preguntó qué ocurría, qué le pasaba.

Ante los ojos desconcertados de su mujer, decidió no abrir la boca y mantener el secreto con la esperanza de que pronto recuperaría el miembro perdido.

El tiempo seguía corriendo y el día laboral estaba a punto de comenzar. Bebió un poco de café y sin nada más en la panza... ni abajo de ella, apuró al niño para terminar el desayuno.

Una vez más se encerró en el baño. Se quitó el bulto que se había hecho con papel sanitario y se puso un calcetín para tener más volumen. Así se sintió seguro y se dispuso a llevar a su hijo a la escuela.

Cuando su esposa quiso darle un beso, él se echó para atrás como si hubiera sentido un choque eléctrico.

—¿Por qué te alejas de mí?, ¿me tienes hasta el co-pete! —dijo ella, aunque no usara copete pues siempre se recogía el pelo.

Sinesio no contestó al reclamo de su mujer. Junto con su hijo se subió a su Mustang rojo y manejó como autómatas hacia la escuela.

Al dejar al niño, Sinesio no le cerró el ojo a la *Miss* como todas las mañanas, mucho menos le apretó

Un día, como cualquier otro, un buen hombre se despierta, va al baño a orinar, pero su cuerpo le prepara una sorpresa...

la mano con coquetería. No. Regresó rápidamente al automóvil, lo encendió y pisó el acelerador rumbo a su oficina.

En medio del tránsito matutino caviló preocupado.

¿Iría a ver a un médico especialista?

—Doctor fíjese que hoy, cuando fui al baño, mi...

¿Consultaría a algún compañero de confianza?

—Oye ca, me urge hablar contigo, no estás tú para saberlo, pero mi mejor amigo, el vecino de abajo, desapareció.

¿Pediría ayuda a su madre?

—¡Auxilio, mamá!

¿A su abuelita?

—Abue, cuando desperté, mi *pirrín* no seguía ahí.

No, no, no, no y no. Nadie debía saber su desgracia.

Al llegar a la oficina, caminó como charro y, sobándose los bigotes, no le dio su acostumbrada nalgadilla a la recepcionista. Tampoco aventó el fugaz y cotidiano beso a su secretaria. No. Fue directo a su computadora y *googleó*: pérdida del miembro masculino. Un sinfín de páginas aparecieron, así como su jefe. No en la pantalla de su ordenador, sí en la puerta de su oficina. Él, lo urgó a entregar un proyecto, mismo que Sinesio no logró siquiera iniciar. Tenía la cabeza totalmente ocupada, no podía dejar de pensar en la falta de *aquellito* o *aquellote*, como él solía nombrarlo.

Al medio día el café de la mañana hizo su efecto y tuvo que ir al baño. Para su desgracia uno de sus compañeros sintió ganas de orinar al mismo tiempo que él. Sinesio se adelantó para evitar pararse frente al mingitorio, corrió entonces a meterse a un privado. Al poco, lágrimas corrían por sus mejillas mientras escuchaba, con envidia, cómo el chorro de su compañero salía del lugar adecuado. Se hizo guaje un rato fingiendo que iba a cagar. Cuando se aseguró de que su colega había salido del baño, se bajó los chones y entre lágrimas, una vez más orinó sentado.

Para su mala suerte, el compañero regresó y echó un ojo hacia el privado dónde asomaban los pies de Sinesio, con el pantalón abajo. Al escuchar el sonido de su meada, se burló de él.

El pobre y vapuleado galán regresó a su escritorio. Intentó iniciar el proyecto que le había ordenado su jefe. En eso estaba cuando, sin querer, se tocó el lugar de su pérdida y sintió que ahí estaba nuevamente su queridísimo amigo. Esperanzado se volvió a tocar, miró hacia todos lados, sonrió y respiró aliviado; tranquilo palpó su orgullo dormido y suspiró. Sin duda aquella mañana había vivido una ficción, una fantasía, un cuento chino.

Ahora sí inició su proyecto tranquilo y en paz. Todo había sido una ilusión.

Por la tarde, ya casi al salir, tuvo que ir al baño una vez más y al desabrocharse la bragueta, ¡zas!, saltó el calcetín. No había nada más. “Síndrome del miembro fantasma”, recordó que había leído en internet.

Gritó furioso, salió del baño y dejó la oficina mentando madres. Causó susto, miedo y sorpresa en sus compañeros. Ya en el coche tomó su teléfono celular y buscó ayuda en línea.

Múltiples resultados salieron, desde enfermedades del órgano sexual, tamaño, curvatura, cambios con la edad, hasta el mentado síndrome fantasma. ¡Eso! Eso era. Su orgullo se había vuelto un fantasma.

Tomó camino hacia el mercado de La Merced donde había hierberos, curanderos y brebajes. Buscó aquí y allá. Hasta que, agotado, se preguntó a sí mismo:

—¿A dónde quieres llegar con todo esto? Suspiró, regresó a su casa. Era un hombre derrotado.

Muerto de cansancio, no saludó a su mujer ni a su hijo, ni mucho menos al perro. Se metió a la cama teniendo cuidado de quedar nalguita con nalguita al lado de su esposa, no fuera a ser que ella quisiera acción durante la noche. Intentó dormir.

Al día siguiente, al amanecer fue al baño y una vez más orinó sentado. Volvió a su cama y al mirar el rostro de su esposa, iluminado por un rayo de sol que se colaba entre las cortinas, vio que un ejército de pelillos incipientes crecía a ritmo acelerado sobre labios y barbilla. Con sumo cuidado le quitó la sabana y la miró con detenimiento de cabo a rabo. ¡Rabo!

Dio un grito al percatarse de que un bultillo crecía entre las piernas de su mujer. ●

Amor sin pies ni cabeza

En los encuentros sexuales se juntan,
como dice el dicho, “el hambre y las ganas
de comer”.

Si una relación debe empezar con buen pie, la nuestra no pudo comenzar mejor.

La conocí al principio del verano, en una fiesta del campus. Bailaba descalza sobre una mesa y, al fijarme en ella, saltó al suelo invitándome a seguirla. La rodeé con los brazos, se subió a mis pies y la música nos encerró en una burbuja que flotó solo para nosotros.

Terminamos la noche en mi casa. En cuanto entramos, ella tomó la iniciativa. Me empujó sobre el sofá, me quitó los zapatos y me arrancó los calcetines. Ninguna otra parte de mi anatomía le interesó, solo tuvo ojos y manos para los pies. Los acarició, alabó su perfección, los besó. ¿Cómo reaccionar ante un ataque tan insólito? Claudiqué a sus deseos y la dejé seguir.

Aquello se repitió cita tras cita. Ella me tomaba los pies y yo, que no quería meter la pata, obedecía y callaba. Dolido, sí, porque mi ser, compuesto de alma y algo más de cuerpo del que a ella le interesaba, no conseguía captar su atención.

Su fervor me parecía inaudito, pues nunca me había sentido orgulloso de mis extremidades.

Las manos, gordezuelas y torpes, me avergonzaban y tendía a esconderlas dentro de los bolsillos. No obstante, lo peor eran los pies. Eran grandes, (calzaba del número 48) feos y desproporcionados para una persona de mi estatura (1.40 m). Los odiaba; podía soportar la condescendencia que mi altura provocaba, pero los zapatones me mortificaban. De niño, me hacían sentir un payaso enano al que invitaban a las fiestas para

amenizarlas. Y, actualmente, en mi treintena de años, los considero, además, responsables del rechazo con el que las mujeres, invariablemente, responden a mis intentos de acercamiento.

Patricia adora las historias fantásticas. Su ilusión es ver un fantasma, pero si se encuentra con alguno, no se dará cuenta porque es una miope perdida.

Siempre había ocurrido así, hasta que una noche, la alumna más hermosa de la facultad se posó sobre ellos y me enseñó a volar al ritmo de una música que me hipnotizaba. Luego de esa noche viví desorientado, confundido por una vanidad de macho seductor que, en el fondo, no acababa de creerme. Pero ¿cómo resistirse? Cerraba los ojos y me entregaba al ritual que la diosa exigía.

Ella, reía y jugaba con mis pies. Lo que más le gustaba era mordisquearlos, sobre todo, los dedos. “¡Que te como!”, solía gritarles. Además, con el mimo de una madre primeriza, los cuidaba como a los de un bebé; los lavaba con jabones suaves, les cortaba las uñas y los masajeaba con cremas perfumadas.

Una tarde cumplió su amenaza; mordió tan fuerte mis pies que me arrancó un meñique. Y se lo comió. Así, sin inmutarse. Sin pedir perdón ni correr al hospital para intentar reimplantarlo. Se concentró en paladearlo, masticarlo despacio y tragarlo con un suspiro de satisfacción.

Es cierto que enseguida suturó la herida con un hilo especial que llevaba en el bolso. “Para emergencias”, dijo.

¿Por qué no reaccioné? Tal barbaridad exigía una respuesta contundente. Tenía que haber roto mi relación con ella en ese instante. Sin embargo, dejé que sus caricias y cantos calmaran el temblor que me sacudía, por dentro y por fuera, y acabé dormido entre sus brazos.

Al día siguiente, más centrado, recordando la sangre y el crujido del hueso entre sus dientes, resolví impedirle la entrada a mi casa. ¿Lo hice? No, en cuanto apareció su figura candorosa, me desprecié por haber pensado en alejarme del ángel que me trataba como el hombre que era, no como el enano que los demás contemplaban con lástima. La pérdida del meñique había

sido un accidente. Y esta sorpresa nos había anulado el sentido común a los dos. Nada más que añadir.

Pero hubo más. Esa misma tarde, mientras me hacía cosquillas en la planta de un pie y yo me retorció de risa, se llevó el pulgar a la boca y se lo zampó. Todo se repitió: el paladeo, la trituración, el suspiro, la sutura y los arrumacos.

De nuevo, fui incapaz de rebelarme. Sus ojos eran dos estrellas que refulgían de placer, ¿de verdad estaba dispuesto a vivir de nuevo en la oscuridad?

Cualquiera me hubiera llamado pusilánime y otros adjetivos peores. Sabía que mi pasividad no estaba bien, pero el enamoramiento me proporcionaba la única felicidad que había conocido en toda mi vida; aunque fuera malsano e incomprensible, a pesar del dolor.

A los diez días de la primera amputación, no me quedaban dedos en los pies. Estaba, a la vez, furioso y resignado. Furioso por la falta de explicaciones o de arrepentimiento por parte de ella; resignado porque la tortura había terminado, pues ya no quedaban más apéndices que arrancar.

Me ilusioné pensando que, a partir de ese momento, nuestra relación iba a tomar un rumbo que la transformaría y que nos uniría con un lazo más fuerte, al fin.

No podía estar más equivocado. Todavía quedaba carne en el asador.

Al cumplirse nuestro primer mes juntos, el daño al caminar apenas me molestaba ya. Rellené con algodón la punta de los zapatos para amortiguar los roces de mis pies con la puntera del zapato y bajé al mercado. Quería preparar una cena inolvidable que marcara el inicio de esa nueva etapa del amor. Compré ostras, faisán, el mejor vino. Todo era poco para ella.

Adorné la mesa con velas y flores, saqué la elegante cubertería de la abuela, elegí una música apacible y

esperé su llegada. Se presentó radiante y se emocionó tanto al descubrir mis arreglos que me brotaron las lágrimas. Sentí dicha y envié un agradecimiento al cielo porque me había enviado aquel ángel: no me cabía nada más en el corazón y la cabeza.

Cuando me abrazó y me aupó hasta la mesa, permití, como siempre, que tomara las riendas. Me abandoné a las cosquillas de sus lametones y cerré los ojos. Me agradó escuchar cómo alababa el filo y el peso de los cuchillos de plata. Me amarró con firmeza y la punta de uno de ellos comenzó su hiriente labor.

Los vecinos, alarmados por mis gritos, llamaron a la policía, que acudió al piso rápidamente. Los agentes se vieron obligados a tirar la puerta para entrar y detener la carnicería. Me trasladaron a un hospital con lo que quedaba de mis pies, pero nada se pudo hacer con los huesos mondos encontrados sobre el mantel.

Ella no opuso resistencia al arresto ni explicó su comportamiento. El juez, sobrecogido por su hermetismo, ordenó su reclusión de por vida en una institución mental.

En cuanto a mí, me mandaron a una inútil terapia. La extraño y nada me consuela. La pérdida es demasiado grande. ¿Cómo olvidar aquellos momentos que nunca más se repetirán?

El abogado dice que mi perdón puede proporcionarle unas condiciones más favorables en su encierro, como el permiso para recibir visitas. Ardo en deseos de mostrarme ante ella como lo que soy ahora; un ser diferente.

Sí, es la mujer que me hizo perder la cabeza, pero gracias a ella me transformé en un hombre nuevo. Gracias a su devoción, gané centímetros de altura con las prótesis y perdí cuatro números de talla en mi calzado. ¿Cómo no perdonarla? ●

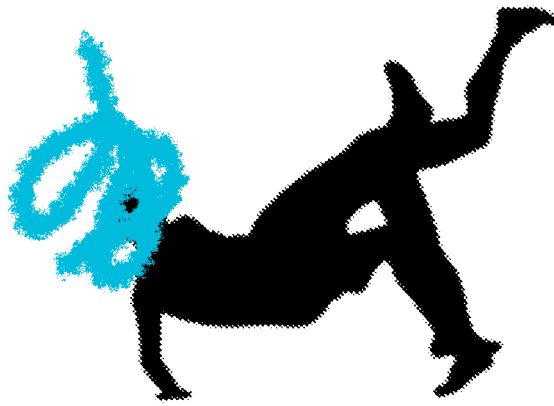
Antropología del ritmo

¿Qué tanto el deseo puede ser entorpecedor, ¿y hasta paralizante? Este cuento nos lo ilustra con ritmo.



Qué es lo que me fascina de ella?, ¿el immaculado tono de su voz?, ¿la indefinible arborescencia de su piel?, ¿la discreta perfección de sus formas de mujer ambarina?, ¿el longitudinal secreto que se oculta tras su mirada de niña inquieta?, ¿la desafiante manera de perderse entre la multitud?, ¿el anguloso cromatismo de su ensortijada cabellera? No, quizás sea algo más, algo mucho menos performático, menos tendiente al devaneo intelectual. Desde que nuestras miradas se cruzaron, acaso por azar, o por suerte de una difusa predestinación, advertí que en ella nada se avenía a lo ordinario. Tampoco podría decir que su ser se hallara aureolado por los vapores de un enigma irresoluble. Al observarla, me veía tentado a compararla con el perezoso gato de mi vecina adolescente; un hermoso ejemplar de tal blancura que hechiza con su pelaje antártico e invita a la gozosa expansión de la mirada. Aquel minino cautivaba por la exuberante simplicidad de su existencia: sutil, zigzagueante, atlético, evasivo, juguetón, aristocrático, ajeno a la siempre abominable testarudez humana. Supongo que las maneras que Sara desplegaba en su immaculada cotidianidad respondían a una instintiva economía de movimientos. Difícil, mas no imposible, imaginarla al interior de su alcoba estudiando frente al espejo las gesticulaciones, los ademanes, los movimientos y hasta las dulces palabras que sus diminutos labios proferían con un dejo de cierto y desinteresado misticismo. Yo no era el único que reparaba en la singular, a veces numinosa, presencia de nuestra compañera. Llegué a enterarme que hasta el personal de intendencia estaba embelesado con la áurica simplicidad de la recepcionista bilingüe. Por supuesto que en algunas mujeres no en todas, —claro está— suscitaba un repudio feroz animado, quizás, por una envidia inherente a la condición humana. No faltaba quien la tildara de pretenciosa, lesbiana —y no porque el lesbianismo sea una abominación cultural, sino por ir en contra de lo establecido— arrogante, manipuladora, mojigata, anoréxica, ¡vaya!, hasta llegar a inusitados extremos como: sibila, hereje, bruja, entre otros apelativos de risible imaginaria. Lejos de tanta ignominia, ella era todo, menos lo que las compañeras de lengua viperina le imputaban a hurtadillas —tal como actúan los cobardes— con saña inquisitiva. Recuerdo que un día coincidimos en el elevador. Era un viernes de pascua, lo tengo muy presente porque el vientecillo salitroso, proveniente de la playa La rosita que se encuentra tras los murmurantes acantilados donde los nenúfares rendían culto a las estalactitas celestes, anunciaba el prodigioso y sobrenatural minimalismo de las chocalatinas en forma de conejo. Subimos al ascensor en completo silencio. Al mirarla comencé a hiperventilar sin poder evitarlo. Su presencia me colmaba a tal punto que un calorillo proveniente de no sé dónde se filtraba escabrosamente a través de mi piel haciéndome sudar como un chanco en primavera. Ella se encontraba delante de mí en toda su imprecisa y cosmológica

Juan Carlos es un antropólogo que descrea de la antropología; es amante de los gatos, aunque jamás ha tenido uno. De cuando en cuando mira hacia el cielo en busca de una fuerza superior que nos ponga en nuestro lugar como especie.



magnificencia. La delgadez de su cuello, ataviada por unos rizos castaños que caían como gotas evanescentes sobre unos hombros de aterciopelada embriaguez, comenzó a arrullarme a causa del oscilante vagabundeo de sus rizos. Su sedosa cabellera seguía el hipnótico y cadencioso ritmo del aire que se filtraba por las finas oquedades de la puerta. Aquello era, sin apelar a los efluvios de la exageración, una coreografía elegantísima cuyo único artífice, de alucinante y sofisticada elevación poética, actuaba sin ninguna pretensión. Cerré los ojos y traté de abandonarme a los invisibles influjos que penetraban, silentes, en la desenfrenada y angulosa porosidad de mi ser. Sin darme cuenta, mi cabeza comenzó a moverse de un lado a otro adoptando un vaivén semejante al que se observa en la mar cuando se encuentra en una quietud relativa y engañosa. No solo mi cabeza se hallaba sumergida en una danza de minúscula temporalidad; no. También mis pensamientos se desplazaban al compás de las olas que se camuflaban, llenas de algarabía, tras la serpenteante espiral de los aromáticos rizos. No sé por qué, de pronto, me imaginé en medio de un ring de lucha libre, desafiando, con movimientos antinaturales, a un par de combatientes embozados con máscaras fluorescentes adornadas con lentejuelas; nos enfrentábamos en una lucha cuerpo a cuerpo sin que el bullicio de los aficionados nos distrajera de lo esencial: vencer al otro para quedarse con su título de campeón-cosmonauta. Lo extraño era que mi estrategia no consistía en el despliegue de una técnica sustentada en candados, martinetes, tirabuzones, cangrejos; mi técnica, más bien, se afianzaba en un conjunto de movimientos semejantes a los de una bailarina rusa ejecutando la sutilísima obra *Giselle*. Si ello fuera posible, resultaría un combate estridente y distópico puesto que los estilos y las maneras de enfrentarse se contraponen sin posibilidad de establecer un equilibrio corporal, deportivo, estético y visual. Al despertar de aquella ensoñación ella continuaba de espaldas, frente a mí. Antes de que el elevador llegara al décimo piso —ambos trabajábamos en el mismo piso, pero en diferente oficina— volteó a mirarme esbozando una seductora y pérfida sonrisa dejando al descubierto una dentadura casi infantil, más blanca que un copo de nieve. Supuse que, en algún momento de mi extravío, me sorprendió con los ojos cerrados

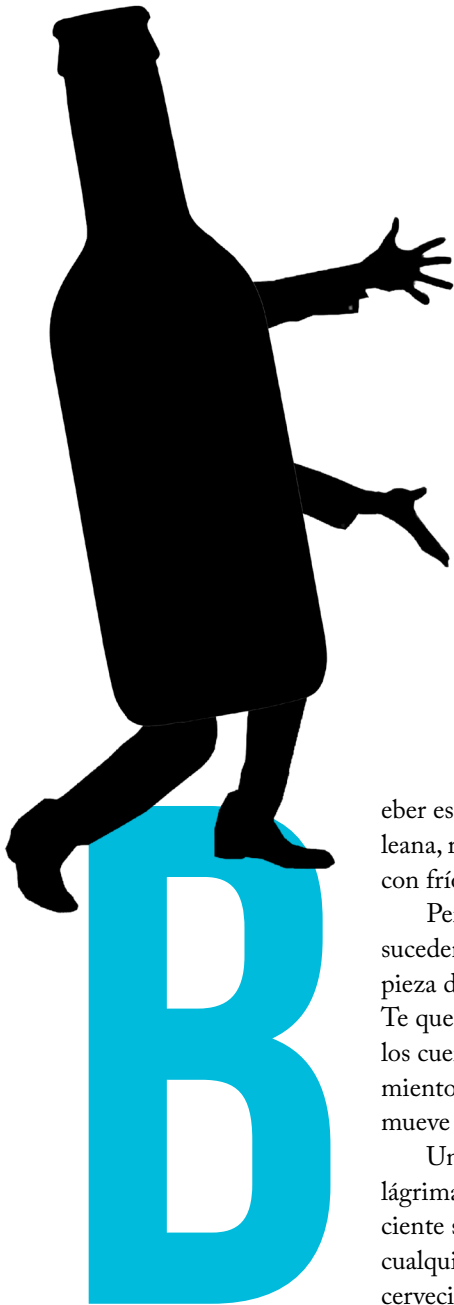
arqueando acompasadamente la cabeza. Confieso que experimenté vergüenza, una incómoda perplejidad con solo imaginar su mirada de asombro al verme de aquel modo. No pude evitar ruborizarme, por lo que volví a cerrar los ojos para refugiarme en el silencio de mi respiración. Descendimos uno detrás del otro tomando cada cual caminos diferentes. Sentado en mi lugar rememoré lo sucedido dentro del elevador. ¿Había sido posible que un hombre como yo, más rígido que un bloque de concreto, carente de flexibilidad por la falta de actividad física, se hubiera abandonado, sin ninguna resistencia, al vaivén de unos rizos de diamantina hermosa?, ¿en qué momento sucumbí ante el hechizo de una musicalidad de notas inaudibles? No porque fuese un crimen dejarse llevar por una melodía proveniente de una región etérea —eternamente desconocida—, por un ritmo salpicado de reminiscencias, por una sonoridad que evoca las milagrosas manifestaciones de un espíritu que huye, como un lince de la fría, funesta y estéril representación, sino porque para alguien acostumbrado a la inmovilidad (a la monotonía de los minutos que se deslizan tras la miserable jornada detrás de un escritorio lleno de expedientes, a la instintiva predisposición al movimiento), esa cadencia animal, atravesando las contraídas capas de la piel, resulta a todas luces una aventura anterior al imperio de la razón que trasciende cualquier pálido umbral de intoxicación enteógena.

Qué cobarde fui al no haberme atrevido a hablarle. Son más de siete años los que llevo dentro de la compañía y no he podido, siquiera, intercambiar los “Buenos días” con ella. No es falta de aplomo, ni mucho menos por apocamiento espiritual; su presencia —no sé debido a qué— me sume en un estado hipnótico. Algún día —me dije— superaré la granítica narcolepsia que experimento ante su presencia y entonces... Mientras discurría en ello, Sara se asomó por la ventana frontal de la oficina; mirándome con los ojos risueños, —mordiéndose los labios— y trazando con la cabeza un movimiento pendular, sin hacer otra cosa que agitar sus adorables rizos; no dejaba de balancear su cabeza hasta que un infame retortijón me obligó a ventosear. Fue en ese momento que se alejó, definitivamente, para jamás concederme una vaga sonrisa. ●

ANS MOORE

La borrachera

“¿No quieres un trago?” resuena la voz interna y desencadena la explosión de respuestas corporales que nos recuerdan lo difícil que es ser un buen bebedor.



Beber es sumamente fácil. Te juntas con una bola de cinco o más personas y bebes, juegas po-leana, ríes, pierdes, te enojas, te agarras a golpes, lloras y finalmente te duermes, ahí en el piso, con frío, con lluvia, con sol... como sea.

Pero ser un buen bebedor es difícil. La rutina cambia completamente. Muchas emociones suceden dentro del bebedor sin ni siquiera haber bebido una sola gota de alcohol. Todo empieza desde el pensamiento naciente, con esa voz interna susurrando “¿No quieres un trago?” Te quedas en shock mientras tus labios secos empiezan a cuartearse y te quitas con los dientes los cueros resecos que aparecen. Tus dedos juguetean conteniendo la ansiedad de ese pensamiento, tu boca traga la saliva insípida que a duras penas has acumulado, la punta de tu pie se mueve al ritmo cardíaco de tu inestable corazón.

Un buen bebedor es aquel que ya ha hecho muchos juramentos donde, de rodillas, con lágrimas en los ojos y la moral en el suelo jura no volver a beber jamás. Pero la pregunta naciente se convierte en un recurrente pensamiento, provocándote en medio de una reunión cualquiera, azotando los látigos de las palabras: “Me falta un trago, ¿no sería buena idea una cervecita?, ¿un traguito de mezcal, tequila?, ¿una cubita? Nada más una.”

La pena te invade, ya te lo habías prometido, jurado por tu madre, por la virgen. Ya no beberías. Pero se te antoja. Tres meses sin probar licor, te lo debes reconocer. Nadie te lo reconoce, nadie ve tu esfuerzo. Qué injusticia... para ti.

Te llevas una mano a los labios y te pierdes en el jugo de arándanos sin chiste, sin gracia, que tienes en la otra mano sudorosa. Ese vaso de cristal, en un momento en tu imaginación, se vuelve añicos. Tu percepción te dice que todos te observan como su bufón, tú sonríes y empiezas a repudiar a todos, a todos los que están felices y contentos, que piensan que eres tonto por embriagarte con nada. No saben que sudas sangre cada vez que pasas por un bar, que tiembles, cinéticamente, cuando te acercas a una cantina o a una tienda, que tu corazón rebota y te lastima cuando pasas frente a un puesto de pulque, de gomichelas. Mientras, los otros disfrutan y ríen, eufóricos, ajenos a ti. Y tú miras receloso a metros o centímetros de ellos.

Todos esos meses de sobriedad te han llevado a ser compulsiva. Eso se refleja en ser limpia, con modales, alguien que puede ganarse unos pesos y que ya tiene un guardadito; que es

Ans es aprendiz de pintor. Es una chica, aunque las circunstancias, a veces, la lleven a actuar (y a veces desear ser) como otro ser. Vive en constante tristeza, lo cual le permite ver lo hermoso del mundo y llorar su pérdida.

sociable, que saluda a sus vecinos, que parece amar los paisajes, el verde y la tranquilidad que la cabeza agachada puede otorgarle. Pero no eres feliz.

Los días pesan cada vez más, las risas estruendosas y el olor del alcohol te invaden. En tu cabeza solo suena, como un rezo: “¿quieres una chela?, ¿quieres una chela?, ¿quieres una chela?, ¿quieres una chela? Quieres una chela.” El retumbar sonoro en tu cerebro solo busca que explotes, que salgas corriendo a arrebatárselo a cualquier ebrio de esquina su trago. Tu cuerpo se violenta y solo tienes que salir.

Entonces mientes. Dices que vas a despejarte un rato, pero en realidad vas al otro pueblo en busca de un extraño que pueda venderte sin reproche unas gotas de alcohol. Con tu guardadito en mano, unos trescientos pesos, sales y ves para qué te alcanza. Pero aún estás sobria y eres consciente de lo que haces, te juras a ti misma ponerte un límite de cien. “Sí, sí, solo gastaré cien pesos”

Y empiezas a pensar en el sabor, en la amargura de tu garganta, en el mismo sabor de todas las malas situaciones que has afrontado. Tus ojos se llenan de lágrimas, pero las contienen. Y por fin te reconoces. Aceptas que has sido valiente todo este tiempo, que no has necesitado beber, pero que has pasado por mucho: dolores, enojos, frustraciones, tristezas y... arrepentimientos.

Entonces sí, te lo mereces. Pero no. Así no. No eres un borrachín más.

Compras lo que necesitas con tu límite de cien pesos que al final se vuelven ciento cincuenta por la botana.

Guardas tus dos caguamas y una cañita de oro. Por si la cerveza no fuera suficiente.

Entras a hurtadillas a la casa. Sacas tu tesoro, lo ves, destapas tu primera cerveza y la dejas en tu mesa. Tu cuerpo advierte la presencia de adrenalina, nostalgia y dopamina. La admiras y dudas. Con miedo, decides que guardarás tu cañita para otra ocasión. Así tendrás provisiones y no gastarás tanto la siguiente vez.

Das tu primer trago. Éxtasis, ¡delicia! Y bebes y bebes, y vacías la mitad de la botella. Y lloras. Debiste de haber comprado solo dos latas de cerveza. Solo dos latitas ¿Por qué dos caguamas? Tus piernas flaquean, tus brazos se tensan, pero aun cansados, se relajan.

Escuchas un ruido fuera de la casa, te pones tensa nuevamente mientras sientes una bomba a punto de estallar en tu pecho. Escondes todo rápidamente. Pero estás sola. ¿Quién podría verte? Se te ha bajado el mareo que empezabas a sentir. Sacas tu vicio y empiezas a detestarlo, así que sigues bebiendo. La vejiga te pide un descanso y vas a orinar. Mientras te diriges al baño, tu cuerpo se siente ligero, te sonríes al recordar que antes del periodo de sobriedad tardabas más tragos para empezar a sentirte así. Al terminar la primera caguama te regañas: “Vamos, ya no eres una vulgar ebria” así que vas por un vaso, unos limones y sal. Te faltan el chamoy y las gomitas, pero aún no te perdonas del todo para consentirte tanto.

Al destapar la segunda botella pones música, cantas y te chuleas porque tu voz te suena bonita. Pronto te pones a bailar. Tus brazos, tus piernas, tu cara y tu sexo hormiguean. Te amas. Sientes tus movimientos tan sutiles, limpios, elásticos, suaves. Eres una bailarina fina y profesional.

Antes de llegar al fondo de la segunda y última botella, piensas: “Debí haberme traído tres caguamas. Debería ir por otra”, pero cuando ya estás en la puerta, agarrando la manija, te paralizas, sientes ardor en tus mejillas y tu respiración se vuelve agitada. Sientes vergüenza. Y miedo.

Entonces abres tu cañita de oro, le das un trago y te sabe asquerosa. “Es un avance”, te dices, y te sientes contenta, entonces la cierras y la vuelves a dejar en su escondite. Te vas a dormir dejando los cascos sobre la mesa. Y duermes tranquila y profundamente.

Despiertas abriendo los ojos de golpe, y escuchas al fondo: “Hija, ¿otra vez?” ●



Sentipensares desde el desempleo

¿Cuáles son los vínculos entre
clase social y corporalidad?

E

l cuerpo de cada ser humano es, según se dice, un templo. Espacio de vida y gozo, al que desde tiempos inmemoriales se le rinde culto y un particular cuidado por lo que es indispensable mimarlo, quererlo, procurarlo. El sistema económico, político y social en el que vivimos hace leña del cuerpo venerado: si necesita divertirse, están las bebidas de toda índole, desde las energéticas hasta las embriagantes; si requiere descansar, las pastillas acuden al auxilio hasta generar una dependencia infinita; si precisa de alimentación, la oferta abarca frituras, hamburguesas y alimentos procesados de varios tipos no siempre benéficos para él; si se busca embellecerlo, las cirugías estéticas y productos cosméticos están a la orden. Para el capital, el cuerpo es un nicho de mercado ampliamente rentable y sus padecimientos son, en gran medida, generados por los mismos productos que ofrecen la felicidad y la mejora; todo en uno: el malestar y el remedio. Nancy Fraser tiene la pluma llena de razón: el sistema es, sobre todo, un sistema caníbal y de distintas maneras se devora a sí mismo; los cuerpos que producen las riquezas son quienes mayormente pagan las consecuencias con su desgaste.



René Descartes decía que el pensamiento es el que da sentido a la existencia. Si bien no mentía, lo cierto es que éste surge inevitablemente del cuerpo, de él parte y a él vuelve. Porque el ser humano es, como señalaba Eduardo Galeano, *sentipensante*. Para que el acto y efecto de pensar exista necesita del acto y efecto de sentir, uno y otro enfrentan las adversidades del mundo, uno y otro gozan sus bonanzas. Pero ambos, cuerpo y pensamiento, están condicionados por el contexto en que habitan y los habita. El medio decreta el pensar y fija el sentir. En las grandes ciudades, los problemas respiratorios están a la orden e invaden nariz, boca y pulmones, se respira mal y, por lo tanto, se vive mal. Un cuerpo que mal respira, enferma. La rapidez de la urbe, la contaminación visual y auditiva hacen que el cuerpo actúe de cierta manera, sin posibilidad de gozar del ambiente y de la calma de los pasos. El tiempo, que es el tiempo supeditado al medio laboral, amenaza y estresa, y el estrés daña el cuerpo y con el cuerpo dañado mal se piensa, mal se actúa. Como muestra de esto es el calvario que se sufre para trasladarse en transporte público, especialmente si se vive en la periferia y se viaja hacia el centro de la ciudad. Intentar subirse al metro de la Ciudad de México entre las 5 y las siempre horas de la mañana en la estación Pantitlán es una batalla. El panorama es caótico, hay gritos, empujones, golpes, maldiciones, llanto, frustración, desesperación. El enojo se vive

José es Doctor en Estudios Latinoamericanos. Marxista erótico de la línea radical utopista. Por culpa de Eduardo Galeano es un humilde aprendiz de palabrero. Practicante de la cruzazulinidad en grado extremo.

en el pensar y se siente en la piel. El día apenas inicia, pero ya hay dolor en los pies por no alcanzar asiento e ir parado un largo y lento trayecto; la cabeza quiere estallar. Por la tarde-noche, el regreso a casa es casi igual que en la mañana, pero con más cansancio y mayor hartazgo.



Según la sabiduría popular, si el cuerpo duele es porque sirve. Sin embargo, hay de dolores a dolores dependiendo de la clase social a la que se pertenece. En los pobres, hay dolor de hambre y de preocupaciones por intentar llegar a fin de mes con algo de dinero en el bolsillo; dolor de inundaciones en la temporada de lluvias (como en estos días en Chalco); dolor de incertidumbre porque la plata no alcanza para el médico y el alquiler o porque las deudas acogotan hasta perder el sueño. Desde luego, las dolencias no son iguales si se piensa en la clase social dueña de todo. ¿Qué duele en el alma y el cuerpo cuando la estabilidad económica ayuda a no enfermarse? No es que en el glamur y en el poderío económico los cuerpos no enfermen o no duelan, pero las dolencias y enfermedades no son, ni por asomo, comparables con las de quienes casi lo único que tienen es su cuerpo, y la mayoría de las veces no tan sano como se quisiera. Los malestares del cuerpo son, de igual manera, malestares del pensar. Somatizaciones, les dicen. Para quienes tienen el dinero, los terapeutas son la salida de mejora, pero ¿qué hacen aquellos cuyo ingreso económico es casi tan mínimo como su bienestar emocional? Para ello, el conocimiento y la experiencia de los más adinerados recomienda la terapia ocupacional; dicho en buen cristiano, el consejo es, básicamente, trabajar. En parte es verdad. Trabajar aporta tranquilidad, pero también la quita; ayuda a la salud, pero igualmente la merma, sobre todo si las condiciones son de exceso y precariedad.



Marx y el Che Guevara pensaban que el trabajo debería ser expresión del crecimiento y la proyección de la plenitud humana. El problema es que el capitalismo hace que el trabajo sea poco menos que un martirio. Además, según la lógica neoliberal, el ser humano debe estar agradecido y sentirse privilegiado por tener *alguito* de trabajo y *alguito* de paga, así uno y otra son tan mucho y poco a la vez mínimos que apenas perminten sobrevivir. Como lugar común se dice que el trabajo dignifica, pero sucede que las condiciones de trabajo, se trate de la oficina o la obra, son tan poco dignas que menoscaban al ser humano. El ser humano es poco a poco menos humano y se convierte en un pequeño engranaje prescindible del funcionamiento de una enorme maquinaria de producción de riqueza. Aunque en realidad las y los trabajadores sean tan necesarios como el agua y el aire, el sistema de explotación se las ha arreglado para desecharlos cuando, por ejemplo, exigen mejor paga o adecuadas condiciones

laborales. El capital tiene a sus pies un enorme ejército de desempleados del cual echar mano si algún brote de descontento surge. Más vale, entonces, trabajar como sea y agradecer el trabajo. ¿Y cuando no hay trabajo?



Llevo nueve meses sin empleo, el mismo tiempo en el que se gesta la vida. Tengo el desempleo en todo el cuerpo. La ansiedad no me deja en paz. La cabeza me molesta como nunca. No me concentro. La tensión muscular es insoportable. Se me pasan las fechas de convocatorias para actividades académicas porque, día a día, envío currículums a todas horas y todas partes, no pienso en nada más. Soy integrante de ese ejército de reserva de los “sin trabajo”. A estas alturas, estaría básicamente dispuesto a aceptar cualquier mala paga de cualquier mal trabajo en cualquier mal lugar, casi sin importarme las horas de traslado y el hastío. Mis raquíticos ahorros empujéñecen a cada hora. Me duele el estómago y la gastritis se dispara. Las noches son de insomnio. No descanso. Duermo casi nada. Despierto esperando una respuesta positiva a alguna solicitud de empleo. Lloro. Me desespero. Somatizo. El cuerpo me exige que pare. La dermatitis aparece. Estoy agotado de no trabajar. Me culpo. Me digo que nunca debí quejarme del antiguo empleo. Nunca debí haber dicho lo que pensaba realmente en las reuniones académicas. ¿Terapia?, ¿con qué plata? ¿Ejercicio?, un poco, tal vez. Me escapo momentáneamente, sin proponérmelo siquiera, de ese nicho de mercado que el cuerpo es. No respiro bien. Los pulmones me traicionan, el asma ataca. La voz que habita mi cabeza intenta darme calma, pero mi pensar no da respiro y el cuerpo actúa en consecuencia. Siento, luego pienso; pienso, ¿luego qué? ¿Cómo se existe así, señor Descartes? Yo que tanto deseo, como anotaban San Carlitos y San Guevara, ser más pleno mediante el trabajo y me desvívo en el intento de conseguirlo, solamente atino a creer que todo mejorará, me aferro a esa idea, la prefiero por encima de otras menos esperanzadoras.



Escribo. Escribir ayuda, es catártico. Este *sentipensar* no es sólo mío, tengo la certeza de ello. “En el mundo de los más”, como lo ha llamado el trovador cubano Tony Ávila, estas dolencias de clase me acompañan, son tan propias como la de cada uno de los desempleados y los mal pagados que, a pesar de los pesares, resisten, sueñan, viven y se esperan día a día, cada día. Quizá esa esperanza me da fuerza para atreverme a escribir. Aunque sea desde el dolor, el cuerpo y la cabeza lo saben. Al escribir me enfrento un poco a este capitalismo caníbal que no deja de cebarse con los más. Quizás algún día el desempleo sea sinónimo de esparcimiento y derecho al ocio, al goce. Quizás algún día, el trabajo llegue a ser la proyección plena del ser humano. A mi cuerpo y mis pensamientos los describen ahora estas palabras. ●

La hembra humana animal: resistencia al Antropoceno

Hembra humana animal,
indígena, eso soy, soy Gaia fértil
dadora de vida, la que hace surgir
los retoños y frutos de la tierra,
soy la muerte que extingue a todo
ser vivo y no vivo, mis hijas son
las estrellas y la luna.

Soy los años de despojo, soy la
domesticación de la tierra
violentada por el virus, soy mis
antepasadas, las que están y las
que vienen.

Soy la animista que habita los
ríos, las montañas, el coral y las
serpientes.

El virus que mutó, capitalismo le
llaman, nos convirtió en su
huésped; se expandió por medio
de la explotación y el control de
nuestros cuerpos; disminuyó
nuestra potencia.

Viridiana es estudiante de filosofía y poeta
por vocación rebelde. Habita la frontera
de las ideas, la poesía y los escarabajos
filosóficos que revolotean entre la milpa, la
basura y el pulque de pitahaya. Danza entre
lo que se es y ya se era.

Las humanas están atadas a eso
que el virus les enseñó; el
antropoceno las despojó de los
saberes que tenían acerca de mí,
de la tierra, de sus cuerpos y de su
prietud, de los animales, de leerse
entre el copal y las estrellas, de la
menstruación con los ciclos de la
luna; han dejado de reconocerse
entre nosotras.

Impregnadas del pudor que les
impuso la religión, los aparatos
ideológicos del estado han
dominado y adormecido la
animalidad que en ellas habita.

Así ¿se niegan!, afirman el yo que
el virus les ha impuesto, la cultura
que las invisibiliza o exotiza a lo
largo del tiempo; padecen el mito
de la belleza de la mujer blanca.

Cuando caminan les susurro al
oído, me hago presente en sus
sueños intentando me
reconozcan, buscando ser potencia de
acción en su pensamiento.

Algunas atendieron el presagio,
son resistencia, resistencia al
antropoceno, a la *biologicidad*, a
las semillas estériles, a las
estrategias de destrucción, a un
progreso suicida, a la represión, al
control, a los mega proyectos
extractivistas, a los
convencionalismos sociales, a la
colonización y a la dominación
económica.

La resistencia es acción, ellas lo
saben, las hembras humanas
animales aprendieron de su
relación con lo otro, de su *prietud*,
de los ciclos de la tierra y del cuerpo.

Entre ruda, romero, caléndula,
albahaca y copal maximizan su
potencia, restablecen su animista
junto con sus afectos; son los
saberes de las ancestras; es una y
somos todas todo en todas partes.

En estos espacios me siento plena,
son espectadoras ante mí, nos
potencializamos a horas y
deshoras, compartimos la
desnudez.

Las hembras humanas animales,
rugen, bailan, cantan, celebran
escapar de la jaula que las vio
crecer a causa del virus; ahora
habitan una jaula construida por
ellas; lo que eran barrotes, ahora
son redes de colectividad, un
espacio de enunciación, de
resistencia, de redescubrir los
afectos y gozarlos.

Soy Gaia, soy todas las que
habitan y cuidan la creación, las
que llevan, en el vientre
constelaciones y mundos; habito
la tierra y las habito; soy el jaguar
y el colibrí, soy la pululación y
floreCIMIENTO de lo otro;
sembrando la semilla renacieron,
renací y renacemos entre todas
con otras posibilidades. Yo soy
su hospitalidad incondicional.

CLAUDIA SOPHÍA CIFUENTES GARCÍA

A la invisible

Dirigir una carta al propio padecimiento puede ser la vía para distanciarse del dolor y de la indiferencia del mundo.

Vuestro dolor es la eclosión de la envoltura que encierra vuestro entendimiento

Kahlil Gibrán

Winston-Salem, agosto 2024

Querida EM:

Tu estandarte es la invisibilidad. Esto ha sido ventaja y desventaja, dependiendo del contexto y el momento en que me halle. Sin embargo, esa sutileza que te hace regia, privada y ensimismada a mí me va consumiendo de mil maneras según cómo te presentes, pues el elemento sorpresa es el prelude de cuando decides aparecer. Me perturba la idea de querer, a ratos –solo a ratos–, que fueses más visible, más evidente, más escandalosa, pues el que no te notes, aun teniendo mil caras, es de las ironías más complejas que me ha tocado aceptar.

He sido muchas “Claudia Sophía” en mis cuarenta y cuatro años, y contigo, he sido varias “Paciente femenina con Esclerosis Múltiple Remitente-Recurrente” en los últimos dieciséis años. Intento, cuando la fatiga se toma algunos días libres, ser más la primera que la segunda y dejarte en el vasto y solitario patio de atrás cuando te manifiestas en mi cuerpo.

Trece años contigo en mi país los puedo resumir como una constante tirantez en la que, ante la imposibilidad de detectarte, atravesar el duelo eran subidas y bajadas en las que no había avance; por el contrario, me ahogaba en ti siendo tú por unos momentos y abismo durante otros. Trajiste en tu mochila sabores imposibles de tragar, provocaste una catástrofe familiar que se tradujo en negación y silencio, me empujaste hacia una soledad forzada, espionosa y árida. Imposible alzar la voz en un país donde la crisis es lo cotidiano y la muerte un crisol tan variopinto. Así fue vivir contigo: la invisible, la rara, la diversa, la que no sangra y la que solo se manifestaba como un *tumbao*’ al caminar; me convertí en la dramática y la exagerada en mi propia tierra y ante los míos. Todo esto mientras tú eras la que *no podía ser algo tan grave porque ni siquiera te notabas*.

Cuando en diciembre de 2020, aún durante la pandemia, surgió la posibilidad de migrar a Estados Unidos, un país supuestamente desarrollado, la esperanza nació en mí vestida de la ilusión de comenzar a vivir en un lugar en el que las discapacidades sí importan, en el que las personas con situaciones especiales sí son realmente vistas no por lo que padecen sino porque sí son consideradas seres humanos, donde además el sistema está diseñado y preparado para que las estructuras de los espacios públicos sean amigables. Una inocente ilusión

Claudia es aprendiz de ser humano en rebeldía al darle voz a sus pensamientos. Pirata en retiro, perseguida por el nefasto de Zeús.



fue continuar nuestro camino en un lugar hecho para pacientes como yo y enfermedades como tú; esto alimentó un anhelo que antes no había sentido.

Migré trayendo conmigo una maleta de veintitrés kilos llena de más historia tuya que mía, entre placas de resonancias magnéticas, cartapacios de informes médicos en español y algunos traducidos al inglés, sobres con membretes y fechas de cuanto hospital visité. El peso no importó frente a la ilusión de empezar a vivir en un país donde se reconocen las enfermedades discapacitantes, donde se respetan las zonas azules para discapacitados y donde se tiene consideración por las personas que usan bastones y andaderas; un lugar en el que los accesos a los edificios cuentan con rampas junto a las escaleras, en fin... Llegué a pensar que toda esa parafernalia era el respaldo de una sociedad de seres que en verdad eran humanos. Sí, las estructuras están por doquier y las hemos usado cuando a ti te da por llamar la atención. Sin embargo, la triste sorpresa ha sido confirmar que la zona azul no es símbolo, ni siquiera, de un vestigio de humanidad en el otro: puede estar la rampa, pero no está la mirada compasiva de ese otro. Y aunque tú no me hagas sangrar o estar en silla de ruedas, las personas no dejan de juzgarnos, de observarnos con un lento y exhaustivo escaneo que siempre termina en un discreto y repetido movimiento de cabeza izquierda-derecha, derecha-izquierda y un apretón de labios como complemento perfecto de repudio y juicio cobarde, incapaz de verbalizar su desagrado. Justo en esos momentos me comen las ganas de arrebatarles esa soberbia y decirles “I have MS” y con ello, gozar del frugal placer de verlos avergonzados al menos en ese instante.

Lo cierto es que provocar esos instantes de vergüenza no te alejarán de mi vida y mucho menos sanará el dolor. Hoy la presbicia física y emocional han ido conquistando espacios; ya se me hace difícil dibujar dónde y cuánto me lastimas. El color de las ausencias ya no es nítido; lo que antes era escandaloso y brillaba ahora apenas tiene un color opaco que pasa inadvertido. Una vista que cambia y una visión que se transforman surgen como autoprotección de la humanidad carente de compasión.

Y bien, aquí estamos tú y yo viviendo a 1898 millas de la ciudad que sentíamos nuestro hogar y nada es diferente. Resignificar todos los días el dolor que se activa cuando la deshumanización y la indolencia se interponen en cualquier pasillo de supermercado es desgastante. Agradecer que esta presbicia nos permita ver borrosos esos rostros de juicio y señalamiento no alivia la tristeza, pero al menos a veces, solo a veces, tenemos la suerte de que los invisibles sean ellos y no tú.

Duele que no te veas y también hay días en que duele que te veas mucho; sin embargo, lo que duele aún más es que, si te ven a ti o no, realmente no me ven a mí. ●

Variante del sueño

¿Un sueño dentro del sueño?, ¿un sueño soñándose?, ¿un sueño como personaje en este... cuento/sueño?

Otro error es buscar fuentes exclusivamente literarias para la literatura, como si un fabricante de quesos tuviera que alimentarse exclusivamente de quesos.

Mario Levrero

Desperté de muy mal humor. Más que malo, malísimo, diría. Hace días que me acuesto tarde. Bastante tarde, sería más correcto decir. Pues resulta que me otorgaron un premio, uno de esos importantes: un buen monto en efectivo, un viaje pagado para asistir a la ceremonia de premiación, la publicación de la obra, una rueda de prensa, ese tipo de cosas que solo conozco por la televisión o por haber leído sobre ellas. Lo peor es que se trata de una de esas obras a las que uno no les tiene demasiada fe y que propone casi por una obligación extraña, quizá secretamente alimentada por el simple hecho de que no se tiene nada que perder, calculo.

Hace calor. Me pongo una bata, subo las escaleras y enervado le escupo mi descontento al vecino, cuyo balcón está justo encima de mi habitación y desde el cual el perro se desgañita, incesantemente.

Lo del premio es perfecto, todavía no me lo creo del todo. Ahora bien, hay un problema: el único requisito de la organización del premio es que escriba un discurso para leer al momento de la entrega, en la ceremonia antedicha. Y resulta que no doy pie con bola, apenas atino a hilvanar un par de frases y se me vuelven insulsas. O todavía peor: demasiado pretenciosas. Con lo que, después de una semana, estoy en cero.

Paulo escribe de forma sintomática y repetitiva, traspuesta por un cóctel de brevedad e intuición. Intenta nunca escribir cuando tiene algo por decir, sino justamente cuando no tiene nada qué decir. Que, como es bien sabido, es el fin último de toda escritura.

Golpeo la puerta del vecino. No atiende nadie. Toco una vez el timbre, nada. Dejo el dedo presionando el botón durante unos minutos y tampoco. Nadie reacciona, excepto el perro, que ladra un poco más fuerte que el timbre.

Mi mal humor aumenta. Y ahora se le suma un creciente dolor de cabeza. Por un momento, pienso en intentar seguir durmiendo. Pero sé que si no lo consigo —que es lo más probable, ya que ahora el pequeño animal parece mucho más enérgico, más excitado— la frustración y el enojo se volverán insoportables y podría volver a caer en uno de esos episodios traumáticos que me han sucedido más de una vez en el pasado.

Decido, entonces, largarme a caminar, cansar el cuerpo, tomar un café en la calle, leer un poco. Eso hago. Y funciona, sí que funciona. Logro olvidarme por un par de horas de mi malhumor, del perro del vecino, del discurso que todavía no tengo idea de cómo empezar. Almuerzo en un lugarcito frente a la costa, llego hasta el centro, donde aprovecho la oportunidad para visitar algunas librerías de viejo.

A eso de las cinco estoy de vuelta en casa. Hay silencio, así que no desperdicio la ocasión para dormir una siesta. Caigo en un sueño profundo en el que una araña gigante me persigue. En la huida, se suceden los escenarios: una inmensa ciudad, un campo de amapolas, un monte nevado, la vera de un río pedregoso. La araña va detrás de mí hasta que me acorrala en el interior de un consultorio, muy blanco. Estoy atado al sillón y la araña, cuyo tamaño se ha reducido ahora a la estatura estándar de un médico, introduce sus patas peludas en mi boca. Me dice cosas que no alcanzo a entender. Pero de alguna manera, creo que lo comprendo: quien me habla no es otro que el mismísimo Mario Levrero.

Básicamente, me pide escuchar el mensaje del perro. Esto me asombra y me aterra. Intento comprender de qué habla, pero su presencia me aturde. Las patas del arácnido juegan dentro de mi boca. Desde el otro lado de la puerta

Nostalgia del mundo

del consultorio se escuchan, nuevamente, los ladridos del perro del vecino. De pronto la araña hurga en mis encías para extraerme una muela, a la fuerza.

Luego de mucho empeño y de tironear un buen rato, logra su cometido. Extirpa la pieza completa, que muestra una raíz rojiza, y la deposita en un vaso de *whisky* con hielo. Lo sacude un poco, se lo alcanza al asistente —que no es otro que el portero del edificio— y este se lo bebe de un trago, con entera satisfacción. Mientras siento como sangra la herida, el regusto metálico lo intento escupir y no puedo, pues las patas de la araña/Levrero siguen hurgándome dentro. Así pues, las extremidades peludas se introducen más y más. Mi boca se llena de sangre, más y más sangre. Esto sucede por un tiempo inmensamente largo, hasta que poco a poco me voy desvaneciendo, mientras la sangre —que a estas alturas es un torrente rojizo, abundante y espeso— me cae por el pecho y los ladridos del perro ganan en intensidad. Súbitamente me deslizo a través de un túnel negro por el que me resbalo limpiamente.

Despierto todavía en shock. Abro la ventana para tomar un poco de aire. Desde el balcón, el perro del vecino me mira, empieza a ladrar desesperadamente y creo verlo sonreír. Sus facciones son idénticas a las de la araña/Levrero. Pero ya nada me asombra, ciertamente. ●

Esta introspección onírica fluye gracias a una exacerbada contemplación del propio ser.

Un cuerpo es la morada del verbo y en él se lleva a cabo el encuentro con los mundos del sueño y la vigilia, el encuentro con la memoria de los tiempos que en sus alforjas encierra los fragmentos del total de imágenes posibles, los trazos de la suma de gestos y sonidos necesarios para iniciar la búsqueda y obedecer al llamado.

Esther Seligson, Diálogos con el cuerpo

Estoy en la noche. Últimamente, tan solo la noche, las jornadas ocultas. Las velas ya no las paladean mis ojos; me pesan. Sostengo a ambos con la perenne vigilia, castigo de tanto buscar quién sabe qué cosa en las páginas de diversos tratados con la única fe del *logos*, la búsqueda de *algo*: mi cuerpo ataviado por esa certeza.

Yo, sentado ante el escritorio, el panorama inasible; las cosas del cuarto tiemblan cuando bostezar espanta el sopor que ejerce gran violencia sobre mí. Tras el bostezo escurre una lágrima, agua que diluye las imágenes de este cuarto creadas por la luna, son de plata, pero diáfanas. Un libro acostado sobre la mesa, delante de mí sus palabras fluyen perpetuamente, abigarradas, ya ininteligibles. Por medio del juego de la memoria, las escucho todavía, susurradas. Recuerdo: en el vocerío de alguna página se aludía a una ventana. Sí, atrapo las palabras aquellas entre la tolvanera de la evocación; escucho “sol, ventana”, la mención es como un flamazo que me deja entrever algo entre

Grisóstomo se deja llevar por saxofones intangibles y se disuelve antes de ser visto. Camina sin prisa, como quien sabe que el silencio es todo lo que queda.

la penumbra. “Sol, ventana”, las siento de dictamen, de ordenanza en mi figura: me levanto de la silla y dejo al libro resonante atrás. Atravieso intrincados pasillos, subo las escaleras, formo un mapa a tientas con los pies hacia los últimos pisos, codiciosos de luz. Arribo al último cuarto; es cilíndrico y el más alto de la enorme casa. Aquí, la humedad empotrada en todos los enseres, signo fragante de una ausencia arraigada. No enciendo luz alguna al cuarto, le respeto sus sombras. Aquí el tiempo esponja el flujo del aire de tan espeso que es. Me estoy adentrando, lento, como si acariciara el silencio.

Al fin aparece la meta: la ventana. Entreveo. Allá afuera hay una vastedad fugada del escrutinio de la gente; en ella reconozco la inacción de mis días. A pesar del insomnio, la incesante lobreguez y ante aquel panorama revelado en la ventana, un sentir mío precisa un atisbo de lucidez; una finísima hebra de luz. Desde esta posición, en las alturas, la pradera inmóvil, fotográfica, salpicada de árboles. Más allá, un espeso bosque se extiende; es imposible, no se puede saber hasta dónde van sus vericuetos. Al voltear a la vacuidad del cuarto, siento que las sombras carcomen con mayor ahínco mi piel, como si quisieran volverme parte del lugar. No puedo gritar: en mí tengo embutida la noche misma. Soy materia de sombra. Pero pienso, asiéndome de la máxima: “si hay sombra, hay luz”.

Me sostengo y celo la fragilidad de mi cuerpo mientras bajo sobre el caracol de la escalera. La noche me consume. Dónde coger un mendrugo de luz. Los chubascos acarician el cascarón del torreón, tiemblan ante el silencio. Afuera, el viento: suspiro prolongado que bailotea con la lluvia infante, como enseñándole a ser trueno, pero no luz.

Llego al hall. La lluvia ya está muerta, pero persiste su alma sobre la gran estancia, con la tenacidad del musgo, mientras rocía los oreos. El eco de la difunta envuelve mi cuerpo, pero lo siento menguado, deshonesto, como tamizado por una canaleta de aire; luego, del mismo modo las cosas quedan diluidas por las parafernalias de modo que me desnudo, el hebrerío de mi sexo es el primero en armonizar con el eco. Y es como si las luces del mundo se me revelaran, apenas como resplandor efímero, sobre mi desnudez. Después, la sombra, otra vez.

El tiempo como hielo: duro, frío. He atravesado la estepa que vi, previamente, por la ventana. En la honda negrura, escudriño la llanura gracias a luminiscencias. La resequedad del llano gélido me lima la aspereza de los miedos, dueño ya de rumores que sosiegan mi transitar. Nostalgia de luz. La espesura muerde el llano. Entro en las fauces de los cipreses. De la cerrazón, un hilo helado desciende y ondea en espirales, sobre la floresta, aludiendo a mi desnudez ya impregnada del significado del bosque: transitorio, aislado. Mis pisadas descalzas hacen crujir la hojarasca, hieren al silencio. No hay luz, siempre la noche. Todas las sendas, vírgenes.

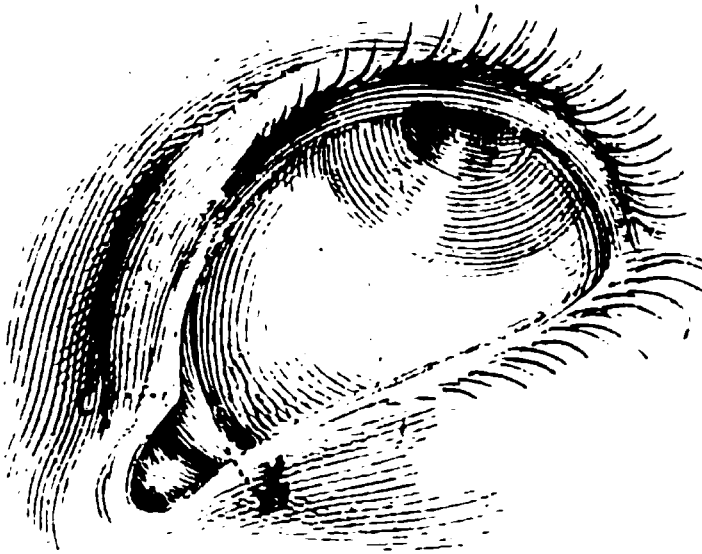
Sólo con los murmullos de la noche distingo que fui hombre: “sol, ventana”, oigo. “Sol, ventana”, digo ahora yo, como para saberme hombre. Mi voz como laminilla, quebradiza y refulgente; sí, muero de hambre, lentamente. El vaho nace en mi boca, se asoma como animalillo reptante. El vaho, símil de mi alma, se va desperdigando sobre el camino; resplandece, inesperadamente, pero no como la luz que busco, sino como una fosforescencia, como residuo de fuego mineral, de índole subterránea. Me desprendo de mí mismo; emano mi propio ser. Soy testigo de mi energía. Vagabundo, doy nombre a las cosas con mi cuerpo. No encuentro la luz en ningún lado. Mi aliento se disgrega en el bosque. Acaricia las cortezas, la hojarasca, los hongos, la tierra, las bestias; paladea las humedades, resuena en los bordes. Mi vaho revela el elemento de las sombras. Yazgo, mortecino, sobre un jardín de musgo. La búsqueda de lucidez ha extenuado mi cuerpo lacerado. Tengo la muerte pringada en mí cuando descubro que mi aliento se desvanece en busca de la luz. Quiero evitar la inutilidad de su búsqueda, el escape de mi alma, cerrando la boca, pero se libera a la fuerza; ejerce sobre mi cuerpo el fenómeno físico de los vapores que hallan la libertad en la forma.

Veo mi cuerpo muerto. Espero la lobreguez. Las sombras templadas acarician mi cuerpo opaco, seguras ante la contienda ganada. Pero, así sin más, la noche transmuta en una claridad. Luego, el sol, un fuego terrible: la luz misma. Es la lucidez. Mi propio sol. Enloquecido de lucidez, que es la misma luz que despide este vapor mío, que ha andado y regresado buscándose, es la misma que fulgura de la lumbré inasible que miro en el cielo.

Entonces, el flujo de mis imágenes aparece en fuego blanco: el sol, la verdad de las cosas. ●

Prisma: visiones de la vista

El poderoso sentido de la vista genera una reflexión ecléctica que busca mostrar las diversas facetas que atraviesan la mirada.



“Todos los hombres tienen naturalmente el deseo de saber. El placer que nos causan las percepciones de nuestros sentidos son una prueba de esa verdad. Nos agradan por sí mismas, independientemente de su utilidad, sobre todo las de la vista, que mejor que los otros sentidos, nos da a conocer los objetos, y nos descubre entre ellos gran número de diferencias”. Con esta frase abre Aristóteles una de sus obras insignia: Metafísica.

Este ensayo es un prisma. Imperfecto, caótico, que da vueltas; va y viene de un concepto a otro, y regresa por otro lado, enfocándose ahora en otra cara, o en la misma, pero desde otra perspectiva, pues al final todas son un reflejo de las demás. El propósito de este ensayo es explorar para entender un poco lo que son, lo que significan y las profundas implicaciones que tienen, tanto en lo individual como en lo colectivo, vocablos y conceptos como *luz, vista, ojos, imágenes*, conceptos obvios y místicos, comunes y milagrosos. Este ensayo también pretende ser un conducto para la reflexión, un medio para *ver* el mundo de otra forma. No busca llegar a una conclusión contundente, sino generar más preguntas.

El ojo, la gran interfaz

El ojo capta la luz y la convierte en impulsos eléctricos que nuestro cerebro decodificará y transformará en lo que llamamos consciencia. El ojo es el órgano que más información nos aporta sobre el mundo que nos rodea, es nuestra más eficiente interfaz gracias a la cual no chocamos con las paredes y nos volvemos capaces de reconocer la apariencia física de los demás y la nuestra. El ojo nos brinda información fundamental, pero a la vez la más superficial.

El color negro de las pupilas contrasta con el fondo blanco de la esclerótica (otra coloración en ésta puede indicar enfermedad) y con el color del iris tan característico. Gracias a la separación de los ojos, el cerebro lleva a cabo cálculos trigonométricos y así podemos medir distancias.

David aún no sabe si es un ser humano o un *prompt* bien (o mal) escrito. Le gusta observar cómo se desvanece la tinta de los tatuajes y cómo a las ideas y a las palabras les pasa lo mismo.

Pienso que cometemos el error de confiar de más en estos maravillosos glóbulos, en lo que vemos, pues las verdades sutiles suelen estar ocultas atrás de lo que se ve. En cierta forma los ojos son los primeros responsables de encerrarnos en esta prisión de las apariencias, mediante las cuales construimos símbolos, empezando por nuestra propia persona, nuestra máscara, esta que mostramos a los ojos de los demás. Los ojos nos engañan porque nos permiten ver, sí, pero sólo espejismos, no la esencia de las cosas, no su verdadera *forma*, como diría Platón.

Semántica

Ver, en un sentido muy directo significa simplemente percibir la luz. Es un acto de lo más común para la vida en nuestro planeta que nos permite orientarnos y percibir aquello que está lejano. Es omnisciente y asumimos que todos los seres animados ven.

Los ojos son estos fascinantes apéndices, o más bien partes del cerebro, que nos permiten ver. En los humanos, este par de llamativos glóbulos resaltan de la cara y de la bolsa de piel del resto del cuerpo.

La luz es uno de los fenómenos más fundamentales del universo. Es energía que viaja libre a través del espacio-tiempo en diferentes “presentaciones” o “longitudes de onda”, de las cuales los ojos nos permiten ver tan sólo un pequeño espectro, que llamamos colores. Tan fundamental es la luz que su entendimiento encierra muchos de los misterios del universo.

Semiótica

Ver podría fungir como sinónimo de “entender”, “constatar”, “percibir”, “concientizar”. “Ve qué necio es Juan”, le digo a Pedro reproduciendo un audio que demostrará la *evidente* intransigencia de Jorge. Del latín *evidens*: algo visible, claro, manifiesto. “Ver para creer” dijo incrédulo Santo Tomás. “Lo que se ve no se juzga” dicen que dijo Juan Gabriel; lo que en realidad dijo fue “Lo que se ve no se pregunta”. En el sentido metafísico, ver también significa percibir la luz, siendo esta última la que carga también con todo un conjunto de connotaciones.

Los ojos también son una extensión de todo este misticismo. El esotérico “tercer ojo” simboliza una visión del más allá de lo ordinario, es el *chakra* que permite adquirir el entendimiento verdadero. ¿Por qué no tercer oído o segunda lengua? El Ojo de Horus de los egipcios ancestrales, el ojo que todo lo ve, impreso en los dólares, símbolo universal de valor e intercambio. El profeta Ezequiel ilustra a los querubines como grandes aros con alas, y muchos ojos –más propios

de una película de terror que de un alto rango celestial–. Edipo, *ciego* a sus acciones se saca los ojos al darse cuenta de las atrocidades que ha cometido.

La luz se asocia a Dios, la Bondad, a la Verdad, a la Razón, a la Sabiduría. En los diálogos de Platón, el Sol sale cuando Sócrates hablará la Verdad, la *ilustración* fue “el fin del *oscurantismo* del medioevo” (connotación liberal por antonomasia), los budistas aspiran a trascender el ciclo del Samsara y lograr la *Iluminación*, cuando el Dios judeocristiano creó el mundo, inmediatamente después dijo, “*sea la luz*, y la luz fue, y Dios vio que era buena”.

Los conceptos relacionados con la luz, la vista y los ojos trascienden tiempos, culturas, religiones, filosofías y mitos nuevos y viejos.

Malagradecidos

¿Es muy obvio aclarar que los ojos son una maravilla tanto en su complejidad como en las capacidades que nos habilita? Las exigencias de la vida del día a día son vastas y se adueñan de nuestra atención. Estamos muy ocupados como para detenernos a reflexionar sobre la importancia de nuestros sentidos. Simplemente son parte de nuestra vida. Si pertenecemos a la afortunada mayoría que nace viendo, escuchando, sintiendo, oliendo y degustando dedicamos poco tiempo a la reflexión sobre nuestros sentidos, y los damos por sentados, al menos hasta que perdemos alguna capacidad sensorial que cambia nuestra vida para siempre.

Síntoma de estos tiempos: perdimos la capacidad de asombrarnos. Olvidamos la belleza de un cielo estrellado (que en las ciudades ya ni se ve, lo sublime de un atardecer, los vivos colores de las flores, la inocente mirada de un niño. Las profundidades, los colores y las texturas de las cosas no significan mucho ya. Menos ahora, donde brillantes y saturadas imágenes en pantallas pequeñas y grandes, fijas y móviles inundan la cotidianidad.

Saramago en su brillante *Ensayo sobre la ceguera* ilustra un mundo donde la gente deja de ver. Retrata cómo ante esta hipotética pérdida de nuestro principal sentido, de inmediato todo lo demás, aquello que consideramos tan, tan importante, se desvanecería rápidamente en el fondo.

La urgencia de un vocablo

Los angloparlantes tienen la palabra *insight*, un término muy sofisticado que literalmente significa “ver hacia adentro”. Este se emplea cuando se alcanza un entendimiento más allá de lo superficial. “Darse cuenta de una verdad sutil” o “caer el

veinte” serían traducciones más o menos funcionales. La riqueza de léxico es importante, la lingüística abre o cierra este ojo metafórico y metafísico con el que vemos el mundo.

Ascenso y ¿caída? del *Homo iconicus*

¿Exactamente cómo surgió el sentido de la vista? Las teorías más plausibles indican que los organismos más primitivos producían proteínas sensibles a la luz y que esto les permitió una ventaja competitiva sobre los demás, por lo que por simple prueba y error, proliferaron para dar origen a un proto-ojo, que con el paso de millones de iteraciones y procesos evolutivos, adquirimos lo que tenemos hoy: órganos complejos capaces de detectar diferentes tipos de luz que en simbiosis con otras células formaron seres aún más complejos y así eventualmente nos convertimos en *Homo sapiens*.

Aquí planteo mi teoría de la siguiente evolución, el *Homo iconicus*, el hombre regido y creado por íconos e imágenes sintéticas creadas por él y por sus herramientas.

Desarrollo un poco más la idea: llegamos hasta lo que ahora somos porque desde el punto de vista darwiniano fuimos la especie que mejor se adaptó a este planeta; nos volvimos inteligentes y “entendimos” cómo sobrevivir y prosperar aquí. En buena medida esta inteligencia se basa en el aprendizaje y este, en lo que podríamos llamar ahora prejuicios, que nos permitieron no tener que experimentar todas las cosas para saber de antemano si nos son buenas o no. Heurísticas y aforismos terminaron por incrustarse en lo más profundo de nuestra mente.

Ya casi llego a donde quería, surgidos en el tiempo la consciencia, la personalidad y el yo, ¿hay alguna forma más eficiente de construir una otredad, de catalogar al prójimo como ajeno y separado que su aspecto físico?

Nuestro propio lenguaje (ver Wittgenstein, Foucault, Derrida), con el que creamos la realidad y sus significados, se construye con lo que vemos.

Entonces, si bien la vista es una capacidad quintesencial, termina sucediendo lo mismo que lo que indican muchos principios físicos y metafísicos: nuestros mayores talentos, nuestras más elevadas habilidades encierran en sí mismas un siniestro potencial de autodestrucción, como Ícaro volando muy cerca del Sol.

En otras palabras, somos *cegados* por las apariencias, el entendimiento que desarrollamos del mundo se basa principalmente en sombras, figuras e imágenes que ocultan la verdadera naturaleza de la realidad. ¿Podrá este maravilloso sentido, que nos permite admirar la belleza, significar también

nuestra perdición?, ¿no podríamos argumentar que todos los males de nuestra sociedad surgen de nuestro deseo de aparentar ser algo diferente a lo que somos? Si pasamos cada vez más tiempo frente a brillantes pantallas, ¿qué tanto estamos o no estamos formándonos con las imágenes e ideas derivadas de la posverdad, las noticias falsas, la inteligencia artificial y la iconografía sintética?

Sin luz ni Sol

¿El surgimiento de la vida lleva forzosamente al desarrollo de la vista?, ¿es inevitable el surgimiento de este sentido? Actualmente pensamos que esto es obvio, pues es lo que conocemos desde siempre, pero entretengamos el pensamiento. Podrían surgir formas de vida muy diferentes a lo que podemos concebir en planetas oscuros donde no hay un sol o está muy lejos y la luz es muy tenue o bajo una gruesa corteza que no permite la entrada de luz. O el caso opuesto, ¿podría haber vida en las estrellas, donde la luz es tan intensa y omnipresente que no hay nada más que ver. Estos hipotéticos seres desarrollarían otros sentidos que tal vez les permitirían comunicarse y evolucionar; quizá tendrían un oído muy desarrollado que de alguna forma los guiaría en el espacio, como los murciélagos o quizá tendrían un olfato muy sensible que los ayudaría a descubrir su entorno u otro tipo de sentido que ni siquiera podemos concebir.

¿Qué implicaría no poder ver? En primer lugar, una especie que no ve es incapaz de percibir el cielo, de concebir grandes magnitudes, lo inalcanzable y el infinito, incapaz de plantearse una cosmovisión completa basada en los inexplicables cuerpos celestes, como lo hicieron todas nuestras culturas ancestrales. La falta de este sentido tal vez le impediría desarrollar esa curiosidad de explorar, tal vez no harían ciencia, tal vez serían perfectamente felices sin cuestionarse estas cosas, quién sabe. Tú qué opinas, ¿cómo serían ellos sin astros ni constelaciones a quienes venerar?, ¿sin Luna melancólica ni el todopoderoso Sol?

Una anécdota

Hace poco me cambié de casa. Al llegar y desempacar las cosas, caímos en la cuenta de que no teníamos espejos. En el departamento anterior, estuvieron siempre empotrados en los baños, recámaras y sala. El único que era nuestro se rompió durante un temblor. Vernos reflejados en el espejo es igualmente ultranormal, al entrar a un baño sabemos que tendremos acceso a nuestra propia imagen, a la reminiscencia del descubrimiento del “yo”, según Lacan.

Por ese tiempo empecé a ir a sesiones para quitarme un tatuaje ya no deseado. La tecnología láser empleada no lo remueve de una sola vez, sino que “afloja” la tinta y el cuerpo la va absorbiendo y eliminando poco a poco. Más allá de la curiosidad de ver los tatuajes desvanecerse y de andar por la vida despeinado, no tener espejo no me afectó mucho, pero sí me llevó a formular preguntas sobre la tan normalizada costumbre de estar pendientes de nuestra apariencia.

Somos mucho más que nuestra apariencia, pero no es lo más importante. Monitoreamos nuestro aspecto físico, el peinado, el maquillaje, los granos, las arrugas, estamos pendientes de si tenemos un cilantro entre los dientes. Buscamos, en diferentes grados que oscilan entre la incomodidad y la desesperación, eliminar de nuestro avatar físico cualquier imperfección, cualquier defecto que desentone con la perfecta imagen que queremos proyectar.

Medito sobre esto al ver finalmente mis desdibujados tatuajes en el espejo del gimnasio mientras que contemplo también, como quien no quiere la cosa, el resultado del esfuerzo. Si no nos pudiéramos ver, ¿tendría caso ornamentar y trabajar nuestros cuerpos? Maquillaje y peinados, coloraciones de pelo, bronceados, perforaciones, *skincare*, *botox* y cirugía plástica, tatuajes y gimnasios... todo esto al servicio del culto a la imagen. Después de un par de meses, por fin tengo espejos en mi baño, ya me veo con todo y mis tatuajes desdibujados.

Historia e hiperrealismo

Internet no es otra cosa que una red de computadoras contactadas. Surgió como una plataforma sobre la cual los gobiernos transmitían información, después se abrió comercialmente y, como siempre, fueron los *geeks* los primeros en usarla, intercambiando limitada información en textos en primitivos chats, que era lo que permitía la carretera de los ceros y unos en ese entonces.

Posteriormente, el avance tecnológico evolucionó para masificar el acceso a internet y pudimos conectarnos en proto redes sociales con nuestros amigos a través de ICQ y Microsoft Messenger. Vino la primera gran personalidad del internet, un tal Tom, a quienes todos los que abrimos una cuenta de MySpace tuvimos como amigo. Llegó Mark Zuckerberg y perfeccionó la fórmula y con ello llegó para quedarse el boom de las redes sociales que permitió compartir y comentar con facilidad fotos y videos. Posteriormente, aparecieron el iPhone y el teléfono inteligente; las redes de datos móviles evolucionaron vertiginosamente y se logró

compartir fotos y videos desde cualquier lugar, en cualquier momento.

La tendencia es clarísima: esto no se detiene, se suben más de 500 horas de video por minuto a Youtube, se envían más de 500 millones de *tweets* o *posts* en X diariamente, todo esto, potenciado por herramientas modernas, filtros e inteligencia artificial.

¿Cómo ha impactado en nuestra conciencia, en nuestro entendimiento del mundo este crecimiento informático explosivo? Se podría argumentar que ha tenido un impacto negativo pues, como lo hemos establecido, nos convertimos en una sociedad saturada de estímulos visuales, basada en íconos e imágenes.

Jean Baudrillard describió la hiperrealidad como simulación, es decir, como todo aquello “no real” a lo que estamos expuestos dentro de las pantallas: la hiperrealidad constituye en nuestra mente una realidad más real de lo que sucede fuera de ellas. La realidad no es tan relevante como lo que pasa en nuestra vida terrenal; la realidad es más significativa en la noosfera digital, en el flujo interminable de noticias, redes sociales, memes, Instagram y TikTok, en contenido que, además, ya no se sabe si fue creado por alguien o por una inteligencia artificial con el objetivo único de perpetuar nuestro tiempo en pantalla.

Repito la pregunta: ¿cómo sería nuestra sociedad si no se basara en entender el mundo a partir de imágenes?

Otras Curiosidades

Las fotos espectaculares de las galaxias lejanas no se ven así a simple vista, se ven así en espectros de luz no visible que luego son pintadas con colores que sí vemos.

Un oído no se puede oír a sí mismo, nuestros receptores olfativos tampoco se pueden oler a sí mismos, pero sólo un ojo es capaz de percibirse a sí mismo.

¿Qué hacemos con la imagen de un manifestante en Los Ángeles ondeando una bandera mexicana sobre una patrulla en llamas?

Más trascendental aún: ¿se debe hacer el amor con la luz encendida o apagada? ●

Referencias

- Baudrillard, Jean. *Simulacros y simulación*. Barcelona, Kairós, 1991.
Platón. *La República*. Trad. Conrado Eggers Lan. Madrid, Gredos, 2020.
Sacks, Oliver. *Los Ojos de la Mente*. Barcelona, Anagrama, 2011.

MELINA DE LA LUZ

Danzas de diosas

Danza de diosas
Un paso en la cocina,
otro en la oficina.

La cuerpa y el arte:
lienzo de carne
escultura de huesos.

¿Qué es la cuerpa?
Histórica pública o
madre en privado.

Ciclo de mujer
¿Sol de medio día?
¿Luna menguante?

La primavera
pétalos rojos,
una flor pueril.

Cuerpa inocente,
el príncipe Sapo,
¿con qué cuento te durmió?

El cuerpo-mujer
murió de culpa.
Y resucitó de rabia.
Beso a beso
La cuerpa cruza el umbral
inerte ante el sexo.

Las parteras de almas dan nacimiento
a velas encendidas.

La curandera:
cuerpa de lechuza y
alma de gato.

Sendero de la ermitaña.
Pensamientos.
Salida de luz.

Melina estudia lejos, en la neblina
cultiva de la sierra. Entre el cielo,
la naturaleza y la comunidad
aprende a crear imágenes con
palabras.

“

“El cuerpo no es una simple naturalidad biológica sino una institución política.”

Nikos Poulantzas

“nadie sabe/ qué sabe un cuerpo/ a la hora de perderse”

María Negroni

“Las categorías nos dicen más sobre la necesidad de categorizar los cuerpos que sobre los cuerpos mismos.”

Judith Butler

“Poner el cuerpo en nuestras palabras significa decir lo que somos capaces de vivir o, a la inversa, hacernos capaces de decir lo que verdaderamente queremos vivir.”

Marina Garcés



“Para quienes hemos nacido en la separación, bajo la concepción individual del cuerpo de la modernidad, no es fácil repensarnos desde nuestras interdependencias.”

Vivian Abenshushan

“Mi cuerpo disca no tiene nada malo, así funciona. Como cualquier otra máquina, funciona rompiéndose. Como todo hecho vital, no es ni eterno ni perenne ni incorrompible. Como cualquier situación es móvil y precisa apuntalamientos. Celebro que mi cuerpo se exprese, aunque sus expresiones me duelan. El cuerpo es un espacio de disputa soberana, donde damos nuestras últimas batallas.”

Leonor Silvestri

“El cuerpo es aquello que nos sucede cuando estamos escribiendo.”

Val Flores

“nacemos tristes y morimos tristes/ pero en el entretiem po amamos cuerpos/ cuya triste belleza es un milagro”

Mario Benedetti

“La danza no son los cuerpos sino el vacío que dejaron en su movimiento los cuerpos.”

Guillermo Cabrera Infante

“El cuerpo humano es el medio expresivo más poderoso que existe. Es concebible que uno pueda disimular y engañar con pinturas, arcilla, piedra, líneas, sonidos. Pero el cuerpo desenmascara todo, constituye el idioma más revelador. Cuando alguien se mueve, da a conocer su verdadera personalidad.”

Doris Humphrey

“La dieta es el sedante político más potente en la historia de las mujeres.”

Naomi Wolf



”

